

TEMAS SEXUALES

A. MARTIN DE LUCENAY

1'25 PTS.

el control de la natalidad

TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACIÓN SEXUAL

16

A. MARTIN DE LUCENAY

EL CONTROL DE LA NATALIDAD

Las doctrinas de Roberto Malthus.-Tener hijos, ¿para qué?-La mujer ante el problema.-Procreación criminal.-Empleo de contraconceptivos.-El aborto.



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.--APARTADO: 8025.--MADRID

PRIMERA EDICIÓN
ABRIL 1933

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

ERNESTO GIMÉNEZ, S. A.—HUERTAS, 14 y 16

PROLOGO DEL TEMA

Hablar de esta cuestión en pueblos influenciados por determinada moral católica, no es más que opositar al anatema y a la persecución de los moralistas. Las tradiciones están tan arraigadas y la incomprensión es tanta, que sólo los retrógados son en estos tiempos tradicionalistas e incomprensivos. Hablamos, naturalmente, de la tradición sexual tan llena de contradicciones y errores incomprensibles. Perder la virginidad, no ser abstinentes y usar de los placeres del sexo, es inmoral, pernicioso. Tal es la tradición sexual a que aludimos. Y esa misma tradición obliga a tener hijos, a convertir a las mujeres en máquinas incubadoras y al hombre en una bestia imprevisora y desdichada, todo ello en nombre de una moral que no puede ser compatible con las realidades naturales.

Malthus fué el primer hombre que se ocupó de estas cosas allá por el año de 1798 en su famoso "Ensayo sobre el principio de población", pero enfocando la cuestión desde un punto de vista brutalmente inaceptable. No admitía otro medio más eficaz que la abstención del comercio sexual para todos aquellos seres que no estuviesen en las mejores condiciones para responsabilizarse, adecuadamente, de la manutención y educación de la prole que resultase de sus uniones carnales. El derecho a amar "completamente", quedaba para los potentados o, al menos, se concedía sólo a las gentes que estuviesen en las mejores condiciones económicas suficientes para garantizar el establecimiento de una raza nueva, vigorosa y culta. ¿Y los pobres, qué?...

Estos no debían casarse ni amarse: el capital había de servir para todo, y su ausencia negaba a una parte de la humanidad la práctica de un derecho tan noble como el de amar, pretendiendo anular por completo el más fuerte y poderoso instinto que rige la vida de todos los animales. Tales doctrinas, no obstante, no tardaron en ser reformadas, si bien hubieron de consèrvarse las líneas generales del enunciado en el que se evidencia una gran sabiduría y una concepción justa y razonable de los que deben ser todas las expresiones humanas, que en sus órdenes todos, están subordinadas a la procreación sexual.

Este "neomalthusianismo" o maltusianismo nuevo, no admite la negación

del derecho de amar sexualmente a todo aquél que, prescindiendo de motivos de orden económico, esté capacitado para desempeñar esta augusta función de que nos ha hecho merced la Naturaleza. Pero si no negó ese derecho, es cierto que impuso el cumplimiento de muy importantes deberes que nadie, absolutamente nadie, debiera eludir. Y estos deberes estriban, sencillamente, en limitar la procreación por cuantos medios saludables puedan hallarse a mano, a fin de que aquel matrimonio que pueda mantener dos hijos, no rebase esa cifra, y que el que pueda llegar a dar "a la patria" veinte ciudadanos, los dé. Esto es lo moral, lo racional y lo económico, si bien es muy cierto que la fisiología, por su parte, posee fueros innegables para establecer un límite justo en los excesos procreadores del individuo.

Cuando Dios, por boca de Cristo, dijo aquello de "Creced y multiplicaos", cabe preguntar qué número de seres humanos existirían en el mundo, y cuáles serían los recursos naturales con que esta masa contaba para su subsistencia. Las estadísticas todas nos dicen que la población humana crece de año en año, mientras que los recursos económicos y naturales, si no decrecen, también es cierto que no aumentan en igual proporción.

El hombre produce con trabajo y engendra con placer: por eso es más grato entregarse a engendrar hijos que a producir elementos que sirvan para adquirir el pan nuestro de cada día. Podemos decir que el amor, aún entre las parejas más enamoradas, sin que en esto desempeñe ningún papel la economía, se practica de una forma primitiva, bestial e inconsciente, ni más ni menos como pueden hacerlo los animales: pocas veces se piensa en las consecuencias de una mirada, un beso, una caricia y una cópula, hasta que hacia los nueve meses, fecha del acto feliz, la naturaleza presenta al cobro la letra de unas consecuencias imprevistas, o en las que no se pensó debidamente. Y hay que pagar la letra sin más remedio: de otra forma, el protesto equivale a la cárcel, a la deshonra y a la muerte. La moral de los hombres lo quiere así, y así se sigue engendrando y pariendo, dejando esta función tan seria e importante al capricho de la lujuria y de la ignorancia.

Los optimistas que abominan de esta contravención de las leyes naturales nos hablan de alimentos sintéticos y de múltiples zarandajas por el estilo, con lo cual pretenden tranquilizar a los que se aterran ante este continuo nacer de hijos, de obreros parados, de robos, atracos, miseria, guerras y hambre... Todo esto es el producto de la superpoblación, de la falta de un inteligente método de control de la natalidad, que haga perfectamente compatible el amor sexual con la verdadera cultura, que no es, ni con mucho, la que se contiene en los conceptos restringidos de los gobernantes ni los moralistas.

LAS DOCTRINAS DE ROBERTO MALTHUS

Orígenes del malthusianismo.—Población y subsistencias.—La alimentación sintética.—Hambre y procreación inconsciente.—El credo socialista. Brazos y materia prima.—La insensata procreación.—Los imperialistas quieren niños.—Un Juez sensato.—Catolicismo y control de la natalidad. La sagacidad de un obispo.—El cristianismo y el malthusianismo.—Necesidad de reforma de los viejos preceptos.

Este gran economista inglés que vivió en una de las épocas más difíciles por que atravesó la vida de Inglaterra, cometió un grave error de táctica que no quisieron o no supieron advertir sus biógrafos. Al lanzar a la estampa su famosísimo ensayo acerca del principio de la población, el puritanismo británico llegaba a los límites de lo inconcebible. Grandes transtornos económicos y morales hacían tambalearse a la sociedad inglesa: el reinado de Jorge III presenció el desastre de las colonias de América del Norte, las insurrecciones de Irlanda, malas cosechas, hambre, miseria, y, por si fuera poco, el triunfo de la Revolución francesa....

Ante este panorama la sociedad se aterrorizó temiendo el triunfo de la demagogia, el predominio de los pobres, hartos de opresiones y de tiranías. Creyendo encontrar un apoyo cierto, lanzó sus teorías completamente inmorales, no porque se refiriesen a la negación del principio cristiano de la reproducción de la especie, sino porque atacaba a las clases pobres negándoles los derechos que la Naturaleza otorgó por igual a todos los mortales. Este fué su error táctico, que se evidenció, a la vez, por la repugnancia con que esa sociedad selecta, a la que Malthus pretendía halagar, acogió la "inmoralidad" que según el juicio "selecto" representaba esa prohibición de cumplir los mandamientos de Cristo.

No obstante, en sus doctrinas no hacía indicación alguna respecto de los métodos preventivos de concepción que habían de emplearse en el acto sexual, sino que pretendiendo imponer, en principio, la abstinencia de las relaciones de los sexos, dejaba al arbitrio de la civilización los mé-

todos reprensivos de la natalidad exagerada, de forma que cada individuo adquiriese el convencimiento de que los intereses de la Humanidad reclamaban dicha abstención. En este aspecto, dígase cuanto se quiera, el célebre economista se mostraba demasiado confiado, pues si bien es cierto que el desarrollo de la civilización y de la cultura de todos y de cada uno de los ciudadanos de un pueblo da por resultado el dominio y la coordinación de todos los impulsos naturales, el instinto sexual no se presta, como ya hemos dicho repetidas veces, a ser sometido con éxito a represiones más o menos violentas.

Tal fué, por decirlo así,el punto que no tenía un apoyo resistente en leyes naturales, que no podía basarse en principios racionales. En cambio, los que le combatieron tan sañudamente, lejos de apoyarse en ese punto, recurrieron a invocaciones morales, a consideraciones religiosas y a aspectos que escapaban en absoluto fuera de la órbita esencial del problema, armas francamente débiles para confíar demasiado en la eficacia de sus ataques.

Afirmó sus teorías en poco más de una frase, al decir que "la Naturaleza es generosa en semillas, pero avara en condiciones de vida", aunque quizá este sólo pensamiento no acabase un enunciado rigurosamente exacto, si bien la lógica pura se desprendía del sencillísimo razonamiento de que el progreso de las subsistencias se sucedería siempre con arreglo a la ley aritmética, esto es: 1, 2, 3, 4, 5, 6, etc., mientras que el crecimiento de la población está regido por una ley geométrica, o sea: 1, 2, 4, 8, 16, 32, etcétera.

No cabe nada más simple ni abrumador a la vez. Suponiendo que a Malthus le hubiese ocurrido con su teoría lo que a Colón con el célebre huevo, es el caso que antes que él nadie se ocupó de poner el asunto en pie en la forma que lo hizo. "Nos hallamos encerrados—dice—dentro de un recinto cuyos muros no alcanzamos con nuestras mismas manos, con el enorme inconveniente de que la civilización se muestra incapaz para dar a este encierro una mayor amplitud, pues, en la misma proporción, las aplicaciones sucesivas de trabajo y de capital en una misma parcela de terreno, es evidente que cada vez se traduce en un producto bastante más reducido y débil. En resumen, que se hace imprescindible restringir voluntariamente, por un esfuerzo de previsión, el número de nuestros hijos, si no queremos pasar por el amargo trance de verlo disminuir por el acrecimiento espontáneo de la mortalidad al acercarse a los límites de saturación."

Esta imagen rebosa lógica en todas sus letras; tampoco es posible que se preste a ser discutida con éxito, y quienes lo hicieron no consiguieron otra cosa que demostrar un peregrino y extraño desconocimiento de la ley

malthusiana, o mejor dicho, una clara mala intención al valerse de fantásticas concepciones para refutarla. Así un célebre profesor contemporáneo, el Dr. Leroy-Beaulieu, comete la intolerable y sarcástica estupidez de afirmar que no puede haber motivo de espanto ante la amenaza de un enorme exceso de población hambrienta, ya que no está muy lejana la fecha en que "acaso" los hombres puedan alimentarse con una simple pastillita azoada a base de la fórmula propuesta por el sabio químico Berthelot.

Puede ser, sí, que "acaso" en una época no muy lejana, lleguemos—o lleguen, mejor dicho, aunque me queden esperanzas de vivir otros treinta años—a ver convertido en realidad este feliz sueño: pero lo cierto es que entre tanto, no hay más remedio que luchar como lobos—el hombre lobo del hombre, que dijo el pobrecito de Asís—, si queremos comer medianamente.

Yo no estoy conforme con la afirmación de Fabre-Luce, cuando dice que "realmente, aunque nadie se muere de hambre, el aumento de población está contenido por el temor de la falta de alimento." ¡Ojalá fuese cierto! Entonces sería tanto como decir que Malthus no se había equivocado absolutamente en nada, y lo que él esperaba que hiciese la civilización, esto es, la adopción voluntaria de la abstinencia sexual, lo hacía, precisamente, el hambre. Pero no sucede así; la falta de alimento, da la casualidad de que no motiva una inhibición absoluta de los deseos sexuales, y si vamos a investigar un poco, veremos que un estado febril producido por el hambre, resulta que ocasiona un aumento de la excitabilidad sexual. Y piénsese en un matrimonio que, sin estar muerto de hambre, está ardiendo de deseo. Conclusión: un hijo a los nueve meses. Si el espermatozoide y el óvulo tuvieran el sentido común que les falta a la mujer y al hombre, las cosas pasarían de muy distinta manera; pero como sucede que no es así, y, además, que mientras sus productores tengan vida, aunque no hayan comido en quince días, estas células estarán siempre en condiciones de jugarles una trastada, ya que, en efecto, "nadie se muere de hambre".... Aún suponiendo a estos desdichados cónyuges en el pleno uso de su conciencia, es bien seguro que no habían de negarse el único placer que no les constaba dinero dentro del amargo dolor de su miseria; pero seguramente haría el más espantoso de los ridículos el neomalthusiano que les indicase la conveniencia de adquirir un condón preservativo, que por poco que cueste, siempre es más caro que un panecillo....

Sostenía Malthus que el número de los habitantes de un país sólo permanecería proporcional a la posibilidad de alimentación mediante la intervención de influencias que los diezman, "como los vicios, la miseria y las

enfermedades, en general, por todo lo que constituye la compleja lucha por la existencia, por medidas preventivas y la llamada abstinencia moral antes del matrimonio y en él".

Bloch refuta de falsa esta teoría, pese a la celebridad que alcanzó y el pavor que logró infundir a las gentes que pensaban, puesto que "no toma en consideración los adelantos técnicos introducidos en el cultivo de la tierra ni el aumento de los medios de alimentación y prescinde de la posibilidad de una mejor repartición de la propiedad."

De este mismo parecer era Proudhon, quien demostraba que Malthus afianzaba su célebre ley en estadísticas que no resistían una mediana investigación para evidenciar su falsedad, y estas teorías proudhonianas sirvieron a la vez de puntal eficiente para el sostenimiento del credo socialista. Conforme a las definiciones de este sabio sociólogo que afirmó que "la propiedad es un robo", la producción de elementos de subsistencia aumentaría como el cuadrado del número de trabajadores. Así, pues, sabiendo que el cuadrado de un número es el producto de la multiplicación por sí mismo, tenemos que siendo 1 el rendimiento de un trabajador, el de dos trabajadores unidos en su actividad sería equivalente a 4; haciéndose más numerosa la asociación, es natural, según Prodhon, que los resultados fuesen equivalentes: tres trabajadores, producirían 9; cuatro, producirían 16; cinco, 25; seis, 36, y así sucesivamente.

Pero si la teoría es muy bella, en la práctica ya estamos viendo que no sucede lo mismo. La gran miseria del proletariado no es causada por el exceso de población con relación al volumen de las subsistencias de que disponemos para alimentarnos, sino a la organización de la sociedad, en la cual infinitos individuos disponen de riquezas sobradas mientras una legión inmensa está falta de los recursos imprescindibles para llevarse con normalidad un pedazo de pan a la boca. No obstante, no es posible, hablando con toda serenidad e imparcialidad, acatar como irrebatible la teoría proudhoniana en lo que se refiere al cuadrado del número de trabajadores; pero no alude de una manera verdaderamente científica al aspecto importantísimo del volumen de la primera materia necesaria a la creación de esos productos resultado de la manipulación, de la mano de obra humana. Si el trabajo depende directamente de la inteligencia y la capacidad del hombre, la materia prima no puede crearla ese obrero, pese a todas las tentativas de socialización, sino que depende de la Naturaleza y las economías que esa fuerza superior a nosotros haya acumulado en el transcurso de millones y millones de años.

Jean Marestan, un neomalthusiano entusiasta y honrado de nuestra época que "no tiene pelos en la lengua", aduce el ejemplo de una mina

de carbón. Es evidente que si la mano de obra está repartida entre numerosos individuos y son también muchas las inteligencias que técnicamente laboran por la obtención más rápida y más abundante del carbón acumulado en la mina, la extracción del combustible será mucho más cuantiosa que si sólo interviniesen la mitad de brazos y la mitad de inteligencias. Indudablemente, la máxima producción, mejor dicho, la más fácil obtención del producto, permite venderlo a precios más baratos que si se obtuviese en cantidad menor. Pues bien; por muy activamente que se trabaje, por muchos esfuerzos técnicos que realicen los trabajadores, el carbón acumulado en la mina no aumentará en un sólo gramo, y cuando la mina esté agotada, veremos que toda esa superactividad no ha servido para otra cosa que para crear un espantoso estado de miseria en la cuenca carbonífera improductiva. Ni el esfuerzo de los técnicos ni el sacrificio de los brazos, serán capaces de convertir en carbón las grandes masas de piedra que se van desprendiendo a seguidas de la explosión de un barreno.

Veamos una tierra de cultivo. Todos los esfuerzos de la técnica agrícola y de la química, no podrán conseguir que el tamaño de la parcela aumente, después de haber llegado a la máxima perfección cultivadora y a extraer de la tierra los mejores y más abundantes cereales, que, justamente, han de tener un límite. Marestán dice: "La total superficie terrestre puede ser comparada a un campo del que es posible, con las artes del ingenio, obtener el rendimiento máximo, sin que, no obstante, sea posible hacerle dar una producción superior a la que consiente su superficie. Nos es dable fertilizar los desiertos, desecar los pantanos, descuajar las selvas vírgenes, hasta nos es permitido—¡espanta pensarlo!—transformar nuestro planeta en una huerta en la que no se permitiera que ningún ciudadano cultivara un rosal, haciendo así formidable la provisión alimenticia. ¿Pero no resulta evidente que de igual manera le sería imposible materialmente a la humanidad exceder en un campo restringido cierta cifra que se podría desde luego fijar de modo aproximado y que representaría el número de partes a que la humanidad tiene derecho?"

En efecto, con la superficie del globo sucede exactamente igual que con la parcela de tierra: que de ser posible la fantasía que expone Marestán, llegaría un momento en que la tierra no pudiese rendir un grano más. Pero dejémonos de estas consideraciones quiméricas y vayamos a la absoluta realidad del problema que supone el exceso de procreación, en cuyo examen llegaríamos a necesitar el sistema de expresión de las cifras astronómicas. La población de Europa en 1801 era de 175 millones de habitantes; en 1830, de 216; en 1870, de 300; en 1885, de 337; en 1895, 367; en 1898, de 380, y en la actualidad vemos con verdadero terror que, a

pesar de las guerras, epidemias, hambres y calamidades que han mermado considerablemente la población, Europa tiene una cifra que pasa de 420 millones de individuos. Puede decirse que la población del globo se dobla cada ochenta años, si tomamos como referencia la estadística europea. En este trance veremos qué es lo que sucede dentro del tiempo que falta para que acabe el siglo y si el terreno cultivable da para tanto, después de haber restado de esa superficie la que el hombre necesita para su habitación.

La humanidad, no cabe duda que se multiplica extraordinariamente, mientras que las tierras permanecen con la misma superficie que tenían desde su creación y la productibilidad va llegando al máximun de su expresión posible. Ni hay despoblación ni hay mortandad alarmantes, porque la emigración, por ejemplo, no es más que un traslado de individuos hacia otros países que consideran más prósperos y fáciles para la existencia. Cuando fuese un hecho real que el número de defunciones fuese mayor o igual que el de los nacimientos, sería posible concebir la ilusión de un equilibrio más perfecto. Pero si vemos que los esfuerzos de la ciencia, altamente humanitarios, se encaminan hacia la prolongación de la vida humana y a combatir las dolencias que en otras épocas diezmaban a algunos pueblos, veremos que el decrecimiento de la actividad procreadora que se observa en determinados países es un producto insignificante comparado con la actividad de los fabricantes de niños del resto del mundo.

Mussolini se frota las manos de placer pensando en que al cabo de un cuarto de siglo de fascismo Italia doblará el número de sus habitantes. El Japón espera otro tanto, y Alemania logrará lo mismo, al paso que van las cosas, bajo el mandato de Hitler. Y he ahí a los tres "cocos" del mundo: Italia, Japón y Alemania, cuyas mujeres no hacen más que parir futuros soldaditos. Huelga decir que la extensión superficial del territorio de esos tres países resultará a todas luces insuficiente para sostener y mantener, sin que el suelo se hunda bajo su peso, a tantos millones de criaturas; mas el mal no parece muy grave para los imperialistas: ese excedente de población encontrará terrenos para desenvolverse cómodamente mediante las conquistas de las armas. Para ello hacen falta guerras y, por lo tanto, el sacrificio de muchas vidas que se inmolarán en holocausto de ese falso y criminal ideal de "patria", algo prostituído y repugnante. Los pueblos que desdeñan las doctrinas de Malthus son la carne de cañón y de gases asfixiantes. El proletariado, llamado así por que su misión es producir *prole*, esto es, soldados, seguirá nutriendo las filas de los ejércitos que necesitan esos locos entusiastas de la guerra. ¿Y para esto se engendran los hijos pasando miseria, dolores y hambre?....

Opinamos, con Marestán, que los progresos del socialismo y el advenimiento de una sociedad de base comunista o colectivista hará desaparecer estos grandes peligros que aletean sobre la humanidad haciendo una sombra trágica y funesta. Si esta organización ejemplar por la que abogan los verdaderos humanistas—comunistas y socialistas—llega a ser un hecho, la estructura moral y económica del mundo cambiará por completo, y así desaparecerán esos crímenes colectivos de los estadistas locos y crueles cuyos hijos, en el caso de una contienda, ya cuentan con medios suficientes para emboscarse mientras las víctimas de las locuras de sus padres mueren en las trincheras sembrando el mundo de viudas y huérfanos que acaban por perecer de dolor y de miseria.

El malthusianismo, simplemente enunciado su fin, trata de conseguir una población reducida, pero fuerte, inteligente y bien provista de medios de subsistencia, a un hacinamiento humano de miserables y hambrientos. Ya hablaremos más adelante de este aspecto, para cuya demostración, si queremos, no es necesario aducir pruebas ni estadísticas, ya que cada ciudadano, por inculto y torpe que sea, sabe sobradamente "que somos muchos de sobra". ¿Y por qué sobramos muchos? Porque los fabricamos nosotros mismos. El Estado y el capitalismo están encantados de esta bestialidad, de esta inconsciencia procreadora, que da brazos para empuñar las armas y produce manos para manejar las herramientas que abaratan la mano de obra. Pero este proletario, que está harto de trabajar, y su compañera, que está fatigada de tanto parir, ¿qué obtienen en compensación?.... ¿Son beneficios? ¿O son perjuicios o sufrimientos?.... Una gran parte de la Humanidad se muere harta de cometer burradas, pero aún en estado de agonía sigue cohabitando, sigue engendrando hijos, a lo bestia, sin que nada sirvan otros ejemplos bien tristes, porque así nos lo manda nuestra estúpida moral.

James Mill, otro célebre economista que apoyó la gran parte sensata de las doctrinas de Malthus, después de demostrar que el acto de reprimir el ilimitado crecimiento de la población "constituye el problema más importante y práctico de cuantos ocupan la atención de los políticos y moralistas", continúa diciendo: "Si las supersticiones que nos rodean desde la cuna fueran combatidas y si se tuviera la vista siempre fija en el fundamental principio de la utilidad, no sería muy difícil encontrar la solución que se busca y desea." Y Francis Place, en la página 165 de su libro acerca del principio de población, escribe: "Si se dedicara a estas verdades, no una centésima, sino una milésima parte de la atención que se presta a la enseñanza de los distintos dogmas, es seguro que en poco tiempo habríamos logrado que variasen mucho el aspecto y los hábitos del pueblo. Si, sobre todo, se hiciese comprender de una vez y para siempre a todas las

personas casadas que no es en modo alguno deshonroso el servirse de ciertos medios preventivos que, sin ser perjudiciales para la salud ni contrarios a la delicadeza femenina, pudieran impedir la concepción, lograríamos detener en seguida la población en una proporción superior a los medios de subsistencia con que cuenta; se atajaría hasta un punto verdaderamente asombroso el desarrollo del vicio y la miseria; se pondrían en práctica los planes de Malthus, desarrollándose y aumentándose cada vez más el bienestar, la inteligencia y la conducta moral de las masas. Estoy convencido de que llegará el día en que adopten esta línea de conducta los pueblos si se les deja en libertad y amplitud necesarias para obedecer los dictados de su razón y de su conciencia."

Esto se escribía hace sesenta años, cuando el malthusianismo tenía que luchar contra la feroz intransigencia de los cultos y la triste incomprensión de los incultos. La exposición de las doctrinas había que hacerla con timidez que se prestaba a confusiones.

No se hablaba de contraconceptivos, pero se exponía la necesidad de la abstinencia sexual, disfrazando el término con el de "abstinencia moral", más adecuado al carácter de la época. No obstante se repartieron con profusión los folletos que explicaban las razones del malthusianismo nuevo, redactado por los hermanos Drysdale, pero empezaron a ser objeto de persecuciones, denunciándose a quienes los repartían. Esto ocurría en el año 1876. Pero el Fiscal del Supremo, ante quien se presentó la denuncia, manifestó que "jamás se había presentado ante un tribunal de justicia acusación más injusta ni más infundada".

Esta declaración de tan elevada autoridad dió por resultado que la obra se propagase extraordinariamente y que el neomalthusianismo naciese con las raíces bien hondas. Al año siguiente, las estadísticas demográficas revelaron de una manera incuestionable que la propaganda había surtido los efectos anhelados por los propulsores de la feliz teoría, ya que en aquel año nacieron menos ingleses que en los anteriores, hasta el punto de que las autoridades estimaron oportuno arrepentirse de su anterior liberalidad.

Ante un éxito tan rotundo, uno de los Drysdale, doctor en Medicina, fundó la Liga Malthusiana, en unión de su esposa, Alicia Drysdale, también doctora en Medicina, y hoy son numerosas las sociedades de ese género que existen en todo el mundo civilizado, a excepción de aquellos países en los que la influencia de las tradiciones religiosas continúa más arraigada. A este propósito nos parece oportuno señalar que el fracaso de la Iglesia al intentar inmiscuirse en tan serio problema ha sido más completo que lo que imaginaron los teólogos, quienes hubieron de convencerse bien pronto de que la importancia suprema de la procreación dejaba de ser

religiosa, como lo fué siempre, para convertirse en una cuestión puramente individual y económica en la que la religión nada tenía que hacer. Otro tanto hubiese sucedido en su relación con el Estado si las prohibiciones impuestas por éste, más o menos directamente, no se tradujeran en penas materiales.

No cabe duda que al principio de extenderse las doctrinas malthusianas hubieron de encontrarse con el obstáculo opuesto por la religión católica, cuyas tradiciones no tenían menos importancia que el peso grandioso de mil novecientos años de presiones consecutivas. La prohibición que la Iglesia de Roma hace de la práctica incompleta de la sexualidad —aunque desde el punto de vista biológico no pueda ser más incompleta la práctica que autoriza—, esto es, estableciendo la obligación de "eyacular el semen en las vías genitales femeninas", había de afectar a los católicos más que a los que no lo fuesen. En efecto, el "caso de conciencia" se lo plantearon muchos partidarios de Roma en los primeros momentos; pero cabe decir que las consecuencias del arraigo del dogma no demostraban una negación rotunda de los principios malthusianos. En Irlanda, por ejemplo, según Havelock Ellis, las murallas del catolicismo constituyeron tanto como una fortaleza inexpugnable al asalto de las nuevas teorías sobre el control de la natalidad. Mas hay que tener en cuenta que el fanatismo religioso de los irlandeses por un lado y las condiciones agradables de su vida social y económica por otro no habían llegado aún a plantear el problema de la población y las subsistencias que se veían obligados a resolver otros pueblos del Continente, e incluso la misma Inglaterra situada a dos pasos de distancia del territorio irlandés.

Pero nos encontramos con Bélgica, Portugal, Italia y hasta España. Precisamente en nuestro país, allá por los tiempos de aquella gran reina que fué Isabel la Católica, y hasta en dos siglos posteriores, el malthusianismo de hoy tomó una forma más original, pese a la enorme influencia de la religión. Si Malthus teorizaba en nombre de la escasez de alimentos, los españoles lo practicaron en virtud de la abundancia de elementos.

La inmensa falange de soldados y aventureros que marchó a la conquista de América bajo el signo de la cruz y la espada regresaba a la metrópoli con la bolsa llena y el cuerpo fatigado de trabajos y sacrificios. Todos estos "nuevos ricos", los más miserables de antes, se dieron a la vida regalada y cómoda, sin quererse complicar la existencia con lazos ni obligaciones, ya que bastantes habían tenido que soportar. Entonces se tomó verdadero horror, más que al matrimonio, a la paternidad, hasta el punto de que el censo de población no era más que de nueve millones de habitantes. Y cómo andarían las cosas, que el solo hecho de que un matrimonio

tuviese por lo menos cuatro hijos, daba derecho a la sugestiva gratificación de un título nobiliario, nada menos. Por esto el árbol genealógico de la mayoría de la ex aristocracia no tiene raíces más hondas que las de aquella época.

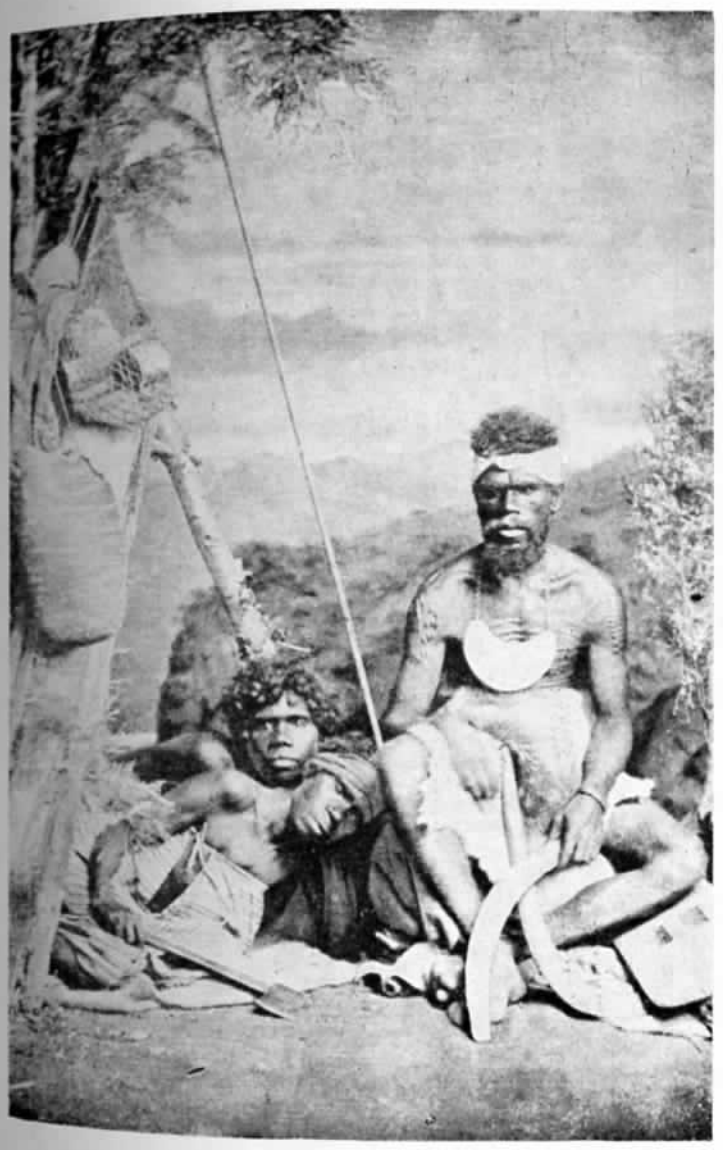
Nada podían las exhortaciones desde el púlpito, sinceras y necesarias en tan crítica ocasión, para el legítimo porvenir de la raza, gloriosa por todos conceptos, como nada han podido las admoniciones de esos mismos elementos ante el empuje de la ley de Malthus, no sólo en España, sino en esos países de que hablamos más arriba, donde la natalidad empezó a observarse a seguidas de la divulgación de la doctrina anticoncepcionista.

Nada ha preocupado tanto a la Iglesia romana como todo cuanto se refiera a la cuestión sexual, fuere en el aspecto que fuere. Como entre sus doctores no cabe duda que hay hombres de talento y verdadera cultura, la Iglesia comprendió bien pronto lo que significaba este movimiento sexual-revolucionario, y no tuvo más remedio que irse plegando poco a poco a la evidencia de sus principios razonabilísimos.

Aquí nos encontramos ante el principio malthusiano casi con todas sus características, pero sensiblemente invertidos los términos. La gestión de la Iglesia sólo podía alcanzar una mayor eficacia dirigiendo sus recomendaciones a las gentes menos cultas, de las que lógicamente cabe decir que son también las más míseras, puesto que la falta de recursos económicos hace bastante más ásperos los caminos de la educación y la cultura, de donde resulta que la contradicción con la moral natural malthusiana era evidente. Se obliga, con la amenaza tremebunda de pecados y castigos en la otra vida, a producir hijos o, por lo menos, a practicar el comercio carnal "como Dios manda", equivalente a ser fecundos. En cambio, esa gestión que debió hacerse cerca de los educados y los cultos, esto es, de los que hemos de suponer en mejores condiciones para engendrar, parir, criar y educar a los hijos, no se intenta siquiera, en virtud del convencimiento inicial de su ineficacia.

El obispo Bouvier, hombre sagaz e inteligente, sometió la cuestión al juicio del Papa Gregorio XVI en el año de 1842, haciendo saber a S. S., pero de un modo claro y terminante, que el empleo de contraconceptivos se estaba generalizando de una manera alarmante, lo que ponía a la Iglesia en el trance de dejar de condenar esta costumbre como pecado mortal, puesto que de seguir en esa actitud, los fieles no sólo se habían alejado de los confesonarios, sino que empezaban a apartarse de la Iglesia.

Esta declaración del citado obispo dió lugar a consultas, cabildeos y deliberaciones de los más significados personajes eclesiásticos, hasta que los teólogos emitieron su fallo en juicio tan singular. Tomaron como expresión



LA OPERACIÓN «MIKA»
Estos indígenas de Australia proceden a la esterilización por medio de una operación sencilla, pero muy dolorosa, con tal de librar a sus mujeres de los sufrimientos de los partos repetidos.

LAMINA I



VERDUGO DE REWA

Existe una región en la India donde, hasta hace muy pocos años, los hombres que engendraban hijos mal conformados o enfermos, habían de entendérselas con el verdugo.

LAMINA II

más generalizada de la teoría malthusiana la práctica del *coitus interruptus*, o sea el apartamiento del hombre en el instante de la eyaculación, para no depositar los gérmenes fecundadores en el órgano femenino. La resolución de la Curia fué la siguiente: puesto que el acto de retirarse era debido a la decisión del hombre, la mujer que se veía obligada a consentir por obediencia a su marido, no cometía pecado alguno.

También se hizo presente el sabio decreto del obispo Ligorio, el cual sostenía—aunque fuese en contradicción con otras teorías suyas—"que el confesor no tiene obligación de hacer indagaciones en materia tan delicada como es el *débito conyugal*, y que si el penitente no expresaba deseos de saber su opinión, puede y debe guardarse silencio sobre este asunto".

De todo esto se deduce que la actitud de la Iglesia no pudo ser más inteligente dentro de la moral de su doctrina, y que lo mismo los católicos que los que no comulgan con la religión de Roma aceptaron los métodos malthusianos siguiendo, ni más ni menos, los caminos trazados por las necesidades imperiosas de la civilización y el progreso, lo cual induce a creer que si ahora las autoridades eclesiásticas "hacen la vista gorda", dentro de muy poco tiempo es posible que el neomalthusianismo se predique, noble y sinceramente, desde los mismos púlpitos de una manera general, ya que la Iglesia protestante ofrece muchos ejemplos de tan legítima comprensión.

Actualmente, si bien es cierto que los pastores católicos eluden cuanto pueden el hablar de esta cuestión, están autorizados para aconsejar un método malthusiano de muy escasa eficacia, por cierto. Se tolera que el hombre que no quiera tener hijos cohabite con su mujer en los períodos intermenstruales, o sea antes y después de los ocho días que preceden y siguen a las hemorragias catameniales. Según la teoría de Raciborski, los riesgos de la fecundación disminuyen en esta época; pero también sucede que la mujer no siente grandes deseos eróticos, y en algunas se anula por completo, de donde resulta que para que el marido satisfaga su sexualidad es necesario que la esposa se sacrifique accediendo a un contacto para el que no la anima, por lo general, un deseo adecuado. O sea que el único medio que el catolicismo permite es inmoral, puesto que no se adapta a las leyes recíprocas del amor que exigen una disposición idéntica de la erótica de ambos cónyuges.

Si nos detenemos un poco a analizar los enunciados del viejo malthusianismo es posible observar la gran identidad que ofrece con las aspiraciones de los moralistas cristianos. Tan pronto como Roberto Malthus lanzó su famoso libro, el éxito empezó a evidenciarse por todas partes, hasta el extremo de que entonces el sabio economista se vió obligado a rectificar diciendo "que al referirse a la contraconcepción no había querido dar a

entender la reducción de hijos por métodos artificiales, sino que más bien aconsejaba la abstinencia en el matrimonio tardío".

En efecto, decía esto: que los pobres, los que no contasen con medios económicos suficientes para atender al mantenimiento y educación de su prole, "debían casarse tarde y practicar la abstinencia sexual". Esto mismo es lo que preconizaban los reformadores de las primitivas doctrinas ascéticas, de donde se deduce que la identificación de las teorías no podía ser más fiel. La única diferencia estribaba en la inmoralidad malthusiana de establecer la separación de castas por medio de las barreras del capital, mientras que los teólogos medían a todo el mundo por el mismo patrón e incluso sostenían aquella frase del Maestro cuando decía: "Más fácil es que un camello entre por el ojo de una aguja que un rico en el Reino de los Cielos."

Pero resulta que como no hay nada perfectamente completo en este pícaro mundo, resulta que en el mismísimo seno de la Iglesia quieren vivir en buena armonía las manifestaciones más dispares. Mientras unos creen que hay que crecer y multiplicarse, otros, imponiendo la abstinencia, afirman que la fabricación de hijos por medio de la unión sexual es "una asquerosidad inevitable" y "la mayor vergüenza de la humanidad".

Verdaderamente, cada vez que traemos a colación estos contrastes de la moral religiosa, de cuya exposición no podemos prescindir, es indudable que nos metemos en un berengenal, pero nunca en un callejón sin salida: la salida la encontramos por los senderos que nos marcan la lógica, por un lado, y las leyes naturales, por otro.

Así, pues, Malthus no hizo otra cosa que inspirarse en las teorías teológicas para establecer el principio de la licitud de las prácticas que recomendaba. Los primeros ascetas querían fieles, sí, pero no fabricados por medio del comercio carnal. También Mahoma era de opinión que no era necesario que el espermatozoide y el óvulo se uniesen en una cópula definitiva para dar lugar a la creación de un nuevo ser, y otro tanto se sigue creyendo entre muchos pueblos salvajes de Oceanía, puesto que el acto sexual no lo relacionan en nada con la procreación, que depende, según ellos, de influencias mágicas o religiosas.

Francis Galton decía hace ya muchos años que "los preceptos religiosos que se fundan en la ética y práctica de otros tiempos piden ser nuevamente interpretados para estar conformes con las necesidades de las naciones progresivas. Los maestros se han quedado tan rezagados, se hallan tan disconformes con los requerimientos modernos, que muchas de nuestras costumbres y nuestras creencias no resultan ya compatibles. Paréceme a mí, por lo menos, que los que más necesitamos, hoy por hoy, es una revisión

absoluta de la religión, adaptándola luego a las inteligencias y necesidades de los tiempos modernos.... La evolución es un grandioso espectáculo; pero adquiere un aspecto doblemente interesante si le acompaña el convencimiento de que la inteligente acción de la voluntad humana coopera, en cierto modo, a dirigir su curso. El hombre tiene facultades y derecho a cooperar en este sentido, y en lo que a la evolución de la Humanidad concierne, de tal modo ha influído ya en la cualidad y distribución de la vida orgánica, que, merced a sus esfuerzos en agricultura, los cambios verificados sobre la superficie de la tierra serían visibles desde una distancia tan grande como la que nos separa de la luna".

TENER HIJOS, ¿PARA QUÉ?...

Neomalthusianismo.—La propiedad que no es un robo.—Derecho de amar.—La triste misión del proletario.—El "conventillo" bonaerense.—Mortalidad infantil.—Asúa y Marañón.—Calidad y no cantidad.—Parir hijos para la guerra.—¿Suicidio o asesinato?—El ejemplo de los vascos.—Conscientes e insensatos.—La revolución social se basa en el neomalthusianismo.—El hijo futuro, enemigo del proletario.

Las doctrinas de Malthus no tardaron en ser orientadas por derroteros más prácticos que los que se contenían en su enunciado primitivo, y de esta forma surgió el *neomalthusianismo*. Sus partidarios afinaron mucho más los puntos de mira, y sin prescindir de la lógica fundamental del principio original, el problema se analizó y estudió al detalle, destruyendo la injusticia que representaba hacer del amor un objeto de lujo del que sólo podían disfrutar las castas privilegiadas y capitalistas. Todo el mundo, pobre o rico, tiene derecho al amor, porque no es una ley de los hombres, sino de la Naturaleza. Pero tiene derecho al amor porque el amor no es una debilidad, ni un pecado, ni una falta, ni siquiera un capricho de los sentidos, que es todo lo que dicen los moralistas, sino una necesidad, una imperiosa ley de orden natural y fisiológico, de cuyo cumplimiento nadie puede evadirse sin experimentar en su ser todos los trastornos anímicos y físicos más graves.

El amor es la principal fuente de felicidad en que podemos ahogar las múltiples desdichas que la vida nos obliga a soportar cada minuto; el amor ennoblece a quien lo siente y envilece a quien lo niega. Tenemos derecho a amar, como tenemos derecho a vivir en las mejores condiciones posibles de bienestar, de comodidad y de salud, sin que nadie, ni la familia, el Estado, la Iglesia ni otra corporación cualquiera tengan derecho a mezclarse en la vida de cada ciudadano que con sus actos no perjudique a la colectividad o ni tan siquiera a un sólo individuo.

Phroudhon decía que la propiedad es un robo; pero como dice Marestán, ni el más ardoroso comunista negará que la propiedad más legítima que puede poseer un ser humano es la de su propia persona, de la que cada

uno puede hacer cuanto le plazca sin pedir cuentas a nadie y sin que nadie se meta donde nadie le llama. Respetemos de las leyes lo que tienen de naturales; sometámonos, por encima de todo, a la moral verdadera; no olvidemos jamás que la sociedad debe basarse en móviles indestructibles de cultura.... Todo cuanto se pida del respeto del individuo debe concederse, porque no es sólo un deber, sino una obligación ineludible; pero al llegar al amor, a lo más íntimo, a lo que más puede afectar al individuo, ya que la sociedad sólo puede analizar estas cuestiones con una máscara de hipocresía o un gesto casi siempre injusto, en el amor, repito, que es lo que esencialmente contribuye a que la vida merezca la pena de ser vivida, nadie tiene derecho a introducir normas, emitir opiniones o establer leyes que tiendan a aniquilar o encauzar por rutas convencionales un sentimiento que se une a un instinto, que nacen el uno del alma y de la carne el otro.

Ya hemos hablado del amor libre, infinitamente más moral que el amor matrimonial de las tradiciones en uso, donde a poco que se escarbe se advierte la roña de la prostitución, de la verdadera inmoralidad de un sistema brutal y anacrónico que apenas si ahora, gracias a la República, que es la forma natural de gobierno de los pueblos, se empieza a "intentar" reformar empezando por una ley de divorcio hecha con mejor intención que acierto. Pero aún en el supuesto de que el amor de los sexos llegue a discurrir por los cauces naturales preconizados que le son legítimos, ¿podremos decir que el problema se ha resuelto?.... Indiscutiblemente, no.

El amor libre, la libertad en el amor, el libertinaje, la depravación sexual, los dos extremos, el óptimo y el pésimo con todas sus facetas, llegarían a convertirse en un sistema de la peor anarquía si, en efecto, no hubiese una moral y unas autoridades sensatas capacitadas para hacerla observar a quienes se extralimitasen en el ejercicio de sus derechos naturales. En tal caso, el hombre, como siempre, no tendría nada que perder ejerciendo el derecho brutal del más fuerte. Pero es que la cultura sirve para algo, y como decíamos al referirnos a la abstinencia y la moral, de la cultura nace la necesidad de un control imprescindible en estas costumbres. Reconozcamos que ciertos pueblos, en distintas épocas, se precipitaron en el abismo más peligroso para su civilización a consecuencia del desenfreno con que se entregaban a los vicios y placeres de todas clases; pero reconozcamos también que los tiempos presentes son incomparables con los pasados y que la Humanidad procura discurrir por todos los cauces legales que ahondaron las tradiciones, aunque en virtud de las evoluciones de esa misma civilización, que no desatiende las enseñanzas pretéritas, ansíe eliminar obstáculos e inconvenientes que han surgido a su paso como consecuencia

natural de esa misma evolución. Sin ir más lejos, con echar una ligera ojeada a las revoluciones que en distintos aspectos se han producido y se están larvando, veremos que la expresión y la fuerza que anima a esos movimientos es eminentemente económica, sin que por ello queramos decir que están exentas del sublime factor de la espiritualidad.

¿Por qué las revoluciones tienen ese carácter económico? Ya lo anunció Malthus: porque, sencillamente, ni la tierra ni los enormes progresos de la ciencia ni la injusta organización social producen lo suficiente para que podamos vivir tranquilos los muchos millones de seres que habitamos en el planeta. El hecho fundamental e indiscutible es ese: que estamos de sobra en el mundo un tercio de sus habitantes.

Para contrarrestar este dolor el placer no basta, sino que, fatalmente, le aumenta. Hablamos del amor como del más bello sentimiento humano, como la expresión más feliz de todas nuestras necesidades. Mas el amor fuerte, intenso y liberador es sexual, es también de la carne y, *fatalmente*, ha de ser entre un hombre y una mujer....

Luego el amor necesita de la comunión de los sexos, y los sexos no pueden unirse sin el riesgo de esas consecuencias que vienen a aumentar el volumen del gran dolor humano. De nada sirve que la moral, las leyes, las costumbres, las revoluciones o quien fuere concediesen a los humanos la plena autorización para amarse libremente, sin trabas legales, impedimentos morales y convencionalismos. Estas uniones, que no por ser libres dejarían de ser honestas, darían lugar a que en pocos años se hundiese el terreno que ocupan los pueblos bajo el peso excesivo de sus habitantes, y el mal se habría agravado en proporciones desmesuradas en virtud de esa brutal imprudencia procreadora. Pero esto está ocurriendo ya: Malthus no se equivocó. No tenemos más salvación, aunque ello repugne a la moral especial de los Estados capitalistas, que la constitución de una sociedad comunista o colectivista, donde la humanidad encuentre las garantías indestructibles de que desde que nace hasta que muere cada individuo logrará vivir en un equilibrio perfectamente estable, sin preocupaciones más absorventes que las de encontrar en el trabajo el propio sustento obtenido sin el sacrificio.

En definitiva, que antes de nada, como base fundamental de la gran reforma que se hace imprescindible, está el neomalthusianismo, que, como dijo Robin, "no es una panacea, sino el punto de la partida indispensable de todo criterio sobre una mejor organización social". Luego de aquí se deduce, sin ningún género de duda, que la cuestión sexual está en el origen de la cuestión social.

Y volvamos al amor. Este ideal jamás podrá ser completo mientras las

obligaciones que traen consigo las consecuencias del amor de los sexos, esto es, la descendencia, no cuente con las suficientes garantías para desenvolverse adecuadamente. Partiendo del punto de vista puramente social y económico, nos encontramos con que Malthus fué injustamente interpretado en su buena intención de negar el amor a los pobres. No es que se lo negase estableciendo deliberadamente esta separación de castas por medio de los linderos del capital, no; lo que debemos reconocer por encima de la deformación que los enemigos de esa teoría pretendieron hacer para combatirle es que Malthus "reconocía la imposibilidad del amor" entre las clases no capitalistas o económicamente desenvueltas, por razones que no pueden escapar incluso al juicio sincero de los más insensatos.

Un viejo adagio castellano dice que "donde no hay harina todo es mohina". Y esto es, sencillamente, lo que quiso decir Malthus entre otras cosas. El proletario—fabricante de prole—, el menesteroso inclusive, tiene derecho al placer sexual, a la satisfacción ordenada de sus instintos naturales que nadie, absolutamente nadie, puede discutirle ni negarle. Un pobre se casará con una mujer de su clase, sin más determinantes para su unión que el amor sincero que recíprocamente se profesan. Vivirán felices durante todo el tiempo que dure su matrimonio estéril, y aun se verá aumentada su felicidad con el nacimiento de un hijo, de dos, a lo sumo.... Pero a partir de esta cifra, ¿qué es lo que sucede?....

La vida está cara porque la producción no basta a cubrir naturalmente las necesidades del consumo. Los jornales son escasos y el trabajo es duro, porque la moral del capitalismo no da para más... Este joven matrimonio que vivió completamente feliz hasta el nacimiento del segundo hijo, cuando empieza el tercer embarazo con sus molestias, sus necesidades y esos estados particulares que forzosamente han de redundar en una reducción notable de las actividades de la esposa, las nubes de la desdicha empiezan a ensombrecer el hogar que hasta entonces era claro, limpio, bello y tranquilo...

Los encantos naturales de la joven esposa han ido marchitándose a fuerza de parir y criar; los hijos van teniendo necesidades cada vez crecientes: el alimento, el vestido, la educación... ¡Ah la educación! Los Estados, pese a sus buenas intenciones, se ven impotentes ante el crecimiento de las estadísticas escolares. Los centros de enseñanza son pocos, el profesorado escaso y mal retribuído y el hacinamiento de los educandos es antihigiénico y no se adapta a las más elementales necesidades pedagógicos... Los chiquillos no progresan, o sólo muy lentamente, y cuando ese matrimonio se encuentra con cinco o seis hijos, el panorama es aterrador, sencillamente espantoso. Tan pronto como el mayor ha cumplido doce años, ha de arrimar sus débiles hombros para sostener las paredes del hogar, que se derrumba... Le sigue su hermanita; luego los demás hermanos... Y como los recursoso económicos dejaron de ser suficientes, puesto que las necesidades crecían más deprisa que los ingresos aumentaban, nada tiene de particular que el infeliz matrimonio no haya hecho otra cosa que fabricar seis futuros atracadores, seis futuras prostitutas, seis masas que irán a enriquecer las estadísticas de los presidios y los hospitales...

A todo esto, como "donde no hay harina todo es mohina", los seis hijos habrán visto a sus padres insultarse y golpearse, habrán conocido de sus adulterios, de sus vicios, de la pérdida absoluta de todo el sentido moral...

¿Y esto ha de ser, en tantísimos casos, el producto de una deliciosa ilusión de amor?... Pues maldito mil y mil veces sea el amor humano.

El amor, entonces, no es más que una teoría bestial y absurda. Pero dejémosle hablar a Hardy: "Se invoca para los proletarios los goces y placeres que el hogar proporciona. Este es un axioma bestial, infame e indigno, porque ni el hombre ni la mujer proletarios logran jamás goces ni satisfacciones de ninguna especie, ni hogar confortable. La familia proletaria, esto es, la que tiene varios hijos, no conoce más que la miseria, y quien pretenda sostener lo contrario, es una bestia que miente."

Los conceptos son duros, pero son justos también. No es posible negar que la progenie que rebasa los límites de capacidad del producto económico que el padre obtiene con su trabajo, no es, ni más ni menos, que una reproducción exacta de la miseria. El padre o la madre han de trabajar como energúmenos para acallar el grito de tantas bocas como piden pan, hasta que los pequeñuelos son callados a golpes para que no molesten a la madre que está pariendo de nuevo otro hermanito que viene a quitarles una parte de la escasísima que les correspondía. Hay que trabajar más; es preciso que el padre y la madre "se maten trabajando..."

¿Qué es el hogar de un proletario? Veámoslo, según Hardy: "El hogar, descuidado, se convierte en un tugurio. Los hijos llenan con su tumulto y sus quejas la habitación demasiado estrecha. Mal vestidos, mal alimentados y peor limpios, se acostumbran a los encantos brutales del arroyo, donde adquieren vicios que les marchitan y degeneran. La pérdida de los afectos y las discordias son las consecuencias de la dureza de la vida. El padre se refugia en la taberna y el alcoholismo hace su funesta obra mientras la pérdida del empleo y la falta de trabajo agravan la situación, que empieza a presentarse con los más tenebrosos caracteres.

La mujer sigue pariendo, como una máquina, hijos raquíticos enfermos degenerados por el morbo de los vicios que adquirieron los padres y el hambre feroz y continuada. La miseria sin esperanza, abyecta y te hunde a la familia. ¿Dónde están para los proletarios los famosos goces hogar?"

A todo este panorama sombrío que el sabio psicofisiólogo nos retra hay que añadir infinitas circunstancias más que no sería posible enu rar sino disponiendo de un espacio interminable. En los célebres "co ventillos" bonaerenses, de que nos habla la letra canalla y perversa los tangos, he tenido ocasión de observar los más terribles aspectos la miseria moral y física a que da lugar este afán insensato y criminal cohabitar sin precauciones, de engendrar y parir hijos de cualquier ma nera, tras el quicio de una puerta o en la plataforma de un tranvía.

Un día, acompañado de un joven médico argentino, dependiente de l servicios de Sanidad, visité un conventillo, y no quise ver más. En u habitación de seis metros por siete habitaban un matrimonio y seis hij la mayor de dieciséis años, otro de quince y el más pequeño de sie Era de día; pero la luz que penetraba de un patio por un ventanuco treinta por cuarenta centímetros, obligaba a tener encendida la lámpara "querosen" de una manera permanente. El olor de los pobres guisot el humo del petróleo, el vaho de aquellas personas, sucias y enferm y la proximidad de un retrete que servía a toda la enorme población aquella inmensa colmena, hacía de la escena algo fétido, horrible y dr mático. Por si esto fuera poco, el marido yacía agonizante, arrojando tr zos de pulmón por la boca.

Al entrar, yo, poco ducho en el conocimiento de las costumbres d país, pensé que la elegante muchacha que se hallaba sentada sobre u cajón cerca del lecho sería alguna enfermera visitadora de la Sanidad Mas a los pocos instantes supe que era hija del enfermo, que, angu tiada, no había podido "hecer un cabrito" en todo el día, con lo q hubiera llevado a los suyos un pedazo de pan. El muchacho acababa d salir de la cárcel, y otro que le seguía, de trece años, fué más afortunad puesto que había logrado robar un puñado de frutas de un estable miento... Mi colega pidió una ambulancia, y los dos entregamos un pesos a aquellos desdichados. Al salir de aquel infierno, la presunta en fermera nos despidió con una mirada que allí mismo no hubiese tenid inconveniente en traducir en hechos si cualquiera de los dos hubiér mos querido. El conventillo suele ser teatro, en virtud de esa promiscu dad, de los más abominables incestos que imaginarse puedan.

Y en España, por desdicha, aunque la moral es otra, tampoco fal

tan los conventillos con todos sus horrores de inmoralidad, hambre y miseria.

Se habla de la mortalidad infantil, y los organismos sanitarios oficiales nos hablan de puericultura, de lactación maternal y de otras cuantas cosas raras, para evitar el aumento de esas cifras tremendas que la muerte se cobra en los recién nacidos. Los esfuerzos de esas instituciones son, sencillamente, sobrehumanos, pero completamente ineficaces, ya que parten de un punto de vista completamente falso para atajar el mal. "¡Mueren muchos niños y hay que impedirlo"—claman las propagandas—. ¿Pero cómo impedirlo?... Pues sencillamente, impidiéndoles nacer. La solución será brutal, ¿no es cierto? Mas, sinceramente hablando, con la mano puesta en el corazón y en la "conciencia científica", ¿es posible invocar otro más eficaz, más humanitario, más legítimo y menos costoso?... ¿A qué viene hablar de un aspecto para el que no es posible contar con recursos siquiera precisos para su remedio?...

Los consejos a las madres, las botellitas de leche pasteurizada y el reconocimiento incesante de los niñitos no remedian el mal, que sigue alcanzando proporciones alarmantes; las madres proletarias siguen pariendo productos cada vez más débiles y peor preparados para vivir. Luis Jiménez de Asúa, catedrático insigne y penalista famoso, dice en uno de sus ensayos: "Gregorio Marañón, con su alto prestigio, ha hecho circular esta ley aterradora: "La fecundidad de las madres está en relación "directa con la mortalidad de los hijos. Mientras en las clases proletarias "los matrimonios que tienen uno o dos descendientes sólo padecen un "porcentaje de mortalidad del 25,8 al 28,4 por 100, los que engendra"ron más de 15 hijos sufren un coeficiente de pérdida, que oscila de 61 a 95,0 por 100."

"La estadística de Marañón—agrega Asúa—no es oriunda de los centros oficiales, donde el embuste está sistemáticamente organizado. La ha recogido él mismo en su Hospital, y responde de su exactitud. Las cifras totales son desconsoladoras: De 7.389 niños, 3.451 muertos. En otros pueblos acaece algo semejante, sobre todo en los departamentos pobres de Francia, Italia y Rusia; pero la *hecatombe española* no se supera en parte alguna."

"Las causas de las espantosas cifras de mortalidad infantil están en la mente de todos. Los matrimonios españoles procrean más hijos de los que pueden mantener y educar. Con un número reducido de descendientes, la casa sería alegre, sana y económicamente próspera; pero con tan copiosa prole, el dinero falta, la alimentación es mala, la salud poca y la educación nula. Por eso, puede subrayar Marañón, con aparente paradoja,

pero con frase de incontrovertible certeza: "Si las mujeres españolas pu-
"riesen la mitad de hijos que en la actualidad, en cien años se duplicaba
"la población de España; y por eso, nuestro país, que es acaso el de más
mujeres multíparas, está mucho menos poblado que Alemania, Francia
e Italia."

Yo añadiría a esta lamentación del insigne profesor que "está menos
poblado, afortunadamente".

Jiménez de Asúa y Gregorio Marañón, los dos verdaderos campeones
de la reforma sexual que España necesita, dicho sea con perdón de los
moralistas de las cavernas, desde que empezaron a tratar de estas cuestio-
nes, tuvieron la "desgracia" de dar en el clavo, sin marrar un golpe.
Todo eso ha sido suficiente para que la supuesta mentalidad de unos
cuantos desdichados se enfrentase con las teorías de estos dos sabios, hon-
ra de nuestro Foro y de nuestra Medicina, resucitando y desempolvan-
do ese sinfín de estupideces que envuelven la tremenda hipocresía de una
moral que tantísimo daño nos hizo durante veinte siglos.

Pero sin apoyarnos en las opiniones de estos célebres investigadores,
con disponer siquiera de un ápice de sentido común—desdichadamente
el menos común de todos los sentidos—, nos sería fácil comprobar, como
lo habrá sido para Marañón, que las causas de esa mortalidad están en
las malas condiciones de vida que han de soportar la prole y los progeni-
tores. Es verdaderamente estúpido hacer y parir hijos que desde que son
engendrados hasta que mueren, casi siempre en los primeros meses de
su vida miserable y depauperada, no producen más que dolores, moles-
tias, sufrimientos, gastos y lágrimas. Pero todavía es preferible esto a que
su triste existencia se prolongase hasta el punto de dar vida a otros hijos
que habrían de heredar los mismos estigmas que les obligaron a arrastrar
un vivir calamitoso.

Muchos neomaltusianos no titubean en felicitarse de esta especie de
selección que la Naturaleza opera entre sus individuos, destarando a la
Humanidad de posibles cargas muy pesadas. Pero la conformidad es cru-
da, por no decir cruel, y la solución no puede complacernos. El hecho
de que el niño muera en los primeros meses de su vida o venga al
mundo muerto, implica la evidencia de muchos trastornos tanto de índo-
le sentimental como económica. El embarazo, aun en el supuesto de que
se desarrolle en las mejores condiciones, ocasiona trastornos y mermas
en la economía de la futura madre, que viene a reflejarse en la econo-
mía doméstica de una manera muy sensible. Si es el primero o el segundo
hijo lo que se espera, es fácil que la madre sobrelleve con entusiasmo
los dolores y privaciones que su estado imponen; pero si lo que va a

nacer rebasa la cifra de hijos anhelados, esa criatura nacerá en un am-
biente hostil, porque no es deseada, porque es inoportuna, porque vie-
ne a aumentar las hondas preocupaciones del hogar bastante agobiado para
soportar nuevas cargas.

Aun admtiendo que todos esos seres que representan un excedente
del cupo familiar deseado lleguen a vivir y a desarrollarse a tono con las
circunstancias o posibilidades económicas del hogar proletario, cada vez
más escasas, ya que las necesidades de la prole van haciéndose mayo-
res, tendremos que esas criaturas, futuros hombres y mujeres que segui-
rán ejecutando la tarea de procrear automática e inconscientemente, no
habrán podido alimentarse suficientemente con arreglo a las demandas
naturales de su organismo, ni habrán recibido tampoco la educación, el
grado de intelectualidad preciso tan imprescindible en los primeros años
de la vida. No olvidemos que los países más ricos son los que producen
individuos más sanos y capaces en casi todas las actividades. Pero tam-
poco perdamos de vista el hecho indubitable de que lo mismo la fuerza
que la riqueza de un pueblo cualquiera está justificada por la cantidad
de hombres que tienen un valor productivo, intelectual y físico, y no por
la cifra total de individuos que lo pueblan. Evoquemos los días aciagos
de la Gran Guerra, y se verá de qué sirvió a los aliados el famoso
"rulo ruso", aquella enorme masa de hombres de escasa intelectualidad y
de mala alimentación.

En la Italia de Mussolini, que ya está necesitado de nuevos territo-
rios en que poder alojar a tanto fascista como nace y crece, el hambre
hace estragos, y la economía perefectamente imaginaria de un suelo har-
to de producir, se viéne abajo a pasos agigantados. En una nota de un
libro de Jiménez Asúa, se dice lo siguiente: "La prensa fascista, ayuda-
da por los periódicos de la Iglesia romana, ha hecho una intensa cam-
paña contra la práctica creciente de restricción de nacimientos. El diario
Impero fustiga a las mujeres aristocráticas, afirmando que la esterilidad
voluntaria tan en boga es el mayor crimen que pueden cometer contra
el régimen fascista, y termina diciendo que las hembras culpables de este
delito deben ser trasladadas a una pequeña isla, donde "el aburrimiento
de una vida semejante las conducirá en poco tiempo a desear con vehe-
mencia la concepción de hijos". Con igual designio, el secretario del par-
tido fascista, Augusto Turati, ha enviado a los secretarios de las Fede-
raciones provinciales fascistas una circular monstruosa que mata el libre
ejercicio forense. En esencia, dice así: Deseo que los abogados fascistas
no asuman la defensa de comadronas y médicos imputados de prácticas

abortivas, estando tal actividad en perfecta antítesis con una de las principales finalidades que el régimen se propone."

Lo que se propone el régimen, ya lo sabemos. La escuadra aérea más poderosa del mundo; la armada más disciplinada y moderna; el armamento más formidable; la educación que recibe la juventud alistada—toda la juventud italiana—en las milicias del Fascio... Luego el régimen se propone eclipsar las glorias y conquistas de los antiguos Césares, que se hicieron los dueños de casi todo el mundo conocido. ¿Y para ésto se excita a parir a las mujeres italianas?...

César, en la época en que las guerras civiles habían casi diezmado a los hombres útiles para las expediciones bélicas, dictó unas leyes por las cuales sólo las mujeres que hubieran tenido hijos estaban autorizadas para usar alhajas. Aquellos patricios acogieron con grata complacencia las órdenes del emperador, y desde entonces se puso de moda eso de parir carne de legiones. Mussolini, a pesar de que hablamos de cultura, no recurre a estos procedimientos, sino que habla de destierros en pequeñas islas pretendiendo que las mujeres se mueran de aburrimiento. Y si se diera una vueltecita por la historia de Grecia, comprobaría que en Lesbos las mujeres no se aburrían en una república donde se aborrecía al hombre...

Italia quiere niños, ¡muchos niños !Pero cuando las posibilidades económicas de un país no responden a los deseos imperialistas de sus gobernantes, esos niños lograrán ser hombres a costa de muchos sacrificios e infinitas dificultades, constituyendo una carga para la sociedad y no una fuerza para el Estado. "Un país lleno de niños mal alimentados—ha dicho un sociólogo—, mal vestidos y peor educados, sólo produce, al igual que una familia, hombres débiles, sin inteligencia, sin iniciativa, verdaderos valores nulos, bocas inútiles, desechos sociales que absorben recursos considerables y paralizan el progreso."

Esta verdad incombatible ha sido sostenida en todos los tiempos por los estadistas más sinceros, en pugna con los moralistas, que sostienen, a pesar de todo, que el hecho de limitar la procreación constituye un suicidio de la raza. La teoría no puede ser más estúpida; pero en el caso de que evidentemente equivaliese a un suicidio, el suicida es una víctima de sus ideas, de su propia voluntad, y las guerras, las epidemias y las demás calamidades "organizadas", son un asesinato, un crimen de lesa raza, dándose la tremenda injusticia de que las víctimas jamás son responsables, mientras que los responsables verdaderos no sólo no pierden la vida, sino que conquistan gloria y prestigio. Se necesitan esas masas enormes de hombres, de irresponsables e inconscientes, para estrellarlas contra

otras masas, para asesinarlas con toda frialdad, con todo cálculo, con esa alevosía y esa premeditación que los generales llaman "estrategia" y los gobernantes "patriotismo".... Preferimos el suicidio al asesinato. ¿Pero hasta qué punto puede llamarse suicidio el hecho de abstenerse de tener hijos innecesarios, al deseo naturalísimo de controlar la natalidad para que no haya lugar a la producción de un execedente inútil?...

Los Estados más poderosos han sido casi siempre los más pequeños en relación a la *cantidad* de sus habitantes, pero los más grandes en cuanto a la *calidad* de los individuos. No puede dudarse por un momento que el número abundante de buenos tipos físicos prestigia a un Estado, pero también es innegable que cuando a tontas y a locas se excita a los ciudadanos a manifestarse en una procreación sistemática y ésto se logra, los productos de esa táctica descabellada se traducen en una invasión de seres inútiles y débiles o enfermos, que lejos de servir para algo, contribuyen a aumentar los presupuestos de beneficencia en cantidades fabulosas, que en los pueblos sanos se invierten en obras docentes y hasta en buenos armamentos.

Estas diferencias se aprecian de una manera notable si comparamos, por ejemplo, los productos de dos provincias. A raíz del famoso desastre de 1921 en Marruecos, empezaron a desembarcar en nuestros puertos marroquíes tropas y más tropas tan mal instruídas como alimentadas. Los periódicos todos se ocuparon singularmente de la llegada al teatro de la lucha, lo recuerdo perefectamente, del entonces regimiento de Garellano, de guarnición en Bilbao. Y llamó poderosamente la atención de las gentes la prestancia física de estos recios vascos, hijos de mujeres poco prolíficas, pero fuertes, vigorosos y resistentes, que no podían compararse con los reclutas de la fecunda tierra castellana.

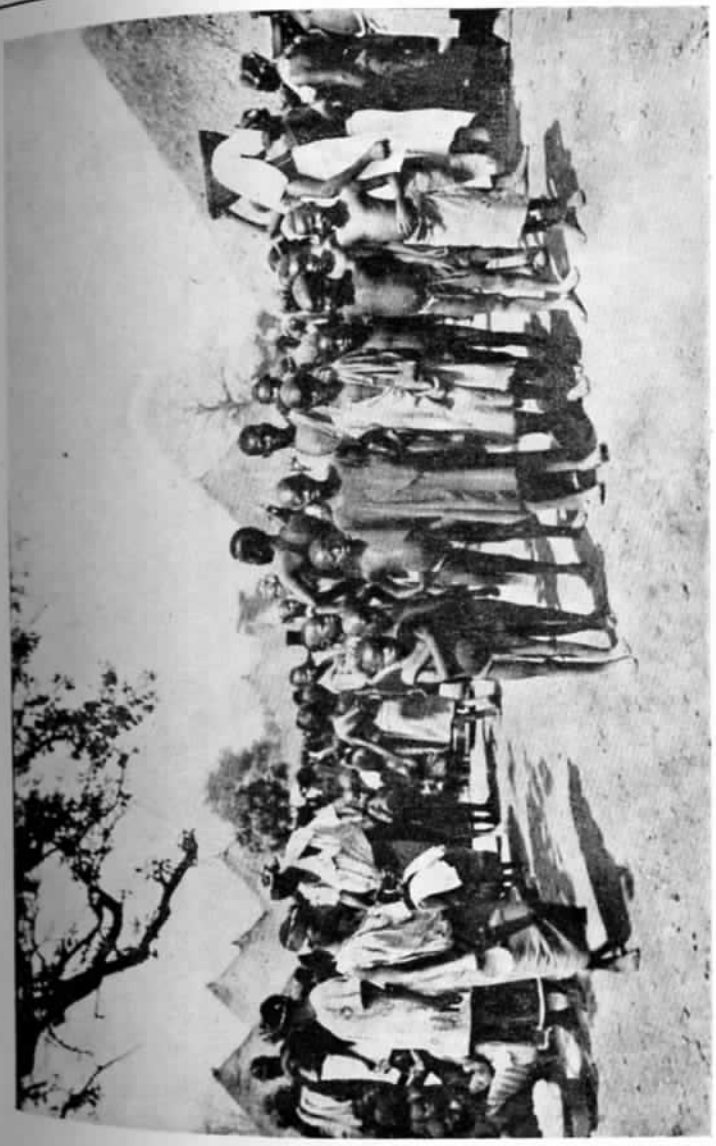
Las obras de fuerza y de audacia, jamás las han realizado las multitudes por la importancia de su número, sino que han sido, como dice Hardy, los combatientes que en menor número, conociendo bien el manejo de las armas perfeccionadas, guiados por una convicción razonada e interesada, sabiendo lo que defienden y por qué y contra quién, siendo conscientes, en suma, son siempre más temibles que un inmenso rebaño de inconscientes, aunque sean civilizados.

Este fué, precisamente, nuestro caso de Marruecos, como lo ha sido el de Francia, ya que, como dice el refrán, "en todas partes se cuecen habas". Aparte del conocimiento del terreno que tenían los indígenas, es indudable que su resistencia física, su salud, su sobriedad y cuantas características personales son precisas para el mejor éxito de estas empresas, concurrían en ellos de una forma infinitamente más destacada

que en los soldados que por un prurito ridículo de imperialismo e
viaba el Estado para sostener un lucha a todas luces desigual. Yo he c
nocido a un moro que ocupó un cargo importante al lado del caud
de la rebelión del 21, el cual me explicaba la razón demasiado sencilla
aquella contienda que nos trajo en jaque durante tantos años. Soste
con una lógica aplastante, que los soldados pierden las batallas, o las g
nan, desde que están en espíritu en los testículos de sus padres. Si
padre es débil, el hijo no podrá ser fuerte; si el niño no se alimenta,
podrá ser hombre, y si no es hombre, mal puede ser soldado, resistente
valeroso. "Un moro—decía—, está acostumbrado desde niño a ser sob
y no comer más de lo necesario; un moro no bebe alcohol, que hace p
der la cabeza y engendrar hijos cuando no se puede invocar el nom
de Dios. Un moro aprende a resistir las inclemencias del tiempo y a f
miliarizarse con la Naturaleza. Un moro sabe por qué debe defender
casa y su tierra: porque en su casa tiene sus afectos y la tierra le
para comer. Y a un moro le das un fusil, cien cartuchos, un pan de c
bada y un puñado de higos, y ten por seguro que nunca hará menos
cien bajas en las filas de quienes le combaten".

Pero dejémonos de digresiones bélicas; la Constitución de la Rep
blica española, dice que se renuncia a la guerra. Claro que esto no quie
decir nada, si nuestros enemigos de algún día renunciasen a la paz... E
paña no quiere, y hace bien, que en su historia futura puedan figurar tip
semejantes a esos asesinos geniales que se llamaron Carlomagno, Na
león y Guillermo II. De todas formas, cuando las necesidades del Esta
precisen del concurso de muchos hombres, ¿no podría recurrirse con a
ticipación a la creación de un "cuerpo de procreadores voluntarios"?
En este caso—infinitamente inmoral—, tampoco tendría derecho a cre
y educar carne de cañón; pero bastante menos le asiste par disponer d
esfuerzo y de las vidas de madres e hijos, por los que nada o bien po
hizo en la época en que su tutela hubiera resultado eficaz y positiva.

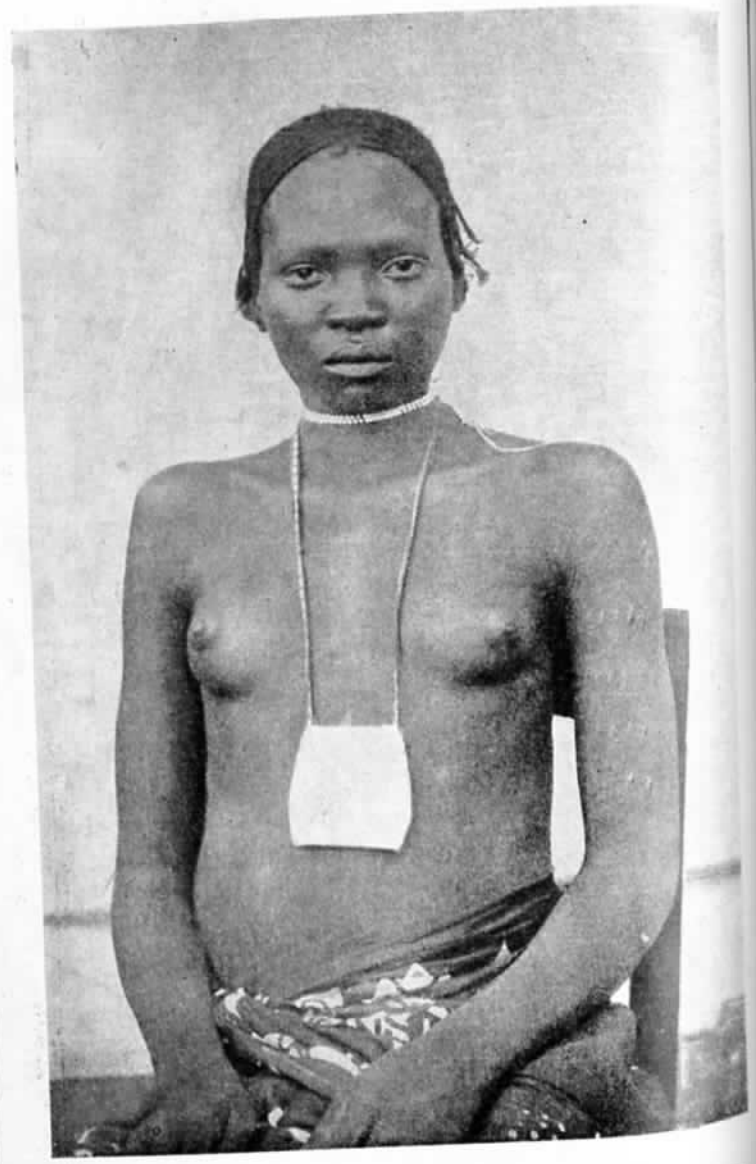
Aparte del delirio de grandezas que puedan padecer los gobernantes d
los pueblos, no hay duda que en determinadas circunstancias se hace p
ciso desempolvar el romántico ideal de Patria, a la que todos estam
obligados a defender cuando realmente se halla en peligro. Mientras
estructura social no se transforme en expresiones más puras, en ese colo
tivismo o comunismo de que ya hemos hablado, que, aunque extraño p
rezca, ha de tener su verdadera fundamento en el neomalthusianismo,
el control inteligente de la natalidad, la concordia y la paz internacion
les no serán más que un motivo de declamaciones hueras para que pierda
el tiempo los señores de Ginebra, de quienes tanto se ríen los países



NIÑOS DE NUEVA GUINEA

Sólo ejerciendo un control estrecho en la procreación, es posible que los niños vivan sanos y alegres y representen una firme garantía del poder de un pueblo.

LAMINA III



MUCHACHA BARI

Entre estos indígenas africanos, la mujer que tiene unos pechos pequeños o presenta cualquier defecto constitucional, tiene la obligación de no concebir hijos.

LAMINA IV

perialistas. Pero sucede, desgraciadamente, que hasta que el mal no se remedie, seguiremos fabricando carne de cañón, pero debilitada, depauperada y destrozada.

Actualmente, las fábricas, los talleres, los hospitales, todos los centros donde se reunen hombres, incluso las escuelas que pretenden formar la inteligencia de los hombres del mañana, se hallan congestionados, repletos, hasta el punto de no caber ni un individuo más. Donde el proletario ha de ganarse el pan de cada día, no hay una plaza vacante de las miles que demandan otros menos afortunados, que a la vez siguen engendrando hijos que no caben en las escuelas, y que terminan por hacer la competencia a sus padres.

Esta multiplicación espantosa produce una abundancia enorme de mano de obra, y no valen asociaciones, ni sindicaciones ni nada: es la ley del hambre la que impera y se impone, y como no hay más sistema que la oferta y la demanda, los que se ofrecen nunca son solicitados, y por lo tanto han de acatar los jornales que el capitalismo imponga. "No hay huelgas eficaces—dice un sociólogo—. La huelga que pretende mantenerse por mucho tiempo exige una reserva que los proletarios no pueden tener. Ordinariamente, y a pesar de la solidaridad obrera, equivale al hambre para los hijos pequeños. Los sublevados luchan con armas desiguales, no solamente contra sus desdichados hermanos—los desocupados que ambicionan las plazas—, sino contra sus hermanos bien alimentados, bien vestidos y bien armados: la fuerza pública."

Se lucha, se mata y se muere por un ideal, cuando ese ideal no es otra cosa que el hambre. El que no tiene hambre, procura aislarse, sumándose, si acaso, al número, de una forma pasiva, por solidaridad, por compañerismo. Si aunque sea explotado por el patrono, ese amargo sudor de su rostro lleva el pan necesario para que sus hijos no lloren de hambre, ¿qué puede importarle que los demás no coman?.... La teoría es egoísta, pero no tiene remedio: él, con gusto, se quitará de la boca el pedazo de pan que sobró en el yantar de sus hijos, y se lo dará al compañero hambriento; ¡pero primero son los hijos!... Y cuando vuelva a casa después del choque con la fuerza pública, que mantiene el orden o defiende el interés capitalista, jubiloso de que nada le haya sucedido, acariciará a su mujer, procurando, sin quererlo, hacerla un hijo.

La revolución social será un mito grosero mientras no se ataque a la raíz del problema, que no es más que esa estúpida fecundidad de la raza.

Dice Paul Robin que el problema de la dicha humana se compone de tres partes a resolver en el siguiente orden: "Buen nacimiento, buena educación, buena organización social. Los esfuerzos para resolver una de las

últimas partes del problema resultan perdidos si no se resuelve la pri-
mera."

Nosotros empezaríamos el pensamiento con el enunciado de "buen
embarazo", esto es, deseado como un motivo de felicidad y no como un
heraldo de desgracia que se presenta a anunciar el fin de la escasa fe-
cidad que existía.

Pudiéramos exponer múltiples razones más en pro del neomalthusia-
nismo; pero ¿para qué?.... Los hechos que están a la vista de todos, y
necesitan demostración ni precisan relatarse más que de una forma ele-
mental y expositiva, con el único objeto de que no se olviden y en ellos
obtengamos el ejemplo de lo que puede representar la imprudencia de
nuestra conducta, de nuestra inconsciencia, que es tan grande, que no se
deja prever la magnitud de esos actos fatales.

LA MUJER ANTE EL PROBLEMA

El caso inglés. — Lo que han impedido las mujeres británicas. — El "birthcontrol". — La obra admirable de Mary Stopes.—La mujer y el hombre ante el embarazo.—Responsabilidad materna.—Parir, no es una obligación, sino un derecho.—Instinto de maternidad.—La libertad y el amor.—Sexualidad y contraconceptivos.—La mujer no se niega a ser madre.—Suicidios por amor.—Lo que no comprenden los moralistas.

"La hembra debe penetrarse, como la Spirita de Víctor Margueritte, de que su cuerpo es suyo, no para usar mal de él, sino para hacerle digno del alma que envuelve, y que procrear es, de todos los actos de la vida, el más importante, por sus consecuencias, para dejarlo abandonado a las ciegas fuerzas del instinto y a los excesos irracionales de la naturaleza somática."

LUIS JIMÉNEZ DE ASÚA.

Al principio, la puritanísima Inglaterra acogió las teorías de Malthus con tanto temor como escándalo; pero al difundirse el malthusianismo nuevo cuyo éxito indudable se reflejó en las cifras de la natalidad, los mismos gobiernos que persiguieron a los propagandistas acabaron por rendirse a la evidencia de los hechos. Puede decirse que no hay un país en el mundo donde las doctrinas anticoncepcionales se hayan interpretado con más justeza que en Inglaterra. Lo mismo en las clases elevadas que en las más pobres, la mujer que quiere tener hijos los pare, y la que, por cualquier circunstancia, especialmente de orden económico, no puede tenerlos, se abstiene de parir el tercero.

El Estado no se inquieta ante este control de la natalidad ejercido por los propios procreadores, y no por eso faltan inglesitos capaces de hacer imperecedera la raza. Los millones de "sin-trabajo" que existen ahora como consecuencia de los trastornos económicos que los países ex beligerantes sufren después de la gran contienda, pese a las propagandas neomalthusianas, han consumido hasta la fecha más de cien mil millones de subvenciones: el Gobierno inglés le debe a Malthus no haber desembolsado doscientos mil millones más, lo mismo que las mujeres de la Rubia Albión se han hecho acreedoras a la gratitud de las arcas del Tesoro por haber seguido al pie de la letra los consejos de los reformadores de las teorías de Malthus.

La catástrofe social y económica que había de suceder al armisticio, no pasó desapercibida en sus temores para los sagaces economistas ingleses, y mientras unos y otros se disponían a tomar posiciones para esta nueva guerra, menos sangrienta, pero más larga, una mujer, la doctora Mary Stopes, enfocó el problema desde el mejor punto de vista, y se dispuso a atacarlo por su misma raíz.

La transformación que la sabiduría de esta valiente mujer hizo operar en la austera moral británica fué radicalísima: fundó el *birth-control*, teoría audacísima, por la cual se enseña a las mujeres el conocimiento de las prácticas científicas adecuadas para contener las maternidades desbordantes y antieconómicas. En los comienzos todo fueron obstáculos y oposiciones; pero si actualmente se interroga a cualquier inglés, incluso al más severo de los puritanos, no titubeará en afirmar que el esfuerzo de la Stopes ha encontrado el apoyo unánime de la opinión sensata.

Alfred Fabre-Luce dice acerca de la iniciación del *birth-control* lo siguiente: "Una visión de angustia precipitó esta vocación. Durante la guerra, Mary Stopes era profesor de Biología de la Universidad de Londres. Una estudiante que iba del Hospital le habló de una mujer sifilítica, cuyos hijos morían uno tras otro, y a la que los médicos no se atrevían a librar de sus vanos sufrimientos. "En cuanto dependa de mí—se juró Mary Stopes—, la maternidad será una alegría para las mujeres de mi país, y jamás una carga." En el mismo momento, Humphrey Roe, aviador combatiente, ofrecía una parte de su fortuna presente y de su herencia a un gran hospital inglés, si éste aceptaba abrir una clínica de *birth-control*. El hospital rehusó; pero Mary Stopes y H. Roe se casaron, y ellos mismos fundaron la clínica. Millares de londinenses vieron y aprendieron los secretos de la "no concepción". Y centenares de millares de mujeres compraron los libros que Mary Stopes publicaba sucesivamente. En ellos se encuentran, en medio de una atmósfera de gran honestidad, fragmentos de autobiografía y de manual erótico, consejos de malthusianismo práctico, estadísticas de la eficacia comparada de los medios anticoncepcionistas químicos y mecánicos y mil líricas efusiones de piedad para los que sufren o de entusiasmo para los que han sabido encontrar la dicha en la comunidad del placer sexual. La organización del Constructive Birht Control cuenta con el apoyo de un periódico, "The New Generation", y un Comité de patronaje que va desde el novelista Arnold Bennet al diputado Clynes y el economista Keynes. El éxito de la propaganda es tan grande, que el Gobierno británico, si no llega a atreverse a sostenerlo con subvenciones, tampoco intenta ponerle trabas persiguiéndole. Incluso dió un paso fuera de la neutralidad, pues en abril de 1926, lord Balfour defendió victoriosamente en la Cá-

mara de los Lores un proyecto de ley autorizando la enseñanza de la "no concepción" en los Welfare Centres."

El mismo Malthus, si levantase la cabeza, volvería a morirse de sorpresa ante el triunfo rotundo de sus doctrinas reformadas, de las que jamás pudo sospechar obtuvieran tan enorme éxito. Seguramente, si en vez de ser una mujer del temple de la doctora Stopes es un hombre el iniciador de tan revolucionaria reforma, el triunfo es fácil que no hubiera sido tan completo. Pero una mujer, e inglesa por añadidura, no podía por menos de impresionar el ánimo de sus congéneres, no sólo de Inglaterra, sino del mundo entero.

Naturalmente, la mujer es la parte más interesada y a la que más directamente afecta la procreación. Chesterton, el célebre humorista inglés que combatió al neomalthusianismo, decía que la práctica del amor sexual sin embarazo ni parto es como tocar las trompetas e izar las banderas sin tomar parte en la batalla. Y esto no es justo. Viniendo, como viene, de un humorista, no podemos tomarlo en serio, pero no obstante, el *trabajo* del hombre en el acto sexual suele ser bien grato y cómodo, puesto que no necesita de otras actividades que las que nacen de su instinto; esto no tiene discusión.

Cuando hemos hablado de los trastornos del embarazo, que pueden superar incluso a los síntomas y padecimientos de una enfermedad grave, se ha visto que la mujer, "que tan activa parte toma en la batalla", tiene motivos para acordarse con verdadera amargura de la hora en que el fruto de su vientre fué concebido. ¿Qué molestias tiene que soportar el hombre?... Ninguna. Y a veces, pero muchas veces, no sólo no se toma molestias, sino que procura molestar a su esposa reclamando sus fueros sexuales, sin tener en consideración que un golpe, un traumatismo, una presión en el vientre e incluso la misma sacudida nerviosa que produce el orgasmo son bastantes para multiplicar los padecimientos de la embarazada, provocar el aborto y hasta la muerte por las complicaciones.

En atención a todas estas circunstancias, ¿podría condenarse a la mujer que se negase a ser madre en su matrimonio?... Aparte de todas las razones teológicas, de la moral y de las coveniencias estatales, la mujer es dueña absoluta de su cuerpo, y como su cuerpo ha de sufrir los desórdenes más o menos graves que el embarazo, el parto y la maternidad traen consigo, tiene un derecho natural perfectísimo a no concebir si no quiere, e incluso a no parir si no la conviene. El amor es la máxima intelectualización de la sexualidad, y la sexualidad debe tener como fin primordial la procreación, pero, entiéndase bien, siempre que el deseo de

ser madre sea tan fuerte como el impulso que la empujó a dejarse fecundar.

En este punto prescindimos de las teorías neomalthusianas, y nos atenemos al derecho de propiedad indiscutible que tenemos sobre nuestro cuerpo.

Hay un cuento en *Las mil y una noches* que refiere el caso de una mujer que habiendo sido violada mientras se hallaba entregada al sueño, concibió un hijo al que vió nacer; pero como la criatura había sido el fruto de una unión involuntaria, lo abandonó en el borde de un camino, "no queriendo—dice—aceptar ante Alah la responsabilidad de la vida de un niño nacido sin mi consentimiento".

Claro es que en este caso no ocurre lo mismo que en el matrimonio, donde la unión ya implica la consecuencia natural de los hijos, ya sea por leyes biológicas o por tradiciones morales. Con esto no pretendemos adoptar una posición caprichosa y a tono con el carácter del presente tema; pero sí hemos de hacer confesión clara de que, a nuestro juicio, la maternidad debe de ser absolutamente consciente, y que ni el Estado ni el mismo individuo tienen derecho a exigir que una mujer sea madre, si ella no quiere serlo. "Si el Estado quiere que haya niños—dice un autor—, debe tratar de que le resulte agradable a la mujer el tenerlos, como, indudablemente, sucedería si nuestras condiciones de vida fueran naturales y equitativas."

Así, pues, a la libertad que todos los seres humanos tenemos para amar a quien nos plazca y sin más derechos que el de la reciprocidad de sentimientos, hay que añadir el poderoso derecho de la mujer de someterse o hurtarse al "deber" de parir cuando le dé la gana. Cuando la mujer reclama el derecho de hacer que su vientre permanezca en huelga, no quiere decir que ello encierre una negativa a ser madre en todas las circunstancias, sino que natural o convenientemente subordina la maternidad al imperio de muchos aspectos que sólo ella debe controlar.

No hay ninguna mujer, absolutamente ninguna, que más pronto o más tarde, en el transcurso de su actividad sexual, no sienta deseos vehementes de acariciar a un hijo de sus entrañas. De niña, la atracción de las muñecas, atracción irresistible y bella, significa tanto como el dominio innegable de su instinto de ser madre. Luchar contra este instinto produce los mismos resultados que combatir con otro: al fin y al cabo, el instinto será el que venza en la contienda.

No niego que en algunos casos haya mujeres que se nieguen rotundamente a ser madres; pero a fin de emitir un dictamen justo, sería preciso investigar en todos y cada uno de los múltiples aspectos de su vida, y

entonces veríamos que su negativa se escudaba en una concepción completamente lógica. No obstante, creo que son muy pocas las mujeres de buena salud que renuncien a este supuesto "deber" de procrear, que no es, simplemente, más que un "derecho".

Una feminista inglesa, Lady Sommerset, decía "que la vida será más bella y más noble a medida que vayamos reconociendo que el acto culminante del poder creador, lejos de ser una deshonra, constituye la gloria más alta de la raza. Pero si bien la maternidad voluntaria es corona de la raza, hay que convenir que la maternidad involuntaria es todo lo contrario... Sólo cuando el hombre y la mujer comprendan que la más sagrada de todas las funciones conferidas a la mujer deba ser cumplida voluntariamente y con absoluta libertad, podremos lograr que vengan al mundo niños llenos de vida y de deseos de vivir con derecho al más dulce de todos sus privilegios: el de saber que están rodeados de la alegría y el cariño que en justicia les corresponde."

Es verdaderamente estúpido que todos estos pensamientos de tan elevado valor moral, social y económico, pretendan ser desvirtuados por los moralistas necios y los estadistas que defienden el capitalismo y la moral del capitalista. Los que invocan la burda mentira del "suicidio de la raza", no se dan cuenta de que los asesinos de esa raza son ellos precisamente. Esa supuesta degradación de la maternidad moderna, no es más que la consecuencia legítima de las restricciones impuestas a la mujer para opinar libremente en un asunto que sólo a ella interesa más directamente, y, por otro lado, el aumento progresivo del sentimiento de responsabilidad sexual que cada día que pasa, independientemente de las influencias morales, se acentúa más y más en el alma de la mujer.

Paralelamente a ese sentimiento de responsabilidad, ha crecido también la violencia del impulso, con la diferencia de que la sexualidad se ha hecho más consciente, y a la vez que más cerebral, más, también, del corazón. Si el sistema matrimonial contemporáneo, arcaico y viejo, como un fósil que se derrumba, fuese todo lo sensato y natural que debiera de ser, no habría prostitución, que es, ni más ni menos, como estamos hartos de repetirlo, una forma del matrimonio. En este caso, el orden de los factores no altera el producto. Una unión conyugal que desde el momento que se establece hace un "esposo" y una "esposa", esto es, una cadena que ata, que "esposa" recíprocamente a los cónyuges, implica la anulación de toda libertad, de toda independencia. Y donde no hay libertad, el amor no puede durar mucho.

Si la mujer no estuviese atenazada por tan enorme cúmulo de prejuicios, si su marido no fuese su carcelero y ella no fuese la guardiana de su

marido, es posible que pudiéramos esperar el establecimiento de una [u]
monía floreciente y un recíproco amor verdadero capaz de resistir a to[do]
los múltiples embates de la vida. No queda, pues, más que el amor li[bre]
garantizado por la elección y la unión libres también. La unidad ma[tri]
monial de tipo histórico o tradicional, está en decadencia, y como los co[n]
vencionalismos y amaños arbitrarios de la moral exigen que la unidad [se]
perdurable como si el hombre y la mujer no fuesen más que objetos inerte[s]
sin derecho a discurrir ni a modificar o rectificar los hechos motivados p[or]
un primer impulso, sucede que cada vez ha de resultar más acentuado e[l]
amor a la independencia y a la libertad.

No por ello se modifica la expresión del instinto sexual. Este impul[so]
sólo puede domarse, y no sin trabajos, a tono con los mandatos de l[a]
cultura; pero este freno no es suficiente para contener todos sus ímpet[us]
ya que apenas si sirve para hacerle más estético, mientras que su esenc[ia]
permanece, todo lo más, inmutable, si no queremos invocar de nuevo l[os]
excitantes de la misma civilización. El hombre, repetimos, en la batalla d[e]
los sexos, lucha con armas formidables, mientras que la mujer que m[ás]
pone es la que más pierde al final de la contienda.

La castidad que se imponía a la virtud femenina como parte esencia[l]
de todo el enunciado, se acataba de por fuerza, hasta que a Malthus s[e]
le ocurrió aventar sus teorías por el mundo. No obstante, la mujer y[a]
estaba hartándose de tanta perniciosa como difícil inactividad sexual; s[e]
juntó el hambre con las ganas de comer. Y después, por si esto hubier[a]
sido poco, vino la contienda universal, con sus trastornos, sus convulsione[s]
y descubrimientos... Y el más oportuno de todos ellos, fué la divulgación
del uso de los contraconceptivos que tan bien sirvieron al amor de las
marraines de guèrre... No cabe duda que el movimiento sexual-revolucionario de la juventud femenina estaba ya iniciado, pero también es indudable que no se hubiera llegado tan lejos a no ser por los procedimientos anticoncepcionales de que tan acertado uso hicieron, precisamente, los americanos.

La virtud fundada en el ideal de castidad, se derrumbó con todo el estrépito de los grandes y viejos armatostes. El hombre libre no tenía por qué temer a la concepción; pero la mujer, sí. La violación de la virtud trae, por lo general, las peligrosas consecuencias de los hijos, más grave por lo que tiene de pecado social, de deshonra, que por las dificultades económicas que la crianza del hijo trae consigo. ¡Esto sí que es sorprendente! Muchas mujeres serían más felices siendo madres y solteras, que casadas y estériles. ¿Por qué razón los Estados, la Iglesia y la moral no han de tener más profundos conocimientos de la psicología femenina?... Si

ese viejo *tabú* se destruyera "oficialmente" como públicamente se destruyó el de la vieja moral, habríamos dado un gran paso. Pero si recordamos los sabios principios esconómicos en que se apoyó Malthus, será forzoso reconocer que mejor estamos así...

Dice Calverton: "Aunque la introducción de la mujer en el mundo económico la hizo más independiente, esto no le bastaba para hacer frente a todos los gastos del embarazo, del parto y de la crianza de los hijos, cosas implícitas en los azares de una vida sexual más libre. Unicamente el desarrollo de los métodos contraconceptivos eficaces ha podido extirpar este temor y hacer derivar la importancia de la vida sexual del lado procreador al lado recreativo. El progreso económico ha proporcionado nueva decisión y audacia, permitiendo el desarrollo de la independencia de la personalidad. Los contraconceptivos han fortalecido este progreso suprimiendo en el acto sexual las desigualdades que en otro tiempo se consideraban inevitables o inherentes a él. Cuando el sexo ha podido convertirse en un recreo sin temor a la procreación, ha encontrado en nuestra época amplias oportunidades para un nuevo despliegue de energías y de impulsos. Actualmente las mujeres no tienen que temer más que los hombres, o, si se quiere, ya que es cierto que el control de la natalidad no es todavía una ciencia perfecta, no tienen que temer mucho más que ellos. La libertad sexual no mantiene ya sobre ellas ninguna espada de Damocles para intimidarlas y aterrorizarlas en su rebeldía."

Calverton, como vemos, habla de la "juventud". Si vamos a creer a pies juntillas en las opiniones de los biólogos, el hecho de que la juventud use y abuse de los placeres sexuales con tan sólidas garantías, no representa un atentado contra el vigor de la raza, porque la naturaleza se basta y sobra para imponer un límite prudente a estas libertades sexuales. Esta conducta de los dos sexos, y muy especialmente en lo que se refiere a la mujer, no deja de ser útil como entrenamiento necesario para la vida sexual posterior, floreciente y armónica, o sea la unión que permite la máxima conciencia procreadora.

Repetimos que, por el solo hecho de que la joven moderna exija todas las libertades a que su instinto le da derecho, no hemos de afirmar que tácitamente se propongan negarse a la maternidad para toda su vida. Los moralistas no tienen motivo alguno para temer el supuesto "suicidio de la raza"; nosotros estimamos, a pesar de todo, que esta conducta de la mujer que "la corre" de soltera representa una garantía de que no la correrá de casada, esto es, cuando se proponga aceptar una unión formal y duradera, con el complemento, ahora necesario, de los hijos. Malthus y los moralistas católicos coincidieron en el punto de pre-

conizar el matrimonio tardío, aunque no fueran idénticas las inspiraciones de ambas doctrinas: Malthus hablaba en nombre de la economía y los teólogos invocaban la abstinencia como residuo del ideal ascético rígidamente malthusianista y totalmente innatural e impracticable.

Repetimos también, como hemos dicho al hablar de la abstinencia sexual, que la mujer, lo mismo que el hombre, no debe atender las demandas de su impulso hasta que no se presenten en forma incontenible y perjudicial para su equilibrio psico-físico. En este caso, cuando la educación, los prejuicios o la moral personal no representan la totalidad de un material suficiente para edificar el muro de contención del instinto desbordado, la satisfacción del deseo sexual es un derecho natural y lícito, siempre que se tomen las precauciones necesarias para que de esta satisfacción no resulte una víctima inocente.

La mujer soltera que resulta embarazada no tiene ningún derecho a exigir reparaciones "forzosas" al hombre que la fecundó con su consentimiento; pero es que tampoco la sociedad está obligada a pagar las consecuencias de esa imprevisión. El amor no debe de ser ciego, sino consciente de todos sus actos. El hombre no acaba de comprender la verdad de este razonamiento, pero la mujer, sin cuyo concurso nada de esto es posible, ya está en mejores condiciones para darse perfecta cuenta del alcance de su responsabilidad sexual.

Esta responsabilidad de los actos sexuales se ha querido siempre que fuese unilateral, culpando solamente al hombre, lo que sólo puede admitirse en casos muy especiales; por ejemplo, cuando realmente hay un seductor y una seducida cuya diferencia de dades—mayor él que ella—ya puede servirnos para establecer una diferenciación adecuada entre ambas responsabilidades. Ahora bien, cuando resulta que la víctima es una mujer "seductora", dando a la palabra su sentido más formal, resulta que el hombre ha sido el seducido: la responsabilidad entonces diremos, mostrándonos generosos, que es de los dos por igual, debiendo recaer sobre ambos, en idéntica medida, el peso de la moral o de esas leyes absurdas que, a pesar de todo, tienen la obligación de velar por el equilibrio social, que no debe quebrantarse por el capricho de los inconscientes que fabrican hijos.

No sucede así, por desgracia. El hombre que comete este desaguisado llega a convertirse en una especie de ídolo para los imbéciles, mientras que ella se hace despreciable a los moralistas, que son imbéciles también, puesto que si sostienen el principio del "deber de la maternidad" no deben supeditarlo a otras reglas que las naturales. ¿Que no se conforman con esto? Pues en tal caso, no cabe duda que implícitamente

consienten la adopción de las medidas contraconceptivas, a las que sólo faltaba el visto bueno de los moralistas para terminar de ser eminentemente morales y legítimas.

Este concepto de la moral de la gente vieja y la tenacidad con que defienden sus brutales prejuicios, ha dado lugar a verdaderas tragedias entre seres que debieran haber vivido enteramente felices toda su existencia, pero que, envenenados por los detritus de una moral ridícula, optaron por el suicidio antes que pasar por el duro trance de la pérdida del honor, de la dignidad y de otras zarandajas por el estilo. Aún pueden verse en los periódicos de algunos pueblos meridionales noticias con este epígrafe: "Mata a su novia y se suicida". Los familiares y amistades de las víctimas no se explican el dramático y extraño suceso. Y el caso pudo ser el siguiente: Ambos, hijos de "buenas familias", empezaron las relaciones amorosas bajo los mejores auspicios, incluso con el beneplácito de los padres. El muchacho, por ejemplo, estudia una carrera, que está a punto de terminar, y su vida se desliza tranquila y feliz, soñando con el día en que la moral, las tradiciones o lo que fuere le autoricen a materializar aquel idilio. Pero un día, en un momento de intimidad inevitable, sucedió lo que no podía evitarse. A los tres o cuatro meses ella le advierte con un gesto de espanto que está embarazada. Y entonces se desploma sobre los amantes todo el peso de enorme responsabilidad: la familia, el honor, la dignidad... Aquel embarazo es la deshonra, y como no hay más solución que la muerte, la moral aprieta el gatillo del arma y los asesina cobarde y brutalmente.

La deshonra no estaba en el acto sexual, en la entrega sincera y amorosa de la virginidad, sino en la presencia del fruto indeseable de aquellos amores. En la inmensa mayoría de estos casos las investigaciones médico-legales han comprobado que las mujeres víctimas de estos suicidios estaban embarazadas de algún tiempo o en sus vías genitales se advertía la presencia del licor espermático. Y a poco trabajo que se tomara el investigador, rara era la vez que la familia de ella, en nombre de todos esos prejuicios macizos y brutales, no evidenciaba la causa verdadera del drama.

En los casos en que se comprende que el suicidio no representa la solución, puede ocurrir que el amante tenga un rasgo de valor y se sirva de un amigo para revelar a los padres de la futura madre la altura de la situación, y entonces, aunque la "deshonra" no la levanta nadie, la moral queda reivindicada. Pero hagámonos cuenta de que no ocurre así, y la joven, hija de unos padres feroces y honorables, recurrirá a las artes de una comadrona, que la cobrará unos cientos de pesetas por

matarla, sirviéndose de malos instrumentos quirúrgicos, o de dejarla útil y enferma para toda la vida. Y supongamos más: supongamos confiesa su falta de amor a los padres y la villanía que cometió el amante abandonándola. Y como aún quedan padres "nobles", después de insultos más feroces y los golpes más despiadados, la arrojará de al arroyo sin perdón posible. Este padre, que cometió la bestialidad no saber educar a su hija, la deja abierto el camino del hospital y de prostitución. En otro caso, si no tiene ese gesto calderoniano, este pad medieval la recluirá en un convento de arrepentidas, donde la joven tardará en comprobar que toda la moral que llevó a la santa casa acabará por derrumbarse, reintegrándose a la sociedad convertida en despojo más, que algún día será incluído en las fichas policíacas de prostitución.

En nuestra sociedad, bastante retrasada, todo se opone a la libertad de amar, que no deja de ser una utopía mientras la mujer no esté capacitada para impedir un embarazo no deseado.

En nombre del impulso sexual *irreprimible*, que es la consecuencia un instinto natural, la libertad de amar que representa la espiritualización de ese institnto no puede negarse a la mujer. El matrimonio, moral y los convencionalismos sociales no son otra cosa que un conglomerado de artificiosidades e hipocresías sin fuerza bastante para anular la potencia indomable del impulso. Todos los humanos, no cabe duda, tenemos la obligación de luchar contra esos poderes naturales, valiéndonos de los, a pesar de todo, inteligentes recursos de la civilización y cultura por una parte, y los de nuestra propia inteligencia y voluntad por otra, en nombre de la biología, que es la fuente única de la verdadera moral sexual. Jamás proclamaremos el libertinaje sexual, ni estimularemos a nadie a ejecutar otros actos que los que deben derivarse de una abstinencia bien interpretada, pero jamás daremos nuestro aplauso a los que hacen de la virtud una profesión incompatible con el verdadero progreso humano que se inspira en los afectos más sublimes. Somos partidarios de las uniones sexuales duraderas, sean como fueren, pero fundadas en la libertad de amar y el derecho, no el deber, de procrear que le asiste a la mujer, por ser, ni más ni menos, la dueña absoluta de su cuerpo, pero "no para usar mal de él, sino para hacerle digno de la alma que envuelve, ya que procrear es, de todos los actos de la vida el más importante, por sus consecuencias, para dejarlo abandonado a las ciegas fuerzas del instinto y a los excesos irracionales de la naturaleza somática".

Y si esto no es la moral pura, que venga Dios y lo vea.

PROCREACION CRIMINAL

Actitud de los pueblos cultos. — Esterilización por amor.—Causas que impiden la procreación. Las enfermedades.—La herencia.—Al corazón de los hombres.—El castigo de los procreadores inconscientes.—Ejemplos de los salvajes.—Esfuerzos inútiles.—Las enfermedades venéreas.—Las estadísticas y sus errores.—Las pobres paren más que las ricas.—Asesinado por fabricar doce hijos.—La pudibundez médica.—La obra de Hildegart.—Propaganda anticoncepcional.

Hay tantísimas razones que inducen a aconsejar abiertamente la mayor prudencia a los procreadores, que sería poco menos que imposible enumerarlas. En primer lugar, tenemos los razonabilísimos fundamentos de la ley de Malthus en lo que se refiere a la población y a las sustancias, con las particularidades referentes a la sociedad, a la familia y al individuo: hemos expuesto aspectos abundantes, por los que el amor resulta incompatible con la producción de hijos que pueden traducirse en elementos antisociales; pero aún nos quedan por estudiar otras causas que por sí solas, independientemente de las razones sociales, morales y económicas, bastan para justificar el empleo de los más rígidos procedimientos de control de la natalidad.

No necesitamos repetir que estamos en desacuerdo con la moral religiosa y que no podemos reconocer como legítimos los deberes que pretende imponer la moral de los láicos, sino que tenemos que adaptarnos a la moral natural, a las razones que se basan en la ciencia positiva, que es, después de todo, lo que venimos haciendo desde que se inició esta Biblioteca de divulgación sexual.

Todos los pueblos civilizados, no sólo se manifiestan en el sentido de mejorar las condiciones de nuestra vida, sino que van en demanda de un ideal infinitamente más elevado: llevar al máximo grado de perfeccionamiento la vida misma.

Si repasamos con algún detalle la vida de los pueblos antiguos y primitivos, veremos que Malthus no nos reveló nada fundamentalmente nuevo. El dominio de la procreación se llevó a cabo, más que por razones económicas, en virtud de necesidades personales e incluso con el fin de aparentar una castidad que no se practicaba. Así, pues, se da el caso curioso de que la práctica neomalthusiana es bastante anterior a la teoría.

La operación *mika* de los australianos es antiquísima, tanto que... han podido obtenerse referencias ni siquiera aproximadas acerca de... fecha probable de su invención.

Un australiano, tan pronto como cree que ya tiene un número ... ficiente de hijos, y, sobre todo, cuando comprueba que los partos de... mujer son difíciles, hasta el extremo de poner en grave riesgo su vi... se entrega en manos del curandero de la tribu, el cual le practica la o... ración citada.

Esta operación quirúrgica es dolorosísima, pese al empleo de cier... anestésicos vegetales que apenas si restan alguna sensibilidad al órg... a operar, que es el miembro viril. El hombre se tiende en una ma... después de haberse dejado atar pies y manos. El operador, sirviéndo... de un cuchillo afiladísimo, y preferiblemente de una hoja de afe... —signo de civilización—, practica un corte profundo, rápido y hábil... la parte inferior del pene, cerca del escroto, abriendo el canal de... uretra, creándose, como si dijéramos, un hipospadias artificial. Antes... curandero ha tomado precauciones, introduciendo a lo largo del can... hasta la vejiga, una caña muy fina, que servirá para conducir la ori... hasta que la herida esté cicatrizada. Naturalmente, el corte dado con... instrumento tiene que detenerse ante este obstáculo, lo que permite q... la operación sea rápida, puesto que siempre resulta muy dolorosa. U... amigo me ha referido que asistió a la práctica de una operación ma... quedando asombrado de que el operador no invirtiese más que ¡tres... y ocho segundos! en hacer la incisión y rellenar la abertura con una co... posición de polvos de licopodio y ciertas hojas machacadas de una p... parecida al clavel.

La cicatrización completa se opera antes de una semana, y desde e... instante el indígena ya está en condiciones de practicar el acto sex... con sus mujeres sin temor a que queden embarazadas. El pene expe... menta la correspondiente erección, pero el líquido seminal es eyacula... por la abertura de forma que ni una sola gota caiga en los órganos g... nitales de la mujer. El indígena australiano ama y considera a su esp... hasta el punto de que, como vemos, no tiene inconveniente en somet... se a tan dolorosa operación. (Lámina I.)

Lo primero que debe hacer una mujer que se somete al amor o... deseo de sus sentidos es tener conciencia plena de su estado de sal... Muchas veces, bien por sentimientos de moral — de falsa y equivoca... moral —, o porque realmente anhele tener un hijo, prescinde en abs... to de esta cuestión esencialísima, cuando puede estar afectada de cu... quier enfermedad o defecto que sean incompatibles con el embarazo...

el parto, como afecciones del corazón, albuminuria, tuberculosis, dolencias de los riñones, anemia perniciosa, desviaciones raquíticas, estrechez de la pelvis, etc., y un sin fin de trastornos, como la demencia, aunque no haya padecido más que un solo ataque. Entonces, el estado de gestación primero o el parto después equivalen, sencillamente, a una sentencia de muerte o a que el producto de la concepción nazca con esos terribles e indelebles estigmas, que le obligarán a llevar una vida miserable, si la sabia Naturaleza no se encarga antes de eliminar a un producto inútil, que es lo que casi siempre ocurre en virtud de su previsión insigne.

En estas circunstancias, la mujer que no se propone formalmente practicar el amor estéril no hace más que premeditar un parricidio—la muerte de su hijo—o labrarse el camino de la muerte. En el volumen anterior hemos hecho alusión a dos operaciones obstétricas: la sinfisiotomía y la cesarotomía. Ante tal perspectiva, no cabe duda que la mujer preferirá mil veces no concebir a que haya necesidad de abrirle el vientre, y, en todo caso, la provocación oportuna de un aborto acaba con la interrogante de vida o muerte antes de que la fecha del parto llegue.

Ya hablaremos en otro volumen de esa bella quimera que supone el certificado médico prenupcial, algo que en nuestro país no llegará a echar muy profundas raíces, aunque en otros pueblos supercultos continúa contribuyendo a la máxima prosperidad física y moral de sus ciudadanos.

Todas esas enfermedades, que lo mismo pueden afectar al germen masculino, intoxicándolo, van a estrellarse contra la débil naturaleza de una criaturita que no ha sido culpable de que le hicieran nacer. Quien dijo que parir es un deber para las hembras humanas, debió afirmar también que en muchos casos es una obligación ineludible permanecer estériles. La paternidad, como la maternidad—y más concierne a ésta que a aquélla en los tiempos que corremos—, son actos gravísimos que no es humano ni moral encomendar a un capricho, a un momento de placer. Sólo mediante un acopio de serenidad, con el debido caudal de conciencia, la mujer debe meditar sobre este punto esencialísimo, que entraña la máxima responsabilidad.

No puede nadie, en nombre de nada, oponerse a que un hombre y una mujer se amen durante el tiempo que quieran y de la forma que sea; pero la sociedad entera, en uso de un perfecto derecho, debe impedir a toda costa que esos seres que se aman engendren a un tercero desgraciado, porque éste sería el mayor crimen. Y dice un autor francés: "No puede haber belleza, ni bondad, ni utilidad, ni puede estar de acuer-

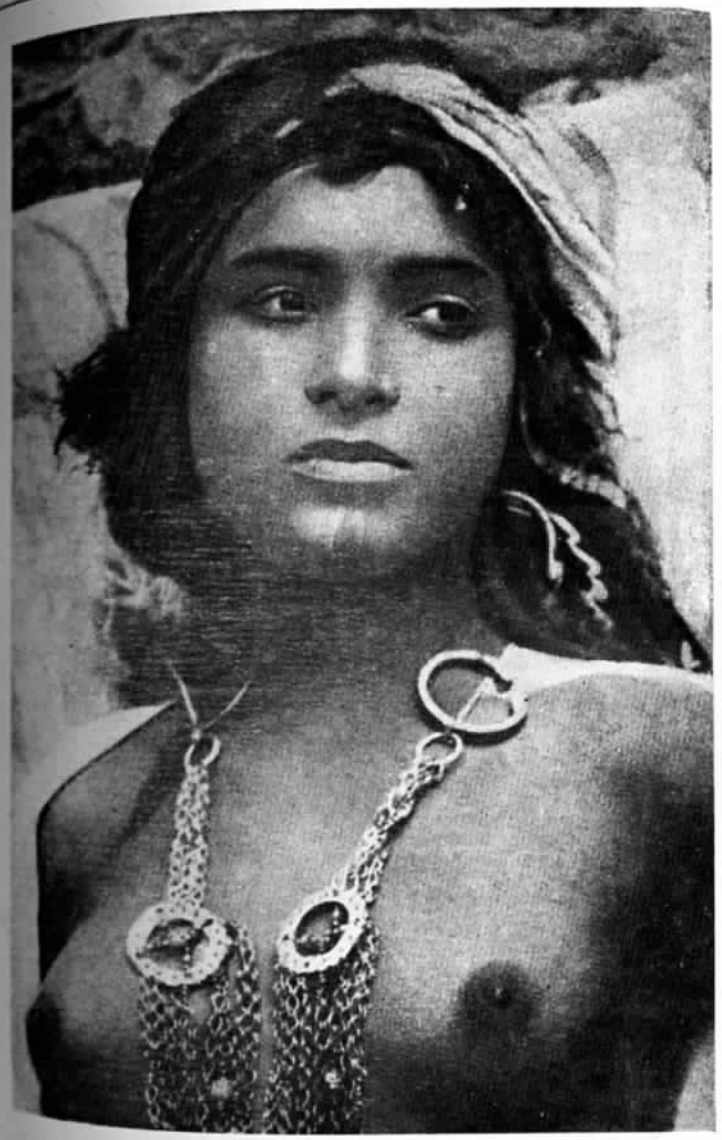
do con los intereses supremos de la especie el hecho de crear sufrimientos, deformidades, multiplicar lacras y elaborar por placer los más pernniciosos venenos sociales". Y yo me pregunto, sin hallar respuesta: "¿Qué otra moral que no sea una moral dogmática, establecida sobre el capricho de una divinidad arbitraria, podrá aprobar, mejor dicho, alentar a la realización de actos semejantes?" Y Brieux, en su drama *Maternidad*: "El hombre que procrea sin reflexión, que aumenta un comensal en torno de una mesa insuficiente; el hombre que perpetúa sus taras en un nuevo ser, este hombre es un bruto o un criminal".

Por parte del hombre—¡ah, si la mujer se bastase a sí misma para reproducir la especie!...—tampoco se concede a las leyes de herencia la gran importancia que tienen. Múltiples enfermedades, transmisibles seguramente, no son estimadas como merecen. La escrofulosis, el reumatismo, la diabetes, la sífilis, que es la más terrible, el cáncer, la epilepsia, el raquitismo, amén de todas las enumeradas anteriormente, son otras tantas razones poderosísimas para establecer un control formal sobre la capacidad procreadora.

Pero nada de esto, ni todo junto, niega a ningún ser el derecho al amor, a los bellos y nobles placeres del sexo: lo que niegan, lo que prohiben estas dolencias, es el derecho de multiplicarse, de procrear desdichados, de tener hijos enfermos, condenándolos deliberadamente de una forma criminal a vivir débiles, raquíticos, contrahechos y monstruosos.

Yo quisiera llamar al corazón de todos los hombres que, por su desgracia o la de sus progenitores, se encontrasen en cualquiera de los casos citados, para que meditasen noble y conscientemente sobre la enorme responsabilidad de sus actos sexuales, no ya con la esposa, la amante o la novia, sino hasta con la prostituta, responsabilidad tanto mayor y más pródiga en amarguras cuanto mayor fuere el cariño que sirviera de lazo. La ciencia, como veremos más adelante, ha inventado contraconceptivos eficaces, que no sólo están indicados para practicar las teorías de Malthus, quien nunca se refirió a este aspecto higiénico del problema, puesto que sólo hablaba de la reducción de la cifra global de la natalidad, sino que algunos, como el *condón*, por ejemplo, sirven a la vez de contraconceptivo y preservativo, tanto para librar al hombre de posibles contagios venéreos, como para impedir la propagación de sus dolencias sexuales, y, a la vez, para esterilizar en absoluto el coito, puesto que impide la salida del espermatozoide, que es donde van los gérmenes tarados por el morbo que se padece.

Esta imprescindible precaución esterilizadora impedirá, seguramente, la creación de un ser desdichado, para el que la existencia sería una su-



JOVEN «FELLAH»

Desde hace mucho tiempo, estas mujeres emplean las irrigaciones vaginales acidas, a base de zumo de acederas, con el fin de limitar su fecundidad.

LAMINA V



CAMPESINA POLACA

En este país, donde la libertad sexual se practica de muy antiguo, las muchachas obligan a emplear, a sus amantes, el intestino ciego de la cabra, a modo de contraconceptivo.

LAMINA VI

cesión de padecimientos, que sólo tendrían su fin en la muerte. En algunos países contemporáneos de antigua civilización, como en la India, por ejemplo, los primitivos legisladores instituyeron leyes terribles para aplicarlas a los padres de estos hijos tarados. Hasta hace escasamente medio siglo, en el maharajato de Rewa era el verdugo el encargado de interrumpir la procreación de un tercer hijo cuando el segundo descendiente de un hombre nacía con los estigmas paternos que heredó el primero. Y se cuenta que tan radical medida, aplicada al padre, produjo los mejores efectos que podían esperarse. (Lámina II.)

No hemos de extendernos sobre este aspecto de la Eugenesia, de lo que habremos de ocuparnos en el volumen XXI, titulado *La selección sexual*, si bien se ha aludido a una parte del tal aspecto, la más elemental, para evidenciar la necesidad, elemental también, del empleo de los métodos anticoncepcionales, que expondremos más adelante.

Ahora bien, en nuestras disertaciones estamos invadiendo un campo que más justo sería que lo labrase el Estado, puesto que es la corporación que tiene el máximo deber de hacerlo, sobre todo si los estadistas no son tan necios que vayan a ignorar que la potencia de los ciudadanos es la base de la potencia estatal. Menos mal que nos habla de seguro de maternidad, retiro obrero, escuelas, asilos y hospitales, con lo que ni es posible que se contenten los hombres sensatos, ni puede ser que con ello haya motivos de sinceras satisfacciones.

¿Pero y esa infancia que muere, de lo que nos habla con cifras alucinantes nuestro ilustre Marañón?... El problema de la mortalidad no se soluciona con *pueriles* medidas de Puericultura, sino con las eficacísimas de la contraconcepción. En la Guinea Francesa, donde cada matrimonio no produce más de cuatro hijos, las cifras de mortalidad son verdaderamente irrisorias. Estos salvajes están dando a los civilizados prolíficos una prueba de cultura que nuestros estadistas no acaban de comprender. En cualquier poblado indígena, lo primero que llama la atención del viajero es una verdadera legión de arrapiezos sanos, fuertes y simpáticos, que llevan en el rostro la alegría de vivir, la satisfacción de haber nacido. (Lámina III.)

Este panorama, desgraciadamente, no podemos presenciarlo con júbilo en nuestras aglomeraciones urbanas, donde la lucha por la vida es dura, la habitación antihigiénica, la alimentación escasa... y la procreación insensata.

El problema de la mortalidad precoz se intenta atajar en España siguiendo el ejemplo de los pueblos supercultos. La Dirección de Sanidad hizo un llamamiento a los matrimonios "de la República" solicitando la

dirección de sus domicilios con el fin de remitirles folletos de propaganda encaminados a establecer una vigilancia médica del embarazo y del parto, con adecuadas instrucciones de higiene, etc. No sé hasta qué punto habrá llegado la eficacia de este inteligentísimo intento; pero sí sé que una parte de la Prensa, de paso que acogía con visible simpatía esta magnífica resolución sanitaria, comentaba en sano humorismo el caso, pero sin volver a hablar del asunto. Conociendo la intelectualidad de los medios más humildes, que es donde precisamente resultaría más eficaz la aplicación de tales reformas, es bien seguro que los promotores de la excelente idea no habrán necesitado mucho tiempo para convencerse de la esterilidad lamentable de sus esfuerzos, puesto que la mortalidad infantil, antes de llegar al tercer año, sigue igual o muy ligeramente atenuada.

¿Qué es lo que motiva esta aterradora mortandad tan precoz? Sencillamente, las enfermedades venéreas de los padres por un lado, y las pésimas condiciones de vida por otro. En este caso nos encontramos con la gran sabiduría del viejo aforismo médico que dice que "más fácil es prevenir que curar". Luego el preventivo, en vista de tan voluminosas consideraciones, es obligatorio, y no hay mejor preventivo que el anticoncepcional. Es evidente, que "muerto el perro, se acabó la rabia"; pero resulta que es infinitamente mejor impedir que el perro nazca, cuando las condiciones diversas en que ha de desenvolverse no garantizan en absoluto, ni relativamente siquiera, la desaparición de la rabia...

Un médico francés especialista en Puericultura, el Dr. Perret, achaca la máxima cifra de mortalidad infantil "a causas ajenas a las enfermedades infantiles", pero concediendo un lugar preeminente a las enfermedades venéreas. En lo que a la sífilis respecta, muchos tratadistas opinan que es la causa de esas deformidades y debilidades misteriosas del niño que casi siempre le llevan al sepulcro antes de llegar a la edad del completo desarrollo, y cuando pasan, no cabe duda que quedarán sometidos a una sobremortalidad que las Compañías de Seguros de Vida calculan entre el 60 y el 100 por 100.

A pesar de todo, hay quienes sostienen que los higienistas exageran si nos atenemos a las cifras de las estadísticas, de las que Jiménez de Asúa ha dicho que no son más que una prueba de la sistemática organización del embuste oficial. Y en las estadísticas, puede haber errores como los que recoge Fabre-Luce diciendo que en Grecia, recientemente, se publicó una estadística en la que figuraban hombres atacados de enfermed[illegible] ¡de la matriz!

Renunciamos a la pesada tarea de transcribir cifras y cifras recogidas de estadísticas de médicos, serias y sin errores como son las que pueden

[illegible]ñarse en los centros oficiales. Sólo debemos decir al lector que, por regla general, la mortalidad infantil alcanza proporciones espantosas en los medios proletarios, mientras que en los más elevados o de mejores condiciones de vida la proporción se reduce considerablemente. Bertillón dice que en París, en los barrios ricos, se observa una natalidad de 34 niños por 1.000 mujeres, mientras que en los pobres esta cifra de hijos se eleva a 116 por el mismo número de mujeres. En Berlín, un barrio rico da 47 nacimientos, y uno pobre 157, por mil mujeres.

¿Qué quiere decir esto? Pues que la gente rica recurre a procedimientos de control que no utilizan los proletarios. No hace mucho tiempo, no obstante, un "moralista" pretendió explicarme la razón verdadera de esta diferencia, juicio que reproduzco por su estúpida originalidad. Naturalmente, la "moral" anda de por medio: opina que "los pobres se entregan a los placeres sexuales por los medios naturales, esto es, "como Dios manda", mientras que los ricos recurren a ciertos refinamientos que sólo emplean los perros y los degenerados".

Y esto no es exacto, ni se aproxima siquiera a la verdad. Está demostrado que los "refinamientos" sexuales que no implican ningún sacrificio económico, o, por mejor decir, ningún gasto, no tienen fronteras que los delimiten en virtud de que en tal aspecto, la economía no influye para nada en la sexualidad.

Puede ser, sí, que las influencias religiosas induzcan a calificar de "pecado" estos extravíos del impulso sexual; pero también esa moral impone la abstinencia, por lo que no cabe duda que ante tales hechos, es fácil apreciar la existencia de dos inmoralidades. Lo que sucede, trayendo las cosas al plano de la realidad indiscutible, es que el rico calcula sus ingresos y hace sus economías adaptando su facultad procreadora a esos factores, los cuales les permitirán dar una educación y dejar una fortuna a sus descendientes. Si tiene más hijos, no ignora que tocarán a menos en el reparto de la herencia, viéndose obligados, por lo tanto, a dedicarse a otras actividades inferiores a las que se dedicó el progenitor. En este punto, hemos de aplaudir ese método escueto de la moral burguesa, ya que no hay un solo padre que no ansíe con toda su alma, sea pobre o sea rico, que sus hijos lleguen a ser "más que él", y nunca menos. Claro es que a veces se demuestra la verdad del dicho que afirma: "El hijo del usurero, caballero, y el nieto, bandolero." El burgués no es egoísta en este sentido, sino previsor simplemente; el proletario, en cambio, no puede dar pruebas de altruísmo, pero las da, y enormes, de inconsciencia procreadora.

Es curioso el hecho de que el hombre se dedique con todo ahínco a establecer un control de las leyes naturales todas, menos de esa de la pro-

cración que más le afecta. Se lucha contra las enfermedades que matan, y no hay valor para enfrentarse con las plagas que, sin matar, no dejan vivir. ¿Y puede haber una plaga más nociva y más inhumana que la abundancia de unos hijos a los que no se puede mantener ni educar, hoy hambrientos y mañana ladrones y prostitutas?... Cuando la sensatez nazca y la vieja moral muera, aplaudiremos al hombre que procree tantos hijos como pueda mantener; pero mientras las cosas sigan a este paso, con luchas sociales enconadas, con hambre por todas partes y en esta guerra de hermanos contra hermanos, de lobo contra lobo por la conquista de un pedazo de pan, habremos de manifestarnos decididamente en contra de la procreación.

Clemenceau, el viajero "Tigre" francés, hablando de una familia proletaria, escribía: "Tenían nueve hijos, los imbéciles." No; es mejor decir, como Sócrates, que la ignorancia no es inocencia, sino culpabilidad. Se cuenta una anécdota a propósito de esta cuestión, que no deja de ser interesante:

Unos meses después de la implantación del régimen soviético en Rusia, un maestro de escuela dirigió varias instancias al representante local del Soviet de una ciudad inmediata a Leningrado, en demanda de una subvención para ayudar al sostenimiento de su numerosa familia. Como tardase la oficina en contestarle, se presentó ante el representante:

—¿Qué desea el camarada?

—Desearía que se resolviesen las instancias que tengo presentadas solicitando una subvención para mantener a mi familia, ya que el sueldo de que disfruto no me alcanza para llenar las más elementales necesidades del hogar.

—¿Cuál es su profesión?

—Maestro de escuela.

—¿Cántos hijos tiene?

—Once; ocho enfermos, y a mi mujer que acaba de dar a luz un niño muerto...

Entonces, el representante del Soviet, le dijo:

—Si fuese usted un *mujik* sin educación y sin cultura, yo le socorrería; pero como usted es un criminal, su premio es éste:

Y le mató de un tiro.

Analicemos el caso serenamente, prescindiendo de la tremenda inmoralidad que según el criterio capitalista representa la conducta del jefe soviético. Este hombre fué un criminal, no cabe duda, puesto que asesinó a un hombre. ¿Pero es que ese hombre no había dado lugar a que murieran lentamente doce hijos, sangre de su sangre?... ¿Y puede decirse que

no siguiera cometiendo nuevos crímines de la misma naturaleza de no haberle "esterilizado" definitiva y brutalmente?...

No intentamos disculpar los procedimientos bestiales del jefe soviético; pero reconozcamos que su víctima, según el juicio de Sócrates, era más culpable que inocente.

El estado, ni más ni menos, es el culpable de todos estos dramas. En primer lugar—no sólo en España, sino en casi todo el mundo—, la influencia de las remotas tradiciones médicas, afiliada en parte con los enunciados de la moral teológica, es bastante para lograr que estas cosas se vean con gesto pudibundo por la opinión, o, mejor dicho, con hipocresía desbordante. En las Facultades de Medicina no se habla para nada de los métodos anticoncepcionales, porque "es pecado"; sigue imperando el criterio cerril de las viejas tradiciones. Así, los médicos, en este aspecto interesantísimo—vitalísimo, eminente—de la salud humana, no saben, "oficialmente", ni una palabra. Por otra parte, las persecuciones de las leyes y los anatemas de la moral, justifican la razón de abstenerse de estudiar una asignatura cuya teoría resulta impracticable.

¿Cabe estupidez mayor ni farsa más sangrienta?... Cuando un médico quiere sabre algo de estas cuestiones, ha de aprenderlo fuera de las aulas facultativas, y a veces recibiendo las enseñanzas de las gentes más vulgares. Un médico amigo me decía en cierta ocasión que había ignorado cuáles eran los mejores métodos contraconceptivos, hasta que cayó en sus manos un folleto en inglés que le dió para traducir el cartero de su barrio, el cual lo había pedido a Inglaterra con el fin de contener la exagerada fecundidad de su esposa. Luego el primer paso "en serio" para la reforma, es preciso darlo en las facultades donde se prepara la nueva generación médica que tan ardua tarea está llamada a desempeñar en la estructuración de un porvenir menos artificioso e incierto que el presente en que nos movemos.

Las clínicas del *birth-control* que tan magníficos resultados están dando en países más liberales que el nuestro, ¿tendrán alguna vez realidad en España? En estos días, un grupo de entusiastas hombres de ciencia se encuentra ocupado con las tareas precisas para acometer una reforma sexual necesaria. Se habla del *birth-control* y de otros aspectos igualmente importantes, y es fácil que las nuevas normas políticas y sociales contribuyan a que todos estos grandiosos proyectos eugénicos entren en vías ciertas de realización.

La enseñanza del *birth-control* es ya vieja en Europa; a Inglaterra sucedieron Alemania, Escandinavia, Holanda, y, más recientemente, la Unión Soviética, pudiéndose decir de este último país que se ha llegado a extre-

mos inconcebibles. En los primeros, sinceramente, y de una manera semi-oficial, la actitud de los campeones de la nueva moral se limita al consejo y el auxilio que pueden facilitarse en la clínica. Una ilustre y sabia escritora española, la Srta. Hildegart, ha sido la primera mujer que se ha ocupado en España de tan interesante cuestión, desplegando una actividad simpática y entusiasta: es nuestra Mary Stopes, que aun ha de luchar contra la incomprensión, no de las gentes, sino de una gran parte de los moralistas cuaternarios y de las autoridades intransigentes.

La obra de la Hildegart merece un lugar sobresaliente en las humildes bibliotecas de todos los proletarios y de todos los hombres que, sin ser proletarios, quieran llegar a la entraña del problema.

Si en nuestro país llega a establecerse el birth-control, esto es, el control de la natalidad, no cabe duda que habremos dado un gran paso en el camino de la civilización que aún nos queda por recorrer. El inconveniente de los actuales conocimientos contraconceptivos que poseen muchas gentes, está en haber sido adquiridos sin arreglo a un plan educativo ordenado e inteligente, y sí sólo por medio de propagandas puramente industriales, que aun en el supuesto de que aparte la ecuación utilitaria fueran animadas de un noble interés, nunca es posible que se traduzcan en beneficios idénticos como cuando esta instrucción parte de organismos de toda solvencia moral y científica. Luego todo es, pues, misión del Estado, como sucede en Rusia, donde la actitud de las autoridades no sólo es favorable a la difusión de tales procedimientos, sino que a la vez apoya su práctica científica.

Calverton, refiriéndose a este aspecto de la nueva moral soviética, escribe lo siguiente: "Los rusos abordan este problema con una franqueza ejemplar. No se pretende allí, en modo alguno, oscurecer la información contraconceptiva ni limitarla a la clínica o al libro de texto. Por el contrario, se llevan a cabo constantes e inteligentes esfuerzos por familiarizar a toda la población con los métodos contraconceptivos y por combatir las informaciones erróneas respecto a su naturaleza y su aplicación.

Por ejemplo, los médicos tienen la obligación, y no el privilegio, de instruir a la gente en su práctica. Uno de los acuerdos adoptados por el Congreso de especialistas de Obstetricia, celebrado en Moscou en 1932, hace resaltar esta obligación:

"Es un deber del médico enseñar a la población femenina el uso de un método contraconceptivo inofensivo, siempre que el embarazo sea perjudicial para la persona dada o que ésta no lo desee."

En general, esta misma actitud prevalece en toda la educación. No se establecen distinciones entre casadas o solteras ni entre la existencia de

una mera decisión voluntaria o exigencias de carácter físico; la instrucción se facilita únicamente para satisfacer el deseo de la persona que quiera poseerla. No se inquiere la genealogía ni se establecen preferencias. Todo el mundo goza del mismo privilegio. Se trata de una actitud oficial. El resultado es que los hombres y las mujeres de la Rusia soviética se informan de la técnica contraconceptiva de una manera saludable y científica a la vez. En Norteamérica, por ejemplo, puede adquirirse esta misma información, pero de un modo clandestino, dudoso, sin garantías. En último término, lo que se discute en nuestra época no es ya la difusión de los métodos contraconceptivos, puesto que esta difusión tiene lugar, sobre todo entre los jóvenes, a pesar de la ley, sino el sistema de difusión. En Norteamérica, este sistema es ilegal; por eso está lleno de inexactitudes y reservas y es un procedimiento azaroso y precario. En la Rusia soviética, este sistema es legal; por eso es claro, exacto y científico."

La verdadera gravedad de los contraconceptivos, no está, desde nuestro punto de vista, en la evitación del embarazo, sino en el empleo desacertado que puede hacerse de ellos. Muchas veces una falta de conocimientos los hace completamente ineficaces, lo que da lugar a perjuicios mayores, pues la mujer que se ha propuesto no quedar fecundada, tan pronto como advierta el fracaso del procedimiento que puso en práctica para lograr este fin, recurrirá a algo bastante más serio y peligroso: el aborto.

Luego no basta con aconsejar su empleo, suponiendo que los directores de la cosa pública llegasen a tener este gesto, sino que es preciso instruir a la gente por todos los medios. ¿Cómo? Con seriedad, como se procede cuando es necesario difundir una doctrina salvadora. En Rusia, donde la propaganda contraconceptiva está controlada por el Estado, se publican periódicos, revistas y folletos en los que de una manera clara y facilísimamente comprensible, se llega a la inteligencia de los campesinos, exponiendo la técnica más elemental de la no concepción hasta el momento en que pasen por el lugar las clínicas-consultorios ambulantes.

Sin estridencias ni exageraciones, se hace comprender al campesino que está en el deber de tener hijos, pero no en la obligación de procrear seres que no cuenten con las garantías preconcepcionales necesarias para que su nacimiento, su subsistencia y su educación no supongan una carga ni para el ciudadano ni para el Soviet. Pocos hijos, pero fuertes y sanos; es preferible la calidad a la cantidad, y, sobre todo, que sean deseados en el hogar lo mismo por el padre que por la madre, la que en este caso representa la máxima autoridad para decidir en la cuestión.

El individuo soviético representa una personalidad y una unidad de trabajo, del sexo que fuere; no cabe duda que el ideal comunista ha te-

nido una exacta realización, aunque al juicio de un investigador minucioso puedan presentarse lunares, muy propios de todos los regímenes nuevos, que el tiempo y los perfeccionamientos irán haciendo desaparecer poco a poco.

Si se piensa que esta al parecer exagerada libertad sexual de los soviets trae como resultado la desmoralización y el libertinaje con su consecuencia del "suicidio de la raza", se está en un grosero error. El Comisariado de Higiene de los Soviets se encarga de que cada familia se atenga a las prescripciones emanadas del Poder, a fin de que nunca puedan procrear más hijos que los que puedan mantener, tres o cuatro a lo sumo. A poco que nos detengamos a examinar las estadísticas *sinceras* de los centros sanitarios y demográficos, veremos que la natalidad aumenta, lejos de disminuir, con la particularidad plausible de que los niños nacen y se crían bien con la ayuda del Estado por medio de las instituciones de Puericultura. Estos nacimientos sanos son la garantía del poder soviético, y de cuya aspecto sólo nos llegan las vagas o tendenciosas noticias que permite pasar el tamiz capitalista.

Una prueba del formidable poder de Rusia, la encontramos en la discreta actitud que el Japón observa con relación a ciertas partes del territorio asiático. Si la Rusia de hoy fuese la de hace solamente diez años, no hay duda que la actitud del imperialismo japonés hubiera sido muy otra; seguramente que volverían a repetirse las escenas de la guerra rusojaponesa de principios de siglo, contienda muy rica en sorpresas y hechos verdaderamente insospechados. Por otra parte, el Soviet, como organización comunista, no amenaza con la guerra ni anhela conquistas territoriales; pero se mantiene a la defensiva, porque sabe que son muchos los enemigos.

El Cuerpo médico del Soviet está nutrido de verdaderos hombres de ciencia que trabajan en las clínicas, en el periódico, en el libro y en la conferencia, bien conscientes de la enorme responsabilidad, gratamente soportada, de que de ellos depende el bienestar de su pueblo.

Un hombre y una mujer no pueden unirse sin el previo reconocimiento sanitario, o sin el compromiso formal de no procrear cuando alguno de los cónyuges están afectados de dolencias transmisibles por la herencia, y cuando existe algún infractor y es descubierto, no tarda en pagar su delito, pues como figura de tal se considera por la nueva legislación el contagio venéreo.

Pero ¿para qué seguir?... Basta afirmar que en el Congreso de Sexología celebrado en Dinamarca en 1928, se acordó que la reforma sexual debiera inspirarse en las leyes rusas, a las que se tomó como verdadero modelo insustituíble.

EMPLEO DE LOS CONTRACONCEPTIVOS

Origen de los preservativos.—La contraconcepción es muy antigua. — Historia del condón.—Las campesinas polacas.—El mejor contraconceptivo.—Procedimientos para la mujer.—Las irrigaciones vaginales.—Los mayores inconvenientes.—Líquidos espermaticidas.—El formol es el mejor.—Experimento eficaz.—El pesario de Mesinga y el de fondo.—El más eficaz para la mujer.—Cómo debe usarse.—Procedimientos químicos.—Esterilización.

QUIENES sostienen que los métodos contraceptivos "son un producto de la inmoralidad de nuestros tiempos", no saben lo que dicen ni lo que quieren decir. Los medios para impedir la concepción se han conocido en todos los tiempos y en casi todos los pueblos del universo, unos mecánicos, otros químicos—que son los más recientes—y otros fisiológicos.

Se cree que los chinos fueron los primeros inventores de los preservativos mecánicos, ignorándose la fecha de su aparición en las costumbres sexuales del imperio, y de aquí pasaron a Europa, donde en el siglo XIII ya eran usados por los matrimonios ricos, ya que su costo parece ser que alcanzaba precios excesivos.

En China, Japón, Birmania y parte de la India, las prostitutas que empezaban la profesión acostumbraban a introducirse en la vagina unos discos de seda encerada de siete u ocho centímetros de diámetro, los cuales se colocaban de forma que quedase obstruída la entrada del cuello uterino. En las localidades retiradas de los centros de civilización donde se emplean los mismos contraconceptivos que se conocen en Europa, las mujeres que no quieren tener descendencia siguen empleando este adminículo, el que saben ponerse con gran destreza. Para ello utilizan una caña de unos tres centímetros, en una de cuyas extremidades fijan el disco valiéndose de la saliva. Así lo introducen en el canal vaginal, de forma que el disco quede adherido al cuello del útero.

En Bari (Africa), desde tiempo inmemorial usan las mujeres un contraconceptivo tosco que podemos comparar a las "esponjas de seguridad",

de que más adelante hablaremos. Es una bolita hecha de ciertas raíces muy finas, las cuales tienen la propiedad de dilatarse en virtud de la humedad. Este preventivo no lo emplean todas las mujeres, sino sólo aquellas que a juicios de los curanderos del país estén incapacitadas para tener descendencia. El motivo más "serio" de tal incapacidad radica en la pequeñez de los senos de la muchacha, que entonces estará imposibilitada de experimentar los placeres de la maternidad, aunque no se la niega el derecho al amor. (Lámina IV.)

En Nubia también se conocen desde hace mucho tiempo algunos contraceptivos "químicos", cuyo empleo está asignado a la mujer. Según Lamonier, tan pronto como efectúan el acto sexual, se dan una irrigación de agua fría mezclada con zumo fermentado de acederas, ácido muy fuerte que tiene la propiedad de destruir los gérmenes espermáticos. Igual procedimiento emplean las *fellahs* o campesinas que habitan en las márgenes del Nilo. (Lámina V.)

No obstante, el éxito de estos procedimientos primitivos, y especialmente de aquellos cuyo uso está asignado a la mujer, no puede estimarse muy completo en la mayoría de los casos, resultando infinitamente más eficaces los que puede usar el hombre. Entre éstos, el más difundido y antiguo es el *condón*, el que también es más seguro, cómodo e inofensivo. Las formas son muy variadas, aunque el principio de todos ellos es el mismo: un tubo de cauchu cerrado por un extremo, cuyo objeto es envolver el miembro viril impidiendo la entrada del licor espermático en el interior de las vías genitales femeninas, puesto que queda contenido en el tubo.

Los hay de punta redonda, cónica o en forma de gota, esto es, con suplemento del mismo cuerpo (Figuras 1, 2 y 3.) El objeto de este suplemento, como el de la forma cónica, es constituir una especie de depósito para el semen, ventaja que no ofrece el de fondo redondo, que al quedar demasiado ajustado a la base del glande, da lugar a que la eyaculación no pueda efectuarse, contratiempo molestísimo que puede impedir el orgasmo.

También se fabrican otros condones cuyo borde libre está rodeado de un anillo de goma más fuerte y estrecho. Se fabrica con el fin de retener la eyaculación seminal, pero el procedimiento no puede ser más molesto, pues aparte de que la opresión del anillo se hace insoportable estando el miembro viril en erección completa, el licor espermático es rechazado por la fuerza del choque hacia la vejiga.

Los de seda son de una firmeza extraordinaria, pero resultan bastante más caros que los de goma. Se fabrican en varias clases y de distintas resistencias, conservándose también mejor que los anteriores.

El origen del condón es desconocido, pero en Italia se empezaron a usar estos contraconceptivos hacia el siglo XVI, siendo Falopio, del cual tomaron su nombre las trompas uterinas, quien primeramente aconsejó

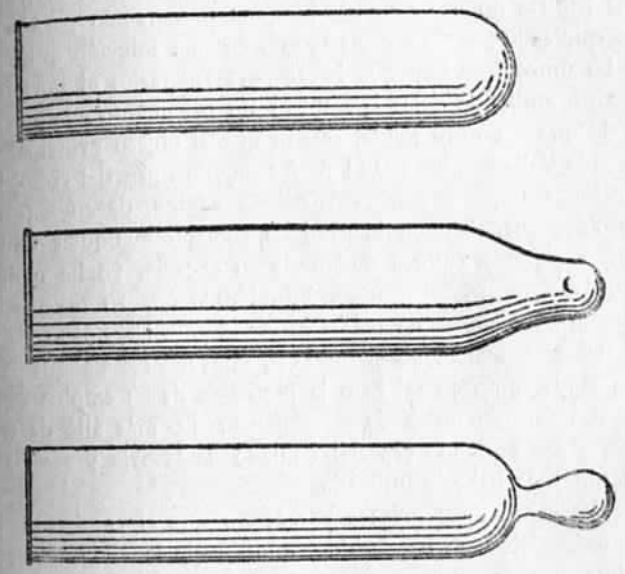


Fig. 1, 2 y 3.—Diversos tipos de preservativos.



Fig. 4.—Preservativo americano.

su empleo, tanto para preservarse de las enfermedades venéreas como para impedir la concepción cuando no fuese deseada.

En esa época el material que se empleaba era el hilo, tejido de una manera especial y muy compacta. En virtud de su espesor, atenuaba bastante la sensibilidad del miembro viril, por lo que se procedió a perfeccionarle, construyéndose de hilo mucho más fino y menos espeso, pero recubierto de una capa de cola de pescado.

De Italia pasó a Francia y de aquí a Inglaterra. Parece ser que los

franceses utilizaron el intestino ciego de corderos, terneros y otros animales de tamaño semejante. Estos preservativos ofrecen la gran ventaja de que su costo es reducidísimo, puesto que actualmente se emplean aún en la India, el Japón, Marruecos y, seguramente, en otros países.

Estas tripitas no necesitan de ninguna preparación para ser inmediatamente empleados, a no ser un lavado en una solución antiséptica cualquiera. Lo único que hay que hacer para sujetarlos al miembro viril es colocarse un anillo de goma o emplear un pegamento cualquiera, sin necesidad de que sea muy sólido, puesto que el objeto principal es que no se desprenda del pene en virtud de los movimientos del coito, lo que podría dar lugar a que cayese dentro de la vagina, de cuya forma los espermatozoides quedaban en libertad de cometer cualquier tontería.

Aunque algunos autores dudan de su eficacia, yo he tenido ocasión de examinar estos preservativos, comprobando que su resistencia soporta perfectamente tracciones de más intensidad que las típicas de los movimientos del acto sexual. Es preciso, sí, convencerse de que la tripa no está agujereada, pues en tal caso la ineficacia de su empleo sería absoluta. De todas formas, no es de aconsejar su uso más allá de tres o cuatro veces, y eso teniendo especial cuidado de lavarle y secarle perfectamente después de haberle utilizado.

Entre los campesinos polacos parece ser que el empleo de este sistema contraconceptivo no ha decaído, a pesar de la civilización, empleándose el intestino de cabra, que, por lo visto, es bastante más fino, resistente y duradero que el de carnero o ternera. Las jóvenes campesinas que practican el amor libre, pero que no quieren complicaciones en su vida, son las encargadas de proveerse de estos restos, comprobando minuciosamente su estado. "La muchacha polaca del campo—dice un costumbrista ruso—hincha la tripa de la cabra para que la suya no la hinche un cabrito". Con esta frase se refiere al mejor procedimiento de comprobación del preventivo, que consiste en soplar para ver si está en condiciones. Tan pronto como contraen matrimonio, las campesinas dejan de "hinchar la tripa", quedando entonces a la recíproca. (Lámina VI.)

Esta tripa, que no ha perdido actualidad, sirvió, sin duda alguna, para inspirar la fabricación del condón. El célebre Casanova, el gran amador del siglo XVIII, dice en sus *Memorias*, a propósito de la tripa, que no la usaba "por no querer encerrarme en un pedazo de pellejo muerto, para probar que estoy en plena posesión de la vida". Antes que Casanova, por lo visto, los había conocido Madame de Sévigné, quien condenaba su empleo, a juzgar por un párrafo de sus célebres cartas, donde dice que son "corazas contra la voluptuosidad y telas de araña contra

las enfermedades venéreas", lo que prueba lo imperfecta que era entonces la fabricación de los condones.

En cuanto al origen de su nombre, se han realizado laboriosas investigaciones. En principio se creyó que el inventor había sido un médico inglés llamado Condón, del que tomó su nombre, pero después se afirmó que su verdadero origen nominativo estaba en la palabra *kondü*, que significa "receptáculo para guardar". De aquí se deduce que los persas también empleaban este eficacísimo preservativo. Entre los moralistas franceses e ingleses se estableció una pugna tan ridícula como enconada, achacándose los unos a los otros la invención del condón: en Inglaterra se le llama "carta francesa" y en Francia "capota inglesa". Sea lo que fuere, lo cierto es que las más destacadas eminencias médicas, que se reunieron en el Congreso de Zurich, contra las enfermedades venéreas reconocieron que no había mejor preventivo que el citado aparatito, indicándole como "el único medio que merece ser recomendado contra las infecciones venéreas y como medio anticoncepcional".

El condón de cauchu tiene una imitación en la *capota americana* o *capuchón* (fig. 4), destinada a cubrir solamente el glande, a cuya base queda sujeta por medio de un anillo o reborde más grueso. Este aparato, en efecto, es muy usado por los americanos, fabricándose en cauchu de diferentes resistencias y colores. Si bien tiene la ventaja de dejar descubierta la mayor parte del miembro viril, ofrece el inconveniente de que, en virtud del roce con las paredes vaginales, puede desprenderse si está holgado, o apretar demasiado el cuello del glande cuando el que lo emplea quiere asegurarse de que no sucederá lo anterior. La conservación, lo mismo del condón que de la capota americana, es muy posible siempre que se tenga la precaución de lavarlos inmediatamente después de su uso con agua tibia y jabón. Es conveniente llenarlo de agua y ejercer una ligera presión para comprobar si no ha sufrido deterioro o se ha producido un agujerito, que, por insignificante que sea su tamaño, es lo suficiente para inutilizarle por completo, ya que las microscópicas células espermáticas pasarían indefectiblemente por tan reducida abertura.

Después de bien secado se espolvorea con talco la superficie interna y externa, enrollándose después. Hay que tener cuidado de no dejar estos aparatos en contacto con ácidos, que los destruirían inmediatamente. Al usarlos de nuevo se hace preciso quitarles la capa externa de talco, porque significa un obstáculo para la penetración en la vagina en virtud de sus propiedades secantes.

No cabe duda que el empleo de este preservativo y contraconceptivo ofrece todas estas molestias, siendo la principal la relativa pérdida de sen-

sibilidad de la mucosa del glande, que es donde radica la voluptuosidad producida por las excitaciones mecánicas del roce con las paredes vaginales. No obstante, puede asegurarse que una vez adquirido el hábito de su empleo en virtud de esa resta de sensibilidad, el acto sexual tiene los encantos de una mayor prolongación, puesto que al ser las excitaciones más lentas la eyaculación se retarda, lo que produce en la mujer un aumento de excitación erótica.

Nos hemos extendido en el estudio del condón porque, indudablemente, es el medio más seguro y cómodo de evitar el embarazo y el que se emplea en todo el mundo por los anticoncepcionistas. Todo el secreto de un matrimonio voluntariamente estéril está en el empleo del condón, que si no es muy estético, a consecuencia de los cuidados que su conservación requiere, no puede ser más eficiente ni menos costoso, ya que los mejores preservativos no alcanzan precios superiores a dos o tres pesetas, pudiendo emplearse más de veinte veces.

Ya hemos hablado en otra ocasión del más elemental método contraconceptivo, que consiste en el *coitus interruptus*, o sea la eyaculación seminal fuera de las vías genitales de la mujer en el momento del orgasmo. Acerca de este procedimiento, hemos visto que no es posible recomendarlo, en primer lugar, por lo difícil que resulta la *retirada* en un momento de máxima voluptuosidad, y, por otra parte, en virtud de los trastornos psíquicos que produce en el hombre, aparte de que la mujer jamás puede quedar satisfecha en virtud de que el orgasmo evoluciona en la mujer con mayor lentitud que en el hombre.

Tales son, simplemente, los medios que el hombre puede emplear en la práctica de la sexualidad sin peligros de concepción, que son, como hemos dicho, los más eficaces.

Sucede en muchas ocasiones que como el hombre "no tiene nada que perder" en estos lances, cuando una mujer le ofrece garantías absolutas de salud jamás se preocupa de las consecuencias muy posibles de aquel placer pasajero, que puede traducirse en la creación de un nuevo ser. En estos casos, naturalmente, es la mujer la que debe rodearse de las máximas garantías de seguridad, que, sensiblemente, resultan más molestas para ella que para el hombre, de donde surge la pereza, el abandono y toda esa serie de circunstancias, en las que no se piensa en esos momentos, pero que después traen los resultados más tristes.

Hay que decir con sinceridad que los medios empleados o asignados a la mujer no son nunca tan eficientes como los que se recomiendan al hombre. Como método muy relativo de seguridad, ya nos hemos referido al coito intermenstrual, que si bien disminuye las probabilidades de

fecundación, en modo alguno puede asegurarse, como han pretendido algunos autores, que exista una esterilidad temporal, lo cual, de ser cierto, no cabe duda que resolvería definitivamente el problema de la contraconcepción.

Así, pues, no pueden utilizarse otros procedimientos que los mecánicos, que consisten simplemente en oponer una barrera al paso del espermatozoide hacia el interior de la vías genitales. Estos medios son el algodón, la borla de hilo de seda, la absorbita, la esponja, el pesario uterino o de fondo, el pesario vaginal, el cervical, etc., y como medios químicos que tienen la propiedad de matar el espermatozoide, los supositorios o pesarios fusibles, pastillas vaginales, polvos anticoncepcionales, irrigaciones, etc.

En todos los medios puestos en práctica por la mujer, todos molestos, la irrigación vaginal puede decirse que resulta verdaderamente imprescindible, teniendo en cuenta que por sí sola no representa ninguna garantía de absoluta seguridad, aunque se empleen los líquidos ácidos más fuertes.

El doctor Hardy divide la irrigación vaginal en dos clases, que son: la gran inyección y la pequeña inyección. "Pueden considerarse—dice—dos clases de irrigaciones e inyecciones: la "pequeña inyección", inyección de espera que la mujer debe tomar inmediatamente después del coito, cuando es peligroso o simplemente molesto permanecer mucho tiempo en una habitación fría, y que utilizada con los preservativos femeninos permite aplazar para más tarde la gran inyección. Puede tomarse en la cama, pero en tal caso tiene el inconveniente de mojar las sábanas y los colchones. Suficiente de momento, debe ser seguida, tan pronto como se pueda, por la gran inyección."

Esta última, necesaria después de la precedente, es indispensable en todos los casos, ya sea como inyección diaria de limpieza, ya sea como inyección anticoncepcional. La "gran inyección" se toma de la misma manera. Lo único que cambia es el líquido que hay que inyectar. El aparato más sencillo y cómodo para tomar la inyección, el más fácil de conservar en estado de limpieza y el menos costoso es el *bock* o ducha de Esmarck (fig. 5). Tiene la forma de un vaso semicilíndrico; en su parte interior tiene un orificio tubular, al cual puede adaptarse un tubo de goma de un metro y medio a dos metros de longitud, terminado por una cánula, que se procurará sea recta, de unos doce a quince centímetros de largo, con aberturas ovales y de cristal (fig. 6).

La cánula de Baun es una variedad de cánula de cristal que a causa de la disposición de los agujeros permite que el líquido se vuelva atrás.

Puede utilizarse también una cánula-espéculo que dilata la vagina y permite su abundante riego. El tubo central de esta cánula tiene varios orificios, por los cuales sale el líquido a chorro, estando rodeado o envuelto

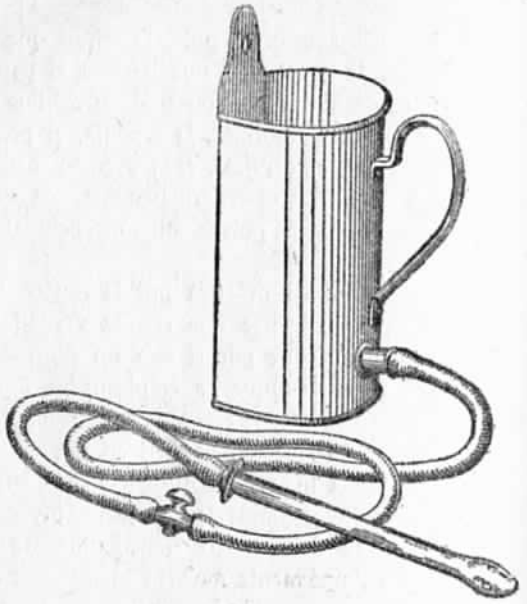


Fig. 5.—Bock o ducha de Esmarck.

por varillas curvadas formando reja, y de ahí su nombre secundario de "cánula enrejada". Puede servir del espéculo de baño, desenroscándose el tubo central, al cual se adapta la goma, y sólo la parte enrejada pue-



Fig. 6.—Cánula de cristal sin abertura.

de ser introducida en la vagina mientras la mujer toma el baño, con lo cual aquélla se distiende y es inundada por el líquido (fig. 7).

Un excelente sistema de cánula es la llamada obturador, de cristal ordinario o de ebonita, provista en su parte inferior de un obturador de



JOVEN ALEMANA

Según el testimonio de un médico, las muchachas alemanas partidarias del amor libre muestran la mayor destreza en el empleo de los contraconceptivos mecánicos.

LAMINA VII

Puede utilizarse también una cá
mite su abundante riego. El
cios, por los cuales sal



DESNUDISTAS ALEMANAS

Como el empleo de los contraconceptivos forma parte de la nueva moral sexual de la culta Alemania, el aborto sin necesidad es perseguido como una verdadera inmoralidad.

LAMINA VIII

forma cónica, que se aplica a la entrada de la vagina y la obtura lo bastante para que el agua se acumule en el órgano, lo bañe, lo distienda y lave los repliegues de la mucosa. Sacando la cánula-obturador uno o dos

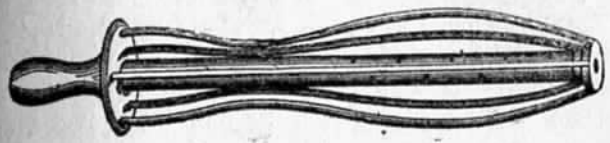


Fig. 7.—Cánula espéculum.

centímetros, el agua sale y arrastra consigo las mucosidades. Obturando de nuevo se obtiene un nuevo lavado, y así sucesivamente, permitiendo esta cánula la inyeción en posición sentada, agachada o echada.

Se puede tomar en la cama una gran inyección sirviéndose de la cánula de doble coriente, que se adapta a la vulva, la obtura completamente, no dejando paso más que a dos tubos, uno de los cuales sirve de entrada y otro de salida al líquido. Adaptando un tubo de goma al de salida, el líquido puede verterse en un recipiente cualquiera colocado al lado (figura 8).

La posición más favorable para una inyección vaginal eficaz es la supina, y mejor, echada hacia atrás, colocando el trasero en un vaso de no-

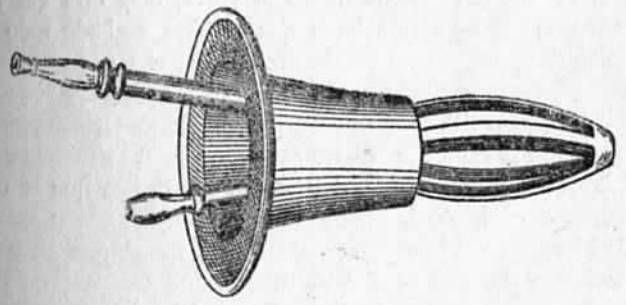


Fig. 8.—Cánula de doble corriente.

che de cama y apoyando la espalda en las almohadas, formando un plano inclinado de unos 45 grados. Las piernas se separan ligeramente y los pies se colocan planos en la cama.

Llénese el recipiente del líquido conveniente a una temperatura de 30 a 35 grados. Si se trata de una inyección espermaticida, el líquido debe

ser uno de los que indicamos más adelante, teniendo cuidado de colocar la cánula en el bock, sobre todo si el aparato no tiene llave. Si la tiene es preciso tomar la precaución de cerrarla.

Se cuelga el aparato en la pared, a 1,50 metros del suelo, o se coloca sobre un mueble de modo que quede aproximadamente a la misma altura.

Apriétese el tubo cerca del extremo que lleva la cánula para impedir la salida del agua cuando no exista la llave. Colocarse sobre el vaso de noche camero con los pies planos, las rodillas levantadas, apoyándose contra un mueble o contra la pared, de manera que el cuerpo se incline hacia atrás unos cuarenta y cinco grados.

Abrase ligeramente la llave o sepárense los dedos que aprietan el tubo de manera que vaya saliendo el aire de la cánula. Introducir ésta en la vagina tan profundamente como se pueda. Abrir enteramente la llave o separar por completo los dedos.

El líquido del bock entra abundante en la vagina con tanta mayor fuerza cuanto más alto se halla el recipiente (1). Cójase la vulva (grandes labios, pequeños labios, etc.) con toda la mano, dejando entre dos dedos un paso para la cánula, y apriétese para impedir la salida del líquido. Bajo la presión del agua se opera una gran distensión en la vagina, en cuyas paredes desaparecen los pliegues, tanto en el fondo como en el ancho, siendo bañada su superficie totalmente por el líquido. Manténgase la vulva cerrada durante algunos segundos, al cabo de los cuales se deja escapar el agua. Apriétese de nuevo la vulva, dése otra vez libertad al agua, y repítase la operación hasta que se haya acabado todo el líquido del recipiente, en cúyo caso puede decirse que el lavado vaginal ha sido perfecto.

Todas las piezas del aparato de inyección deben ser conservadas en un estado de limpieza completo. El recipiente estará constantemente lleno, en la medida que ello sea posible, del líquido antiséptico que se use ordinariamente, en el cual estará sumergida la cánula.

Todo el aparato deberá estar cubierto de forma que no pueda penetrar el polvo ni los gérmenes del aire.

También se fabrican recipientes de cauchú, que ocupan poco espacio, y son a propósito para las personas que viajan. Entre otros podemos indicar, además del inyector pera de cauchú, los enemas, el clisobomba,

(1) No estamos conformes con este consejo del doctor Hardy. No es de aconsejar que el recipiente esté situado a una altura mayor de un metro o metro y medio, puesto que esa violencia con que sale el agua, que el citado tratadista estima tan beneficiosa, produce casi siempre traumatismos en el cuello uterino, e incluso en el interior del útero, que suele dar lugar a gravísimos trastornos.

etcétera, destinados a sustituir al recipiente ordinario. La mayoría de estos aparatos son excelentes para la inyección, pero ofrecen el inconveniente de tener partes metálicas que se oxidan o se alteran al contacto con líquidos espermaticidas.

El más cómodo de todos esos aparatos es la "alfa jeringa", enema que se recomienda por su chorro regular, continuo, que se puede hacer más débil o más fuerte según se quiera sin que exista el peligro de la introducción del aire en la vagina. Basta para utilizarlo sumergir el tubo en el líquido que hay que inyectar, apretar luego la pera de cauchu e introducir la cánula en la vagina cuando el líquido ha subido a los dos tubos. Una ligera presión en la pera basta para establecer la corriente continúa del chorro. (Figura 9.)

La pequeña inyección se emplea conjuntamente con ciertos preservativos femeninos como inyección de espera y siempre con un líquido esper-

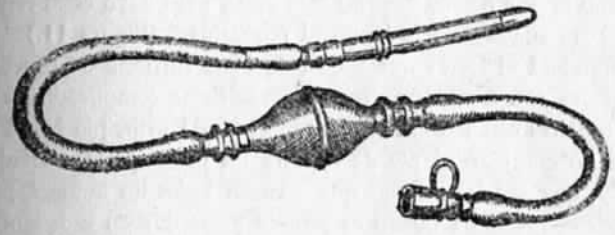


Fig. 9.—Enema alfa jeringa.

maticida. El instrumento que puede utilizarse es una jeringa de cristal, cuya extremidad hemisférica presenta varios agujeros. Su contenido es de unos sesenta centímetros cúbicos, midiendo el cuerpo de la jeringa unos veinte centímetros de longitud. El émbolo es de dos piezas apretadas unas contra otras cubiertas de cuero embutido y engrasado con vaselina. (Figura 10.)

Se llena la jeringa del líquido espermaticida sumergiendo en él el extremo hemisférico perforado y tirando del pistón. Se aprieta luego suavemente el pistón para expulsar el aire que hubiera podido penetrar y se coloca el aparato al alcance de la mano para usarlo en el momento oportuno. Inmediatamente después del coito, y cualquiera que sea el preservativo empleado, se introduce la jeringa en la vagina tan profundamente como se pueda. Apriétase lentamente el pistón hasta que se acaba el líquido, el cual será lanzado contra el cuello de la matriz para anegar y matar los espermatozoides vertidos en la vagina y en el preservativo femenino.

Una pera de cauchú provista de una gruesa cánula de hueso o de ebo-

nita puede prestar el mismo servicio que la jeringa. Esta inyección tiene la ventaja de exigir muy poco tiempo.

Con los irrigadores obturadores, el lavado de la vagina inmediatamente después del coito ofrece más seguridades que los efectuados con la jeringa.

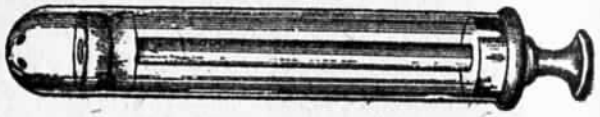


Fig. 10.—Jeringa de inyección.

El irrigador obturador se compone de una simple pieza de cauchú conteniendo un cuarto de litro o medio litro de líquido y de una cánula obturadora como la que hemos descrito más atrás, pero cuyo cono resbala sobre la cánula para colocarse a la longitud requerida." (Figura 11.)

Comprenderá el lector que toda esta masa informe de procedimientos espermaticidas representa una serie de molestias complicadísimas que no todas las mujeres están dispuestas a soportar. Al principio habrá pocas señoras que no cumplan al pie de la letra las prescripciones citadas por el Dr. Hardy, que son las mismas que invocan todos los autores, por lo que puede decirse que nada nuevo es posible prescribir en este sentido. Pero a veces, en virtud de una excesiva confianza, se llega al abandono, prescindiéndose de las irrigaciones en la creencia de que con el simple uso del obturador uterino hay bastante para asegurar la contraconcepción.

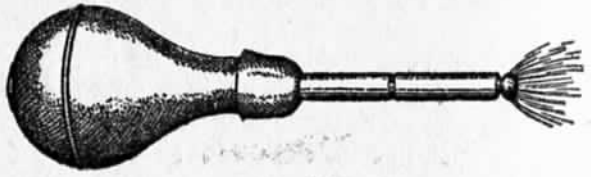


Fig. 11.—Irrigador obturador de pera.

En efecto, cuando la mujer aprende a colocarse estos aparatos de una manera perfecta, los peligros del embarazo quedan reducidísimos; pero si tenemos en cuenta la gran vitalidad de las células espermáticas y la enorme rapidez de sus movimientos, basta que uno solo de estos animálculos quede replegado entre las anfractuosidades vaginales o vulvares para que al cabo de algún tiempo, incluso de varios días, gane la entrada del canal cervical, penetrando en el interior del útero, donde seguramente se unirá al óvulo fecundo, determinándose así el embarazo.

Si fuera posible compatibilizar toda esta serie dilatada de molestias con el interés de no tener descendencia, podemos asegurar, sin temor al equívoco, que la contraconcepción resultaría poco menos que una ciencia exacta. Pero sucede que casi siempre se deja de tomar cualquiera de estas precauciones necesarias y entonces ocurre lo inevitable: el embarazo.

En cuanto a los líquidos germinicidas puede decirse que el agua fría ya posee de por sí cierta virtud esterilizadora, porque cualquier temperatura menor o mayor de aquella en que el espermatozoide vive, tiene la propiedad de disminuir notablemente su vitalidad, e incluso causarle la muerte.

Todos los ácidos y todos los antisépticos son destructores de los espermatozoides, pero hemos de tener en cuenta que el uso de algunos resulta altamente perjudicial para las mucosas vaginales y uterinas, en las que pueden producir escoriaciones de resultados graves en virtud de la vulnerabilidad de sus tejidos por estos productos tóxicos.

Uno de los ácidos más inofensivos para las mucosas es el zumo de limón o sus compuestos químicos, como el ácido cítrico. Le siguen el vinagre, preferible al ácido acético, aunque éste sea un derivado de aquél, porque no es precisa una notable cantidad de acidez para determinar la muerte del espermatozoide. También se indican el alumbre de potasa, el ácido bórico, el ácido fénico, el sublimado, el permanganato de potasa y el formol, si bien es preciso establecer algunas diferencias entre unos y otros.

El limón debe usarse en proporciones del zumo de tres por litro de agua a la temperatura de treinta a treinta y cinco grados. Tiene el inconveniente de ser astringente, esto es, que reduce los tejidos de tal forma que a fuerza de mucho uso el canal vaginal se contrae hasta el punto de hacer dolorosa la penetración del miembro viril. Otro tanto puede decirse acerca del alumbre de potasa.

El vinagre no ofrece estos inconvenientes, por lo que hemos de considerarle mucho mejor, debiendo usarse en proporciones de tres a cuatro cucharadas soperas por litro de agua.

El ácido bórico es de muy escaso poder espermaticida, por lo que no es de aconsejar su empleo cuando se tienen a mano productos de más eficacia.

El ácido fénico tiene el inconveniente de ser un veneno muy activo cuyo empleo resulta peligroso si se hace en dosis imprudentes. Aun en el caso de que se utilicen soluciones débiles es preciso cerciorarse antes de si la mucosa vaginal presenta alguna escoriación o inflamación, en cuyo caso

nita puede prestar el mismo servicio que la jeringa. Esta inyección tiene la ventaja de exigir muy poco tiempo.

Con los irrigadores obturadores, el lavado de la vagina inmediatamente después del coito ofrece más seguridades que los efectuados con la jeringa.

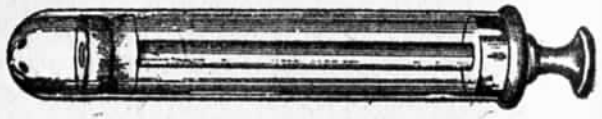


Fig. 10.—Jeringa de inyección.

El irrigador obturador se compone de una simple pieza de cauchú conteniendo un cuarto de litro o medio litro de líquido y de una cánula obturadora como la que hemos descrito más atrás, pero cuyo cono resbala sobre la cánula para colocarse a la longitud requerida." (Figura 11.)

Comprenderá el lector que toda esta masa informe de procedimientos espermaticidas representa una serie de molestias complicadísimas que no todas las mujeres están dispuestas a soportar. Al principio habrá pocas señoras que no cumplan al pie de la letra las prescripciones citadas por el Dr. Hardy, que son las mismas que invocan todos los autores, por lo que puede decirse que nada nuevo es posible prescribir en este sentido. Pero a veces, en virtud de una excesiva confianza, se llega al abandono, prescindiéndose de las irrigaciones en la creencia de que con el simple uso del obturador uterino hay bastante para asegurar la contraconcepción.

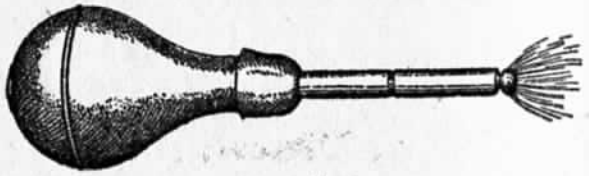


Fig. 11.—Irrigador obturador de pera.

En efecto, cuando la mujer aprende a colocarse estos aparatos de una manera perfecta, los peligros del embarazo quedan reducidísimos; pero si tenemos en cuenta la gran vitalidad de las células espermáticas y la enorme rapidez de sus movimientos, basta que uno solo de estos animálculos quede replegado entre las anfractuosidades vaginales o vulvares para que al cabo de algún tiempo, incluso de varios días, gane la entrada del canal cervical, penetrando en el interior del útero, donde seguramente se unirá al óvulo fecundo, determinándose así el embarazo.

Si fuera posible compatibilizar toda esta serie dilatada de molestias con el interés de no tener descendencia, podemos asegurar, sin temor al equívoco, que la contraconcepción resultaría poco menos que una ciencia exacta. Pero sucede que casi siempre se deja de tomar cualquiera de estas precauciones necesarias y entonces ocurre lo inevitable: el embarazo.

En cuanto a los líquidos germinicidas puede decirse que el agua fría ya posee de por sí cierta virtud esterilizadora, porque cualquier temperatura menor o mayor de aquella en que el espermatozoide vive, tiene la propiedad de disminuir notablemente su vitalidad, e incluso causarle la muerte.

Todos los ácidos y todos los antisépticos son destructores de los espermatozoides, pero hemos de tener en cuenta que el uso de algunos resulta altamente perjudicial para las mucosas vaginales y uterinas, en las que pueden producir escoriaciones de resultados graves en virtud de la vulnerabilidad de sus tejidos por estos productos tóxicos.

Uno de los ácidos más inofensivos para las mucosas es el zumo de limón o sus compuestos químicos, como el ácido cítrico. Le siguen el vinagre, preferible al ácido acético, aunque éste sea un derivado de aquél, porque no es precisa una notable cantidad de acidez para determinar la muerte del espermatozoide. También se indican el alumbre de potasa, el ácido bórico, el ácido fénico, el sublimado, el permanganato de potasa y el formol, si bien es preciso establecer algunas diferencias entre unos y otros.

El limón debe usarse en proporciones del zumo de tres por litro de agua a la temperatura de treinta a treinta y cinco grados. Tiene el inconveniente de ser astringente, esto es, que reduce los tejidos de tal forma que a fuerza de mucho uso el canal vaginal se contrae hasta el punto de hacer dolorosa la penetración del miembro viril. Otro tanto puede decirse acerca del alumbre de potasa.

El vinagre no ofrece estos inconvenientes, por lo que hemos de considerarle mucho mejor, debiendo usarse en proporciones de tres a cuatro cucharadas soperas por litro de agua.

El ácido bórico es de muy escaso poder espermaticida, por lo que no es de aconsejar su empleo cuando se tienen a mano productos de más eficacia.

El ácido fénico tiene el inconveniente de ser un veneno muy activo cuyo empleo resulta peligroso si se hace en dosis imprudentes. Aun en el caso de que se utilicen soluciones débiles es preciso cerciorarse antes de si la mucosa vaginal presenta alguna escoriación o inflamación, en cuyo caso

el ácido fénico bastaría a determinar complicaciones muy graves que casi siempre hacen necesaria la intervención del médico.

El sublimado corrosivo, que tiene un gran poder bactericida y espermaticida, es un veneno violento, cuyo uso no se puede aconsejar diariamente. Según Marestan, cuando se le emplea con demasiada frecuencia en irrigaciones vaginales, aunque sea en la débil dosis de diez centígramos por litro, como la mucosa que tapiza la vagina absorbe cada vez una cantidad del líquido, resulta de ello que penetra poco a poco en el torrente circulatorio y se acumula en el hígado, de donde nace la posibilidad de una intoxicación mercurial, con los síntomas de remoción y caída de los dientes, seguida de los cabellos, inflamación de las encías y temblor de las extremidades, etc. Estos mismos trastornos son los que se observan en los sifilíticos cuando el tratamiento a base de mercurio se efectúa de una manera imprudente.

El permanganato de pota ofrece también inconvenientes muy graves, por lo que no debe aconsejarse más que en los casos de infecciones venéreas, y ésto porque el tratamiento no implica un empleo constante como sucede cuando se trata de usarlo como espermaticida.

El producto indiscutible más acreditado, de efectos más seguros e inofensivos, es el formol, cuyo descubrimiento no tiene más de cincuenta años de edad. Marestan dice que no ataca a los órganos ni aún después de hacer de él un uso prolongado, y no obstante su poder microbicida y muy especialmente espermaticida es muy superior a los efectos del sublimado corrosivo. Posee, además, una ventaja inmensa, que por sí sola debería asegurarle la preferencia. Puesto en agua tibia, y mejor aún en agua caliente, en la simple dosis de una cucharada de las de café, desprende vapores de un efecto fulminante para los animálculos a los que no hubiese atacado el líquido. Estas propiedades no las posee ninguno de los antisépticos citados, pues si resulta difícil al líquido llegar a los más reducidos y ocultos pliegues vaginales los vapores que se desprenden de las emanaciones del formol invaden en absoluto toda la mucosa, determinando la muerte de los espermatozoides de una manera instantánea.

Yo he tenido ocasión de comprobar el extraordinario poder espermaticida del formol. Al efecto, recogimos cierta cantidad de licor seminal en un recipiente a la temperatura adecuada para la mejor vitalidad del espermatozoide, y en otro recipiente colocamos una solución de formol al uno por mil en agua a setenta grados bajo una campana de cristal. A los cinco minutos justos pudimos comprobar que los vapores del formol no habían dejado vivo a un sólo espermatozoide. Intentamos por medio de otros reactivos comprobar si la muerte de los animáclculos era real o aparente, convenciéndonos de que no había la menor duda respecto del poder espermaticida de dicho producto químico.

Teniendo en cuenta estas propiedades del formol, nosotros hemos aconsejado en diferentes ocasiones su empleo en calidad de contraconceptivo, pero no por medio de la irrigación vaginal, sino por vaporizaciones vaginales. Al efecto, después de efectuado el coito, la mujer se sentará sobre un bidet en el que se habrá depositado una solución muy caliente de formol en la proporción del uno al dos por mil. Con objeto de que las anfractuosidades de la vagina queden completamente expuestas a la acción de los vapores del formol es conveniente emplear una cánula enrejada del sistema ya citado. La mujer no tendrá que hacer otra cosa sino permanecer sentada recibiendo esos vapores de cinco a diez minutos, al cabo de cuyo tiempo obtendrá los mismos resultados que a nosotros nos dió el experimento aludido .

Todavía resultaría mucho más eficaz el empleo de un aparato en forma de embudo que tuviese la propiedad de abarcar todos esos vapores conduciéndolos a la cavidad vaginal; pero estimamos que por medio de ese sistema simple de vaporización el éxito está asegurado en la inmensa mayoría de los casos.

El único inconveniente que ofrece el formol consiste en que se altera con suma facilidad cuando está preparado en soluciones acuosas de más de cuatro o cinco días, pero tal defecto desaparece cuando su empleo no se haga más que en las ocasiones necesarias, ya que por ser líquido su mezcla con el agua caliente se opera de una manera sencilla.

Iwan Bloch dice que un dispositivo mecánico sumamente ingenioso para evitar la concepción es el *pesario oclusivo* de Mesinga, consistente en un hemisferio de goma rodeado de un anillo de acero, que se introduce en la vagina antes del coito y permanece durante éste en aquélla, cerrando la entrada del útero. Cuando se adapta bien, evita, efectiva y casi seguramente, la concepción; mas contra su empleo general hablan diferentes circunstancias: 1.°, la incomodidad de la introducción, que la mayor parte de las mujeres no llegan a aprender; 2.°, el torcer o mover el pesario durante el acto, y 3.°, la originación de iritaciones de todas clases, como flujos y dolencias, consecuentes a la larga permanencia del pasario. Es de un calibre superior al de la vagina y para su introducción debe haberse mojado previamente en agua enjabonada, apretándole por su centro hasta hacerle adoptar la forma de un 8; seguidamente ha de ser instalado oblicuamente, de manera tal que la parte introducida primero se encuentre alojada hacia atrás del cuello, en dirección del recto, mientras que la introducida en último término se encuentre levantada tan alto como sea posible detrás

del hueso púbico, con objeto de darle en él un punto de apoyo. (Figuras 12 y 13.)

El pesario de fondo, llamado francés, está compuesto de un anillo de



Fig. 12.—El pesario Mensinga.

cauchú, provisto de una membrana de la misma substancia, en forma de capuchón, que se asemeja a un sombrerito. Para colocarlo en su sitio la mujer debe tener las manos limpias, y las uñas cortas y bien aseadas. Des-

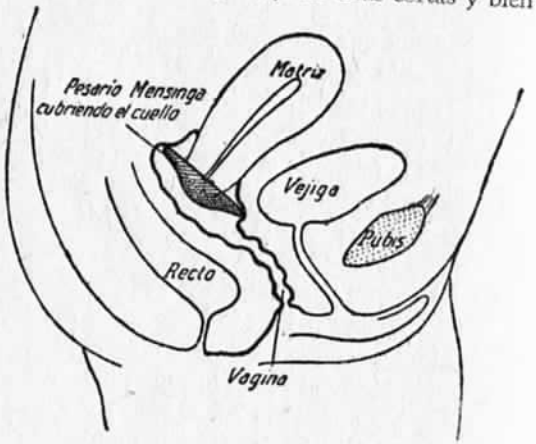


Fig. 13.—El mismo ya colocado.

pués de haberse puesto en cuclillas, se introduce uno o dos dedos en la vagina y palpa hasta tocar en el fondo una ligera hinchazón, que es el cuello de la matriz, el cual ha de procurar recorrerlo en toda su circunferencia hasta reconocer bien dónde está situado el cuello. Tomando segui-

damente el pesario lo moja en agua de jabón para hacerle más resbaladizo, cúbrese con él el dedo anular y lo empuja hacia la vagina en busca del cuello uterino. Cuando a través de la membrana de cauchú ha notado de nuevo la presencia de este último, no tiene que hacer otra cosa sino oprimir



Fig. 14.—Pesario de fondo.

alternativamente sobre los bordes del pesario, de tal manera, que la protuberancia del cuello encaje exactamente en el anillo y que el capuchón, ocultando perfectamente la entrada del útero, evite por completo que el esperma, aunque sea proyectado con fuerza, pueda franquear aquel obstáculo artificial. (Figuras 14 y 15.)

Hay una cantidad verdaderamente enorme de pesarios y oclusores de diferentes modelos, pero los mejores son los que hemos citado, que no ofrecen más inconvenientes que el de la gran dificultad de su colocación. En estos casos, cuando ambos conyuges están de acuerdo en no querer descendencia, es mejor que el marido, sirviéndose de un espéculo, con el fin de

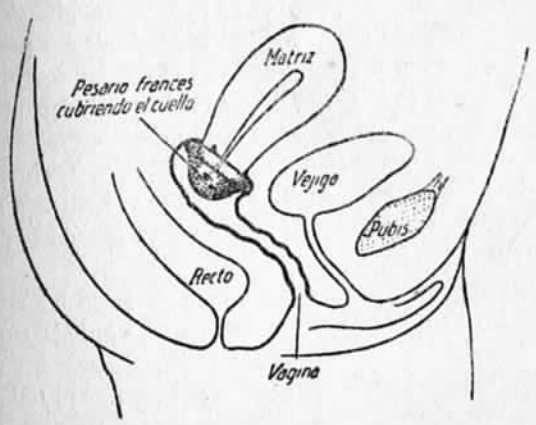


Fig. 15.—El mismo ya colocado.

del hueso púbico, ge
ras 12 y 13.)

El pesa

eguridad y de la borla de hilo de seda o
in que el pesario, o sea, obstruir la entrada
ir el paso de los espermatozoides, pero como
les métodos a la perfección, desistimos de acon-
an utilizarse los pesarios, como el de Mesinga y
ás eficaces y que pueden permanecer colocados
esee sin que ocurran trastornos ni riesgos de fecun-
a sensibilidad del cuello uterino, por mucha presión
que ej des sujetadores del pesario, las molestias no se adver-
tirán de fo puedan contribuir a una disminución de las sensaciones
voluptuosas.

El pesario de fondo es el favorito de las jóvenes alemanas que quieren disfrutar sin peligros de su libertad sexual. Lo tienen constantemente colocado hasta que llega la hora de la reaparición de las reglas periódicas, en cuyos casos, naturalmente, se abstienen de todo contacto sexual. Un colega que ha vivido en Alemania algunos años, me asegura que las muchachas de la nueva generación no serían aventajadas por el más experto ginecólogo en la colocación de un pesario de fondo. (Lámina VII.)

Los medios químicos que tienen por objeto matar el espermatozoide, son los supositorios vaginales o preservativos fusibles, las pastillas vaginales y los polvos espermaticidas. Los supositorios se fabrican a base de una materia fusible a bajas temperaturas, como la gelatina, glicerina densificada, manteca de cacao y otras grasas vegetales, a más de los productos químicos germinicidas que son de varias clases. Las formas de estos supositorios son muy variadas, aunque de volumen equivalente. Se introducen en la vagina antes del coito, y al fundirse en virtud de la temperatura, disuelven los productos químicos que entran en su composición. Toda esta masa semilíquida embadurna las paredes vaginales y obtura la entrada del canal uterino, de forma que el espermatozoide muere, no pudiendo penetrar en el interior del útero.

Las pastillas vaginales se fabrican a base de ácido bórico, metaborato, perborato, etc. En su contacto con las substancias químicas que contienen las secreciones vaginales, se producen reacciones gaseosas equivalentes al agua oxigenada, operándose la destrucción del espermatozoide en la forma que hemos descrito al referirnos al formol. Este sistema es empleado por las gentes acomodadas de Alemania y Rusia, ya que resulta de un precio relativamente costoso. No obstante, tampoco hemos de aconsejar su empleo

con gran frecuencia, puesto que son muy raros los productos químicos que no atacan a las mucosas vaginales.

Los polvos espermaticidas están elaborados con arreglo a los mismos principios que las pastillas. Se inyectan en el interior de la vagina con un pulverizador especial, y al ponerse en contacto con los líquidos vaginales es cuando se producen los gases que destruyen al germen.

Prescindimos de referirnos con detalle a los procedimientos radicales del malthusianismo, como la *vasectomía* en el hombre y la resección de las trompas en la mujer, la ovariotomía, etc. Estos casos entran exclusivamente en el terreno del médico, y toda operación que se realice cuando no hay causas justificadas para ello, ha de reputarse de inmoral y criminal. La vasectomía tiene por objeto producir la atrofia total y permanente de los tubos seminíferos, si bien no por ello disminuye la potencia sexual. En los Estados Unidos se realiza esta operación en los degenerados, sifilíticos, alcohólicos, criminales incorregibles, etc., con el fin de impedir en absoluto su reproducción en otros seres que acaso fuesen de la misma estructura moral que su progenitor. No obstante, este procedimiento radical no puede decirse que haya sido unánimente acatado por la civilización.

En resumen, a través de todos los sistemas propuestos para evitar la concepción, a nuestro juicio no hay más que dos tan eficaces como cómodos: el condón, para el hombre, y el pesario de fondo, para la mujer; si bien éste último requiere ser perfectamente colocado.

Los procedimientos químicos y las irrigaciones, a más de la incomodidad que representan para la mujer, parece que hacen del amor una cosa tan artificial que hasta se necesita de un verdadero laboratorio para practicarlo sin riesgos concepcionales. Esta es la convicción de todos los civilizados, de modo que no hay una parte del mundo donde las garantías de la contraconcepción no estén representadas por esos simples aparatos, que eliminan las molestias derivadas del empleo de los demás recursos propuestos.

EL ABORTO

El médico ante el aborto.—Consecuencia de la ineducación contraconceptiva.—El primer paso para evitar el aborto.—Derecho indiscutible al aborto.—Procedimientos abortivos.—La enfermedad y la muerte.—Abortadores criminales.—El aborto en la Rusia soviética.—Su legislación.—Contraconcepción, sí; aborto, no.

No hemos de hacer más consideraciones acerca de la inconsciencia procreadora, pero aun queda un aspecto interesantísimo como resultado fatal de esa imprevisión: el aborto provocado.

Desde luego, el aborto potestativo no acaba de ser incorporado a nuestras normas de civilización, como tampoco se aceptan las teorías contraconceptivas, y aún menos su práctica. Pero esto no quiere decir que tanto la contraconcepción como el aborto encuentren en esas trabas de la moralidad convencional barreras verdaderamente infranqueables. Lo mismo el control de la natalidad que otras teorías audaces, emanadas de la opresión secular de los viejos conceptos morales, tardan en ser asimiladas, no por las gentes, sino por las leyes, que siempre tienden a quedar rezagadas en la evolución de las sociedades, por el hecho simple de que las leyes no son otra cosa que la saturación de las costumbres.

Cuando los métodos anticoncepcionales fracasan, el matrimonio, o la mujer solamente, no puede sustraerse a la convicción íntima de que su cuerpo es suyo, pudiendo hacer de él lo que le parezca.

Desde el punto de vista científico, la Medicina tampoco ha realizado grandes avances, ya que no tiene en cuenta otras consideraciones que las preconizadas por el célebre doctor Paget, quien decía: "¡que todo viva!". Por esta razón, cuando el médico se encuentra ante una mujer cuyo embarazo pone en inminente riesgo su vida, tarda bastante en definir su actitud, no por dudas y prejuicios meramente íntimos, sino por las consideraciones del círculo social que le rodea. Con ésto queremos decir que un médico no practica el aborto más que cuando el embarazo o el parto equivalen a una sentencia de muerte para la gestante, sentencia que se cumpliría en un plazo más o menos largo.

En todo caso, aún en el supuesto de que el médico no estuviese bajo

el peso formidable de unas leyes que castigan el aborto como si fuese un crimen, sin tener en consideración circunstancias tan precisas como son las condiciones morales y económicas de la embarazada, ni aún siquiera el tiempo del embarazo, siempre resultaría bastante más moral proceder a la destrucción de un ser que no ha nacido que dejarle vivir de mala manera.

Todavía, si la negativa del médico a acceder a los deseos de una gestante sirviese para hacerla desistir de sus propósitos, estimaríamos beneficiosa la tenacidad de esas leyes, si no para la sociedad, al menos para la propia mujer. Mas no sucede así, por desgracia. Cuando a una mujer embarazada se le niega el consejo o la intervención idónea del hombre de ciencia, forzosamente ha de recurrir a todos los medios imaginables que garanticen la impunidad de su conducta; pero sin fijar la atención en otras amenazas ciertamente peligrosas para su salud y para su vida, como son las que existen cuando ese aborto que la ley niega se practica de una forma ilegal e inadecuada.

La necesidad del aborto es una consecuencia directa de la falta de instrucción anticonceptiva; el uso de los contraconceptivos no puede perjudicar a nadie, y a la sociedad, menos, cuando se realiza con arreglo a las normas precisas. Pero el aborto ya no es tan fácil, ni sus riesgos efímeros, en el supuesto de que los primeros manejos imprudentes no se lleven por delante la vida de la embarazada. El aborto, pues, dígase cuanto se quiera, es un crimen en el que sólo caben atenuantes, y acaso eximentes también; pero sólo en circunstancias especialísimas, que tanto afectan a la ciencia como a los juristas. Esta opinión la emitimos como réplica adecuada a quienes sostienen que el aborto puede provocarlo la misma mujer, su marido o cualquier persona ajena a la profesión médica y sin suficiente preparación para ejecutar un acto que siempre se ofrece rodeado de peligros.

Bloch, hablando como médico, reconoce que el Estado debe proceder siempre contra la provocación del aborto, considerándolo como un hecho inmoral y contra natura, fundándolo, principalmente, en que en muchos casos "pone en grave peligro la vida y la salud de las mujeres".

Bien es cierto que el acto es inmoral; pero para poder castigar el Estado, debería crear, ante todo, circunstancias sociales que justificaran su proceder; abolir la inflamación que pesa, favorecida por él mismo, sobre la maternidad ilegal, y en otro sentido, mejorar los fundamentos sociales para hacer más fácil la maternidad de muchas mujeres, que siendo solteras o casadas necesitan de toda su libertad para ganar lo necesario para el sustento de su vida, y acaso el de otros hijos que nacieron antes.

La escritora alemana Condesa Gisela von Streitberg dice que es su-

mamente anómalo que la concepción ilegal se considere como un pecado y una mancha de oprobio, y en cambio, como sagrada la vida del germen de ese pecado, que una vez nacido, será también señalado con el estigma de la deshonra, e infamado como su madre, porque la criatura ilegítima, vé nuestra ridícula sociedad, tan pervertida en el fondo, algo despreciable. Que se castigue duramente a las personas que hacen de la destrucción de vidas en germen una profesión, es muy natural y justo. Lo que es dudoso es si el castigo que impone duramente el código a las madres, y principalmente a las solteras, está justificado hasta cierto punto.

Durante la Gran Guerra se han dado numerosos casos de violación, practicados por la soldadesca alemana, que fueron seguidos de embarazo. En estos casos ¿cabe dudar del legítimo derecho que asiste a la violada para deshacerse, sea por el medio que fuere, del producto de una concepción que no ha deseado, que no ha consentido, y que a lo largo del tiempo, constituirá la encarnación viva del más amargo momento de su existencia?

Como este caso existen muchos que pueden justificar la imperiosa necesidad del aborto y el derecho innegable de la mujer a hacer de su cuerpo lo que quiera, siempre, eso sí, que no obre por cuenta propia, hasta el momento en que sus razonamientos, tan poderosos, no fueran debidamente atendidos por quienes tienen el deber de hacerlo.

En otros aspectos volvemos de nuevo a la teorías malthusianas, y en este plan llegaríamos a encerrarnos en un círculo vicioso de difícil salida. Pero dejémonos de estas consideraciones, y como quiera que ni podemos ni debemos exponer cuales son los métodos abortivos, nos limitaremos a señalar sus peligros, evidenciando de una vez la necesidad de recurrir a los medios anticoncepcionales antes que a los recursos de las drogas abortivas o las manipulaciones criminales e interesadas de los inexpertos.

Los medios empleados por la ignorancia de las gentes se aplican casi siempre antes de la mitad del embarazo, pudiéndolos dividir en medios internos y medios mecánicos. Abortivos internos, dígase cuanto se diga por los charlatanes, no existen en realidad, siendo casi todos perjudiciales por sus efectos tóxicos. Los más conocidos son el cornezuelo de centeno, la sabina, la ruda, el aguarrás, el alcanfor, el áloe, el fósforo y múltiples más, que sería prolijo enumerar, cuyas propiedades principales estriban, como los purgantes enérgicos, en provocar contracciones uterinas, hasta determinar la expulsión del feto.

Los procedimientos mecánicos se reducen a golpes violentos, masaje, punción de la membrana, inyecciones de agua caliente, introducción de sondas en el útero, corrientes eléctricas, etc. En todos estos procedimien-

tos existe siempre el peligro de causarse lesiones, envenenamientos, infecciones, rotura y perforación del útero, quemaduras y otros accidentes. Cuando a consecuencia de todos estos manejos sobreviene el aborto, siempre va seguido de trastornos más o menos graves, que incluso pueden acarrear la muerte.

Unicamente cuando se practica con limpieza y habilidad es cuando el aborto deja de presentar peligros, sobre todo durante los dos primeros meses del embarazo. Se manifiesta entonces por un flujo sanguíneo, que equivale a un flujo mensual. Más tarde se produce la expulsión del feto y la de la placenta, aunque esta última puede dejar restos suficientes para provocar una infección puerperal o una septicemia mortales.

Calverton, en su libro "La bancarrota del matrimonio", dice que la extensión de los abortos en todo el mundo occidental adquiere caracteres más aterradores por la mortalidad que ocasiona. "Esta mortalidad no es debida a la gravedad de la operación, sino al hecho de que ésta suele verificarse clandestinamente, sin las ventajas de una técnica sanitaria. Ningún médico libre de prejuicios podrá negar este hecho. Por otra parte, los charlatanes a quienes las mujeres suelen verse obligadas a acudir para recurrir a la operación, están mal equipados y son a la vez poco expertos. Su conocimiento de la esterilización de los instrumentos y de los medios de impedir la infección de la sangre es terriblemente limitado. Sin embargo, estos charlatanes son los que realizan casi siempre estos abortos en el mundo occidental. Como demostración de la eficacia de la técnica científica y el peligro de la manipulación profana, las estadísticas de la Rusia soviética revelan que entre 53.320 abortos legales verificados en 1922, 1923 y 1924, no hubo ni un sólo caso de mortalidad, en tanto que entre 66.675 abortos efectuados mediante prácticas ilegales, se produjeron 3.000 defunciones. El contraste no puede ser más tremendo y significativo. El significado que encierra es bien hondo."

Las estadísticas de todo el mundo coinciden en aducir cifras verdaderamente aterradoras de la mortalidad causada por los manejos abortivos ilegales.

El mismo autor citado, refiriéndose a la nueva moral de la Rusia soviética, copia el párrafo del libro "Prevención de la concepción", del doctor Shapk, que dice: "El aborto es la más grande amenaza nacional de nuestra época, y debemos luchar contra ella por todos los medios posibles. Es el deber de todo médico ayudar a las mujeres a limitar y prevenir el nacimiento de los hijos, no por medio del aborto, sino mediante la aplicación inteligente y sana de métodos inofensivos contra el embarazo."

"Este pasaje—dice Calverton—, refleja la actitud que hoy predomina

en la Rusia soviética con relación al aborto. Las tentativas de los maliciosos o mal enterados, que pretenden probar que en la Rusia soviética se defienden los abortos, carecen, pues, de todo fundamento."

Pero aún cuando en la Rusia soviética se desea acabar con los abortos, no se han confundido los deseos con la realidad. Los abortos podrán ser combatidos, pero no por ello han de cesar. La lucha contra el aborto llevada a cabo en Occidente ha constituido una profundo y amargo fracaso. Ni siquiera imponiendo la pena de muerte a los abortadores se ha acabado con esta práctica. En el curso de las últimas generaciones, ésta se ha multiplicado en proporciones aterradoras. Las muertes y las enfermedades causadas son incalculables. Esto ha sido en gran medida el resultado de la ilegalidad del aborto. Bajo esta ilegalidad, las mujeres que desean el aborto tienen que dirigirse al charlatán en busca de ayuda. La clandestinidad, la falta de una técnica higiénica y científica y la ausencia de las facilidades de un hospital, constituyen la causa directa de la gran mortalidad derivada de la operación. Todos estos factores fueron tenidos en cuenta por las autoridades soviéticas antes de aprobar la nueva ley que legaliza el aborto.

En la Rusia zarista los abortos habían ido en incesante aumento. Eran realizados clandestinamente por comadronas y curanderos incompetentes y en algunas ocasiones la mortalidad llegó a ser incluso mayor que la de los demás países de Europa y los Estados Unidos. La legalización del aborto ha hecho cambiar las cosas por completo. Con ello ha desaparecido la necesidad de la comadrona y del curandero clandestino, e inmediatamente se ha reducido la mortalidad.

En términos claros y ponderados, Protoklitof describe la actitud de la Rusia soviética:

"Bajo el gobierno zarista la mujer tenía que dar a luz los hijos, so pena de terribles castigos. Pero ¿cuál era el resultado? Las mujeres abortaban en secreto. En las ciudades recurrían a los médicos y a las parteras particulares; en los pueblos a los curanderos. El gobierno soviético ha decidido que esto era peligroso y hace unos años promulgó una ley especial acerca del aborto. Con arreglo a esta ley, toda mujer tiene derecho al aborto. No existe ningún castigo por ello. Tiene derecho al aborto en un hospital sin pagar absolutamente nada. Pero sólo un médico puede realizar la operación y la operación sólo puede ser realizada en un hospital."

En otro lugar del mismo folleto el autor explica por qué razones ha aprobado esta ley el gobierno soviético:

¿Por qué ha dictado esta ley el Gobierno soviético? ¿Desea acaso que haya un gran número de abortos? No; claro está que no.... El Gobierno soviético quiere abordar el problema de muy distinta manera que el resto

del mundo. Quiere destruir las causas que hacen desear el aborto a las mujeres (por medio de la educación y el uso de contraconceptivos).... Pero sabe que es imposible estas causas inmediatamente. Por esta razón, el Gobierno desea que si una mujer no puede pasarse sin el aborto, este se verifique con todas las garantías de sanidad y eficacia. Y esto sólo es posible cuando el aborto se practica en un hospital y por un médico."

La expresión textual de la actitud de los soviets con relación a los abortos puede encontrarse en la siguiente disposición, dictada en 1920 por el Comisario de Sanidad:

1. Se autoriza en los hospitales del Estado soviético las interrupciones operatorias del embarazo sin retribución alguna.
2. Queda rigurosamente prohibida la ejecución de esta operación a toda persona que no tenga el título de médico.
3. La comadrona o enfermera que realizara tal operación serán privadas del derecho a ejercer su profesión y procesadas por los Tribunales.
4. El médico que realice esta operación en la práctica privada con fines de lucro será sometido a proceso."

En 1924, cuando la demanda de abortos comenzó a exceder la capacidad de los hospitales, se establecieron las siguientes normas para determinar los casos en que deberían efectuarse los abortos:

1. Mujeres solteras, sin trabajo.
2. Mujeres solteras, empleadas, que tengan ya un hijo.
3. Mujeres empleadas en las industrias, que tengan varios hijos.
4. Mujeres de obreros con varios hijos.
5. Las restantes, afiliadas a las Sociedades de Seguros, y, por último, las mujeres que no pertenezcan a ninguna de estas Sociedades."

Que no es exagerado decir que en sus decisiones respecto al aborto la Rusia soviética ha realizado los más notables e inteligentes progresos de la moral moderna, resulta corroborado por los resultados obtenidos. A pesar de la legalización del aborto, un gran porcentaje de mujeres, bien ignorantes de la nueva ley o acobardadas por la idea del confinamiento en un hospital (cosa que para muchas campesinas constituye aún una tremenda novedad), han recurrido a los abortos clandestinos. En los años 1922, 1923 y 1924 se descubrieron 66.675 abortos de estos, con una mortalidad de 3.000. Con la difusión de la enseñanza, la destrucción de los temores ignorantes y la supresión de los curanderos, estos casos han de ir disminuyendo hasta desaparecer por completo. El éxito abrumador de la nueva ley se refleja en el número de abortos legales efectuados en el curso de esos tres años. En este período se practicaron, como ya hemos dicho, 55.320 abortos legales, sin un sólo caso de mortalidad. Esto constituye indiscutiblemente un triunfo gigantesco, cuya transcendencia no sería fácil exagerar.

Como es natural, la enseñanza y el empleo de contraconceptivos, aplicados con creciente eficacia, han de constituir el medio más inteligente de combatir la necesidad de los abortos. Cierto es que las mejoras en la vida económica tienen también su importancia al impedir que los hijos se conviertan en una carga económica y en un obstáculo. Asimismo la abolición de toda difencia entre madres casadas y solteras, ha de contribuir en gran medida a destruir las causas morales del aborto. Sin embargo, mientras subsiste la necesidad del aborto, el método soviético de la legalización es la única manera sensata de eliminar los males inevitables de su práctica ilegal."

En resumen, mientras aconsejamos con el máximo interés el empleo de los contraconceptivos eficaces cuyo uso no puede implicar el menor peligro, rechazamos y condenamos con toda energía toda interrupción de un embarazo, si no se justifica suficientemente la necesidad de recurrir a tan extremado procedimiento. Pero, en todo caso, sea lo que fuere, el médico, y sólo el médico, pero moral y solvente, es quien puede y debe hacerlo, tanto si para ello cuenta con la autorización expresa de un juez como si sólo es su rígida conciencia el móvil que aconseja y ennoblece su conducta.

Entre los naturistas alemanes que practican el desnudismo, la sexualidad se encierra dentro de los límites más austeros, lo que no quiere decir que por ello vayan a excluir el empleo de los contraconceptivos. No obstante, se estima como una inmoralidad la práctica del aborto, por lo que puede afirmarse que cuando el embarazo sobreviene a consecuencias de un "descuido" o por la ineficacia de los preventivos, estas inteligentes mujeres que viven desnudas, como vemos en la lámina VIII, rechazan los métodos invocados para la destrucción de una vida, que, a pesar de todo, la Naturaleza se obstinó en crear, decisión que resulta rodeada en sus costumbres de las garantías de una moral indiscutible.

APÉNDICE

LAS LEYES ANTE EL ABORTO

Un sin fin de consideraciones de toda índole—sociales, económicas, jurídicas, sentimentales, etc.—han condenado o defendido en todo tiempo, según los casos, la práctica del aborto. Todo ese cúmulo de teorías se inclinó más bien hacia la condenación que en pro del consentimiento, y así se instituyó la moral de este punto concreto de la vida sexual de los pueblos.

La historia de los pueblos más primitivos nos dice que el padre, propietario absoluto de la hacienda y los bienes conyugales, tenía también un derecho perfectísimo a hacer de sus hijos cuanto le viniera en gana, sin que las leyes de aquel entonces pudieran mezclarse en asunto tan íntimo como el derecho innegable de la propiedad. Un padre, no sólo podía vender a sus hijos, sino que hasta podía matarlos, bien porque naciesen con algún defecto o hasta por conveniencias puramente económicas que pudiéramos relacionar con los principios de Malthus. En estas condiciones, lógico es suponer que el aborto debiera estar más admitido en las sociedades primitivas que el sacrificio del hijo cuando estuviese en las mejores condiciones de vitalidad.

Entre los griegos y romanos, el aborto estaba permitido, aunque con toda la amplitud derivada del absoluto derecho paterno. Sócrates dice que cuando una mujer embarazada no quisiese continuar en tal estado, podía provocar el aborto o interrumpir el embarazo por los medios que tuviese a su alcance, y Aristóteles es de la misma opinión, aunque condicionándolo al hecho de que la mujer hubiese tenido ya varios hijos. Hipócrates, por el contrario, siempre se manifestó en contra de estas prácticas, y en su juramento prohibe provocar el aborto a las mujeres cuando dice: "Nunca entregaré a una mujer un pesario abortivo."

Jamás nos cansaremos de repetir que todo el problema sexual gira en torno de la economía individual o colectiva de la Humanidad: este criterio, bien comprendido por los legisladores romanos, les indujo a dictar las penas más severas a las mujeres que interrumpían o intentaban atajar el curso de un embarazo, sobre todo cuando la finalidad era lesionar los intereses de la propiedad. En Mileto fué castigada con la última pena una mujer que abortó intencionadamente con el fin de que lo que fuera a nacer no here-

dase lo que esperaban otros familiares de su marido, los cuales la entregaron una suma en dinero. Cicerón, comentando este caso, afirmaba que el castigo había sido completamente justo, "puesto que la abortadora había destruído las esperanzas de un padre, la memoria de un nombre, el sostén de una raza, el heredero legítimo de la familia y un ciudadano para el Estado".

A la vez, puesto que diversos casos de aborto interesaron vivamente a la opinión de la época, los estoicos eran de opinión que el feto no era más que un fruto del vientre de la madre sin importancia alguna, ya que el alma la adquiría únicamente al nacer, lo que evidentemente estaba de acuerdo con la ley de Roma al establecer que el feto no era ser humano mientras permanecía en el seno materno.

Estas polémicas de los tratadistas y filósofos de la época del paganismo dieron lugar a que los romanos optasen por el aspecto más práctico de la cuestión, siguiendo, a la vez, las costumbres establecidas por los primitivos legisladores; pero al implantarse el cristianismo, las cosas variaron notablemente de aspecto. Los primeros moralistas de la doctrina nueva, proclamaron el derecho a la vida, no sólo del niño, sino que también del feto, estuviese el embarazo adelantado o no. El concepto del alma y, sobre todo, de su inmortalidad, instituía la necesidad del bautismo como único medio de borrar el estigma del pecado original que heredan todos los humanos según los partidario de Cristo, sobre todo al adoptarse el criterio de que el feto que muere, es porque ha vivido, y al vivir, ha de estar bajo el peso del pecado de Adán, del que hay necesidad de redimirle por medio de las aguas del Jordán. Al efecto, San Agustín opinaba que el día del Juicio Final resucitarían estos angelitos como todos los que hubieran muerto en el transcurso de tantísimos millones de años, y mal podría redimírseles cuando ni siquiera fueron perdonados del primer delito de todos los vividos. En este punto, la apreciación del santo no parece lo bastante lógica para concederla demasiada importancia...

Bien es verdad que, conociendo los legisladores cristianos las múltiples circunstancias que pueden concurrir para determinar la práctica del aborto, ya que éste no se lleva a cabo por mero capricho ni motivos pueriles, tuvieron buen cuidado de no condenarlo con demasiada severidad en contraste con la libertad anterior, y por ello no se establecían más penas que las de la otra vida; en ésta todo se dejaba a la conciencia y al temor de lo que pudiera ocurrir después de haber traspuesto los umbrales del gran misterio de la muerte. Poca cosa, en verdad, representaban estas amenazas furibundas, cuando el aborto traía como resultado inmediato la ocultación de unos amores ilícitos, la supresión de una amenaza contra el equilibrio económico de la familia o contra la estética de la embarazada.

Pero, poco a poco, a medida que la doctrina de Cristo iba tomando arraigo, los moralistas influyeron en el ánimo de los legisladores, y la criminalidad del aborto no tardó en quedar definitivamente establecida, castigándosela al principio con penas leves y más tarde con la de muerte, no sólo para la madre, sino contra el padre y contra cuantas personas hubieran intervenido en la provocación del hecho. El Papa Sixto V, en 1588, y Gregorio XIV, en 1591, instituyen penas terribles que aceptan los legisladores completamente sometidos a la influencia eclesiástica, de forma que la penalidad mínima equivalía a la impuesta a los autores del homicidio voluntario, que no era, ni más ni menos, que la de muerte, variando sólo el procedimiento de aplicación, que pudiera ser por medio del descuartizamiento, la hoguera, la muerte lenta o la simple y rápida horca.

Los relatos de la aplicación de tan extremo procedimiento, llenan páginas y más páginas de la historia de la dominación eclesiástica. Con la misma pena se castigaba la ocultación del embarazo, considerada también como delito, como se observa en las prescripciones de Enrique II, aunque es justo decir que nunca se llegaba a la ejecución de los reos como sucedía con el aborto. Más tarde, en el siglo XVIII, cuando las ideas liberales empiezan a atacar a fondo los cimientos de las inhumanas y crueles instituciones antiguas, Beccaria, Voltaire, Rousseau y otros célebres campeones de la reforma humanitaria, llegan al ánimo de la opinión que se erige en una masa fuerte y potente, hasta conseguir que la pena de muerte fuera derogada como castigo de tales delitos.

A las teorías y razones aducidas por los filósofos, sucedió la comprensión de los hombres de leyes que no titubearon en inclinarse del lado de la mujer, a la que hasta cierto punto reconocían en posesión de un derecho legítimo para hacer del fruto de su vientre aquello que la raza les aconsejase, siempre que se tuviesen en cuenta las circunstancias de tiempo del embarazo y otras de distinta índole; por ejemplo, las que pudiesen contribuir al derrumbamiento de la paz conyugal, de la estimación pública, etcétera. Una escritora alemana, Oda Olberg, apoyaba las opiniones de los legistas reformadores, diciendo que aquellas mujeres que valiéndose de medios artificiales interrumpen el curso de su embarazo, "sólo son capaces de producir hijos defectuosos, pues ninguna mujer normal, saludable y robusta, siente jamás deseo de llegar al aborto". Abundando en su tesis, dice que hay mujeres que aun cuando resulten físicamente fecundas, son completamente estériles en el aspecto psíquico, no poseyendo más instinto maternal que la facilidad de concebir. "Estas mujeres — dice —, cuando abortan, corrigen sencillamente una equivocación de la Naturaleza."

Si la Olberg apoyó a los legistas, no puede decirse que éstos hiciesen otro tanto tomando en consideración los argumentos de la escritora, que

no podía cimentar sus opiniones sobre bases científicas. No son razones admisibles las que aduce si intenta demostrar que el deseo de destruir el fruto de la concepción responde a un estado especial morboso que hubiera de reflejarse en el producto de su amor o de su erotismo, ni podemos admitir como bueno que la salud del cuerpo esté íntimamente subordinada a la del alma. Sostener este criterio, supone tanto como dejar a un lado otras razones muy poderosas, ya morales, ya económicas e incluso estéticas, como decíamos antes, que nada tienen que ver con el organismo psicofísico de la mujer. No conozco estadísticas ni informaciones de las cuales pueda deducirse el punto de apoyo de la tratadista alemana para emitir un juicio tan arbitrario. Algunos médicos legistas de la escuela lombrosiana, aluden a las taras mentales, heredadas o adquiridas, de algunas mujeres condenadas por el delito de aborto o infanticidio; pero estimo que el dictamen de esos investigadores obedece más a una doctrina de mayor o menor valor científico que a un sentido de estricta justicia.

Esos errores de la Naturaleza que la Olberg invoca, sólo pueden ser considerados como tales en virtud de un exceso de apasionamiento. Si, en efecto, muchos niños nacen con defectos físicos del vientre de una mujer que intentó infructuosamente el aborto, esas taras no tienen su origen en el psiquismo materno, sino que son consecuencia de los estériles manejos llevados a cabo con el deseo vehemente de impedir la continuación del embarazo.

Con mucha frecuencia, los trastornos que padece el feto en el vientre materno se reflejan por igual en todo el organismo de la embarazada, que suele resultar víctima de sus propios manejos. El Dr. Balthazard hace alusión a numerosas estadísticas por las cuales se comprueba que la Naturaleza rara vez consiente la impunidad de estos verdaderos delitos.

En cuanto a los medicamentos abortivos y reputados como tales, puede decirse que todas las substancias capaces de provocar graves síntomas de envenenamiento determinan el aborto en la gran mayoría de los casos. En algunas regiones de Austria se emplea el fósforo injerido en dosis que se van aumentando poco a poco; pero sólo son las naturalezas más resistentes las que no se resienten de los efectos del temible tóxico al conseguir el fin propuesto. Por lo general, antes de que el feto muera o se produzca su expulsión, la embarazada sufre un envenenamiento de tal gravedad que muchas veces acaba con la muerte.

Dice Balthazard en su *Tratado de Medicina Legal*, que con el nombre de medicamentos abortivos se designan substancias que, ejerciendo una acción tóxica, efectiva sobre el feto o una acción excitante de las fibras lisas del útero, provocan el aborto sin graves peligros para la madre."

Seguidamente, el citado autor duda de que tales abortivos, más o menos eficaces no dejen de representar un peligro, a veces muy grave, para la vida de la gestante. Terminantemente puede afirmarse, por lo tanto, que no hay ni uno sólo de esos medicamentos cuyo empleo esté exento de riesgos; una prueba de ello se contiene en el hecho de que cuando un médico tiene necesidad de recurrir al aborto absolutamente humanitario y preciso para salvar la vida de la gestante, jamás recurre a los procedimientos químicos.

Balthazard cita los cuatro productos abortivos más reputados, no por su eficacia, sino por la divulgación de su empleo, señalando sus inconvenientes. Son el *cornezuelo de centeno*, la *ruda*, la *sabina* y el *tejo*, si bien existen múltiples más, tales como el azafrán, el apiol, el polvo de cantáridas, el alumbre, el ajenjo, el café, los purgantes fuertes, etc., cuya eficacia no es posible determinar.

El cornezuelo de centeno, según el citado autor, es el más "acreditado" de los supuestos abortivos, ateniéndonos al criterio popular. Esta substancia tiene la propiedad de ejercer una acción excitante para la contracción de los músculos lisos del cuerpo uterino. "En realidad—dice—, cuando el feto está muerto, el cornezuelo de centeno acelera la expulsión del producto de la concepción y de sus anexos; pero falta demostrar que sea capaz, a dosis no tóxica, de producir el aborto." De aquí se deduce, como hemos dicho, que el remedio es peor que la enfermedad, estando demostrado que durante los primeros cinco meses del embarazo, las propiedades abortivas son completamente nulas, a no ser que la dosis injerida sea muy fuerte ,en cuyo caso tan abortivo resulta el cornezuelo de centeno como media docena de pastillas de sublimado.

En cuanto a la ruda, puede decirse que, en efecto, posee grandes cualidades abortivas; pero no es menos cierto afirmar rotundamente que el elemento esencial de esta substancia, o sea el aceite, pricipio activo de la ruda, "es un abortivo particularmente peligroso". Varios autores citan casos muy numerosos de mujeres que tomaron grandes cantidades de dicho vegetal, sobreviniendo la muerte antes que ocurriera la expulsión del feto. La ruda ejerce una acción local sobre el estómago y el intestino delgado, ocurriendo la muerte en virtud de un colapso cardíaco. Lo mismo que sucede en la mujer, ocurre en los animales que comen dicho vegetal.

Acerca de la sabina, el juicio del eminente médico-legista citado no es más tranquilizador. "La sabina—afirma—contiene un aceite esencial, abundante, sobre todo, en los brotes jóvenes, y que constituye un veneno violento que localiza al principio sus efectos en el tubo digestivo, atacando en seguida el sistema nervioso. Los vómitos, la diarrea, los dolores abdominales, las hemorragias uterinas y otros trastornos, traen como consecuencia el aborto; pero en la mayoría de los casos, la expulsión del feto

precede de poco tiempo a la aparición del coma y la muerte de la madre. La sabina constituye, por consiguiente, un abortivo a la vez incierto y peligroso; así es que, a pesar de la fama de que goza entre el vulgo, no es empleada más que excepcionalmente por los abortadores profesionales."

El tejo no es más recomendable que sus anteriores compañeros; su principio activo radica en las hojas; pero tampoco puede decirse que posee propiedades abortivas. En pequeñas dosis, no ejerce influencia alguna en el curso de embarazo; pero en cantidades fuertes produce vómitos, diarreas y al final la muerte, al cabo de quince o veinte horas, sin que el aborto haya tenido efecto no se produzcan hemorragias uterinas.

Así, pues, nada más falso ni más peligroso que el prestigio inmerecido de tales substancias llamadas abortivas. Las mujeres de Nueva Caledonia conocen ciertos vegetales que injieren crudos con el fin de detener la marcha del embarazo; pero tienen la propiedad de producir vómitos, y como consecuencia de las náuseas muy intensas, violentas contracciones de los músculos uterinos. La toxicidad de estas substancias es nula o muy escasa; pero como las náuseas se repiten en tanto que no se dejen de injerir esas hojas, la solución es la expulsión del feto. Por lo general, después de este verdadero sacrificio, las abortadoras quedan sumidas en un estado de postración enorme, hasta el extremo de que tardan varios días en poder tolerar los alimentos. La eficacia del procedimiento parece ser mayor a mediados del embarazo que en los comienzos del mismo.

Con relación a las maniobras abortivas, el autor referido dice lo siguiente: "Cuando una mujer ha alcanzado el séptimo mes de embarazo, las causas más nimias pueden determinar un parto prematuro, como ocurre con la fatiga, los traumatismos más insignificantes del cuello uterino, como los que pueden ocasionar el coito o las inyecciones vaginales administradas sin precaución. Como el niño nacido antes de término está, en la mayoría de los casos, destinado a una muerte prematura o a una existencia miserable, es por lo que se considera como indispensable en absoluto el reposo de la mujer durante los tres últimos meses del embarazo."

En estas circunstancias, es cuando se suele recurrir a los traumatismos sobre las paredes abdominales, los ejercicios violentos y las compresiones prolongadas del útero, lo que suele traducirse en el desprendimiento de las membranas, cuya resistencia es muchísimo menor que en los primeros meses del embarazo. No obstante, cuando en virtud de todos estos manejos no tiene lugar el aborto, puede ocurrir, ello con frecuencia, que se produzcan lesiones de importancia que sin interrumpir el curso de la gestación ocasionan en la mujer graves trastornos y a veces la muerte. He conocido el caso de una mujer casada, cuyo esposo estaba ausente hacía dos años, la cual quedó embarazada de un amante. Guiándose de las indicaciones de una comadrona, al llegar al sexto mes de la gestación, sirviéndose de un grueso rollo de madera muy pesada, se oprimía el vientre todos los días, en espera de una gotas de líquido que denunciasen la ruptura de la bolsa amniótica. Al cabo de dos semanas, comprobó que aquel brutal masaje produjo el resultado apetecido, empezando por el derrame de un líquido sanguinolento que más tarde se traducía en una intensa hemorragia.

La comadrona creyó que se había operado el aborto, y la cortó la hemorragia por medio de una inyección. No ocurrió más por el momento; pero al cabo de un mes comprobaba que la curva del vientre seguía elevándose, en tanto que unos dolores agudísimos la imposibilitaban moverse del lecho. Llamó por fin a un tocólogo, quien comprobó la existencia de una lesión purulenta en el útero, hasta el punto de creer inminente una peritonitis. Al octavo mes de la gestación, se declaró la infección puerperal, teniendo necesidad de provocar el parto. El producto de la concepción, un hermoso niño, nació vivo, pero con los bracitos fracturados. La madre murió a los pocos días, y la infeliz criatura, víctima de tan criminales manejos, fué recogida por una familia piadosa que logró criarle a fuerza de inauditos trabajos. Este niño, que en la actualidad cuenta siete años de edad, está inútil de ambos brazos y tiene desviada la columna vertebral, todo ello como consecuencia de las presiones que sobre el útero practicó la madre con el fin de provocar el aborto.

Este caso, de haber sobrevivido la madre, justifica la necesidad de la aplicación de las penas más severas, resucitando incluso la legislación dictada por los viejos moralistas cristianos. Situándose en un plano convencional de excesiva liberalidad, las tentativas de aborto debieran castigarse con mayor rigidez que el aborto consumado, pues mientras que en este caso la destrucción irreparable del producto de la concepción ya no deja nada que hacer, en el anterior, o sea cuando el embarazo llega a su término, el niño suele pagar las consecuencias de la criminal conducta de la madre, viéndose condenado a una existencia miserable, inútil o enfermo, suponiendo una lamentable carga para la familia y la sociedad que jamás podrán compensarle del daño que le infirieron al dejarle nacer.

Las legislaciones modernas de los pueblos más cultos, al establecer poco menos que la impunidad del aborto, vienen a amparar, en cierto modo, la comisión de estos delitos. Ello no sucede, por ejemplo, entre los matrimonios que pueden recurrir a los médicos, y esto en determinados casos, para interrumpir el curso de un embarazo en los tres primeros meses; pero fuera de esas circunstancias más favorables a las conveniencias o necesidades conyugales, ocurre que la suavidad de las penas aplicables no

acaban de representar el freno debido, por lo que las prácticas ilegales se registran en una proporción bastante considerable.

Por otra parte, tenemos el problema de las embarazadas solteras, las cuales, aun a pesar de la libertad de las leyes, sólo recurren al médico en último término, esto es, cuando el aborto ha de considerarse ilegal y, por lo tanto, el facultativo está bajo la amenaza de una grave responsabilidad. Entonces, la comadrona sin escrúpulos, o el abortador sin conciencia, no tienen mayor inconveniente que la cuantía del precio de su intervención.

En los Códigos vigentes, donde se considera una atenuante del aborto cuando es cometido por una mujer "para ocultar su deshonra", nos encontramos con la misma circunstancia que rige las leyes generalmente liberales de los países más avanzados.

Terminemos, en definitiva, por condenar el aborto una vez más. La responsabilidad máxima de estos delitos, no incumbe precisamente a las mujeres obstinadas en no querer ser madres, sino a los legisladores y moralistas obstinados en que persistan unos códigos fósiles y perfectamente ridículos incapaces de atacar el mal en sus raíces, como sería autorizando el empleo de los contraconceptivos más eficaces. Jiménez de Asúa, dice a este respecto: "Me parece ingenuo confiar tan sólo a la represión la lucha eficaz contra esta clase de delitos. Otros medios de naturaleza social —como el apoyo a las madres solteras, la investigación de la paternidad y el uso legítimo de las prácticas anticoncepcionales—me parecen mejor que el alza de las puniciones. Además, no debe desconocerse que la creciente propaganda contra el carácter delictivo del aborto amengua el reproche colectivo, y por ello me parecería justo que los Códigos futuros tratasen con menos severidad a las mujeres que interrumpan su embarazo."

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA 5

LAS DOCTRINAS DE ROBERTO MALTHUS

Orígenes del malthusianismo.—Población y subsistencias. La alimentación sintética.—Hambre y procreación inconsciente.—El credo socialista.—Brazos y materia prima.—La insensata procreación.—Los imperialistas quieren niños.—Un Juez sensato.—Catolicismo y control de la natalidad.—La sagacidad de un obispo.—El cristianismo y el malthusianismo.—Necesidad de reforma de los viejos preceptos 7

TENER HIJOS, ¿PARA QUE?

Neomalthusianismo.—La propiedad que no es un robo. Derecho de amar.—La triste misión del proletario.—El "conventillo" bonaerense.—Mortalidad infantil.—Asúa y Marañón.—Calidad y no cantidad.—Parir hijos para la guerra.—¿Suicidio o asesinato?—El ejemplo de los vascos.—Conscientes e insensatos.—La revolución social se basa en el neomalthusianismo.—El hijo futuro, enemigo del proletario 21

LA MUJER ANTE EL PROBLEMA

El caso inglés.—Lo que han impedido las mujeres británicas.—El "birth-control".—La obra admirable de Mary Stopes.—La mujer y el hombre ante el embarazo.—Responsabilidad materna.—Parir, no es una obligación, sino un derecho.—Instinto de maternidad.—La libertad y el amor.—Sexualidad y contraconceptivos.—La mujer no se niega a ser madre.—Suicidios por amor.—Lo que no comprenden los moralistas 35

PROCREACION CRIMINAL

Actitud de los pueblos cultos.—Esterilización por amor. Causas que impiden la procreación.—Las enfermedades. La herencia.—Al corazón de los hombres.—El castigo de los procreadores inconscientes.—Ejemplos de los salvajes.

Páginas

Esfuerzos inútiles.—Las enfermedades venéreas.—Las estadísticas y sus errores.—Las pobres paren más que las ricas.—Asesinado por fabricar doce hijos.—La pudibundez médica.—La obra de Hildegart.—Propaganda anticoncepcional 45

EMPLEO DE LOS CONTRACONCEPTIVOS

Origen de los preservativos.—La contraconcepción es muy antigua.—Historia del condón.—Las campesinas polacas. El mejor contraconceptivo.—Procedimientos para la mujer.—Las irrigaciones vaginales.—Los mayores inconvenientes.—Líquidos espermaticidas.—El formol es el mejor.—Experimento eficaz.—El pesario de Mesinga y el de fondo.—El más eficaz para la mujer.—Cómo debe usarse.—Procedimientos químicos.—Esterilización 57

EL ABORTO

El médico ante el aborto.—Consecuencia de la ineducación contraconceptiva.—El primer paso para evitar el aborto.—Derecho indiscutible al aborto.—Procedimientos abortivos.—La enfermedad y la muerte.—Abortadores criminales.—El aborto en la Rusia soviética.—Su legislación. Contraconcepción, sí; aborto, no..... 77

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
La operación Mika..... 16

LAMINA II
Verdugo de Rewa 17

LAMINA III
Niñas de Nueva Guinea 32

LAMINA IV
Muchacha Bari 33

LAMINA V
Joven "Fellah" 48

LAMINA VI
Campesina polaca 49

LAMINA VII
Joven alemana 64

LAMINA VIII
Desnudistas alemanas..... 65